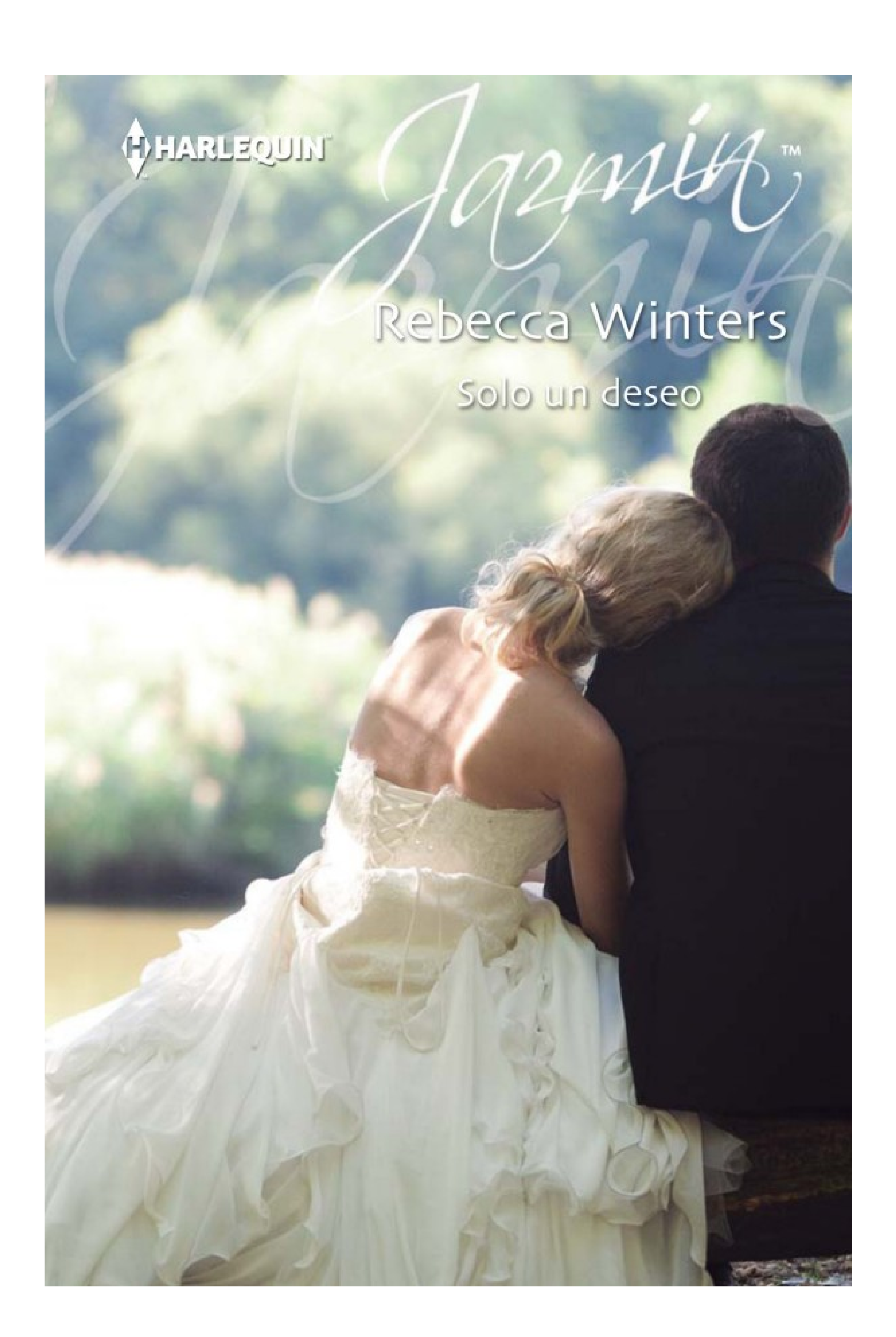

HARLEQUIN
Jazmín
Rebecca Winters
Solo un deseo

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 1997 Rebecca Winters
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Solo un deseo, n.º 2582 - noviembre 2015
Título original: Bride by Day
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 1998

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-687-7288-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

–SOY Sam Telford, de la agencia de limpieza Manhattan Office Cleaners. Me jefe me ha dicho que querían verme.

Samantha, que prefería que la llamaran por la abreviatura de su nombre, se había visto obligada a salir corriendo de su apartamento y sorprendida por uno de los típicos aguaceros de primeros de mayo. Estaba tan mojada que no se atrevió a sentarse en ninguno de los sillones tapizados.

La elegante secretaria la miró con vago desdén.

–¿Es usted la persona que limpió la oficina anoche?

–Sí.

–Entonces es usted. Ya pasan de las dos, la esperábamos hace tiempo.

–He estado en clase toda la mañana. Mi jefe no ha podido ponerse en contacto conmigo hasta que no he vuelto a mi apartamento. Evidentemente, ha pasado algo.

–Sí. Por favor, espere un momento.

Sam se mordió el labio inferior. No podía permitirse el lujo de perder su única fuente de ingresos. Solo le quedaban cien dólares y contaba con la siguiente paga. Estaba contenta de tener un trabajo, y prefería morir antes que pedirle dinero a su padre, el famoso pintor de retratos de fama internacional que nunca había reconocido su existencia como ser humano y menos como hija

En el departamento de arte había oído rumores de que su padre estaba viviendo en Sicilia con su última amante.

Algún día conseguiría un rotundo éxito como artista, aunque le fuera la vida en ello, y se lo echaría a la cara. Vivía soñando con el momento del enfrentamiento, estaba impaciente por demostrarle que podía tener éxito por sí misma, sin él.

Su padre había conseguido lo que quería, pero ya se encargaría ella de que acabase su suerte.

–¿Señorita Telford? El señor Kostopoulos ya puede recibirla.

El nerviosismo de Sam aumentó. Kostopoulos Shipping & Export

era la empresa propietaria del impresionante edificio de oficinas de sesenta y ocho pisos afincado en Upper West Side de la ciudad de Nueva York.

Vacilante, cruzó la puerta de hoja doble que conducía al despacho que había limpiado hacía menos de dieciocho horas. Con vergüenza, oyó rechinar sus zapatillas de deporte en los suelos de mármol, anunciando su entrada de forma inequívoca.

Automáticamente, sus ojos viajaron hacia una pared. Con alivio, vio que el Picasso seguía allí. Por un momento, Sam había temido que hubiera habido un robo durante la noche. Ese cuadro debía estar en un museo; sin embargo, era parte de una colección privada que solo unos pocos tenían el privilegio de ver.

El sencillo lienzo en el que se veía un par de manos sujetando un ramo de flores tenía que ser un original, pensó Sam reconociendo que era una versión desconocida del *Petit Fleur* de Picasso.

Supuso que el señor Kostopoulos había pagado una fortuna por semejante tesoro.

Por fin, su mirada se posó en el poderoso hombre que dominaba la estancia con rasgos de dios griego.

Estaba junto a la ventana, totalmente ajeno al lujo que lo rodeaba. Mostraba su perfil derecho mientras miraba fijamente a un punto que solo él podía ver.

Inmersa en el mundo de color del arte en el que vivía, a Sam le intrigó inmediatamente ese cabello negro excesivamente largo. Le sugirió un abismo negro en el que el sol no podía penetrar. Imaginó que aquel era el color de la oscuridad antes de que Dios hiciera la luz.

Los rasgos aquilinos y las cejas, a semejanza de alas de águila, le daban ese aire figura hipnotizante. Pero para Sam, era la cicatriz de cinco centímetros a lo largo de la parte derecha de la mandíbula lo que lo hacía tan interesante. Parecía ser una vieja cicatriz, pero resaltaba porque ese hombre, probablemente, tenía que afeitarse dos veces al día.

Su aspecto era de persona que no temía nada. Y ya que ganaba más dinero que lo que la mayoría de las personas ricas consideraban decente, ¿por qué no se había tratado la cicatriz con cirugía plástica?

–Vamos, pase, señorita Telford.

De repente, Sam se convirtió en el centro de un incómodo examen al que él la sometió. Esos ojos negros se pasearon por ella y, sin duda, encontraron su apariencia y su persona de mal gusto.

Su metro sesenta y tres de estatura parecía diminuto ahí de pie con los pantalones vaqueros y la camisa empapados.

Quizá fuese el pelo lo que desagradaba a ese imperioso hombre. Esa mañana, Sam tenía tanta prisa por llegar a tiempo para presentar su proyecto de fin de carrera en la universidad que no había podido encontrar su pañuelo favorito para recogerse el cabello; en su lugar, había utilizado los restos de una red, diseñada por ella para colgar tiestos, y se había atado el pelo con ella. Sus cabellos, rubios, espesos y rizados, parecían un plumero así recogidos.

El ambiente estaba muy tenso.

–Mi secretaria ha dicho que usted fue la persona que limpió esta oficina anoche.

Kostopoulos hablaba un inglés impecable con la voz más profunda que Sam había oído en su vida. A pesar de lo cual, notó ciertos rastros de un atractivo acento griego. «Reconócelo, Sam, es el hombre más guapo que has visto en tu vida… y en tus sueños».

–Así es.

–¿Qué le ha pasado al hombre que limpia esta suite normalmente?

–Jack no se encontraba bien y se fue a casa, después de pedirme el favor de que terminara yo por él.

–Iré directamente al grano. Anoche, cuando estaba en el avión, en el vuelo de Atenas a Nueva York, se hizo una llamada de vital importancia a esta oficina. Mi secretaria intentó ponerse en contacto conmigo en el momento, pero había demasiada electricidad estática y, al final, dejó el número de teléfono encima de mi escritorio. Vine aquí directamente desde el aeropuerto, pero la nota había desaparecido.

Aún no la había acusado, pero fácil de deducir.

Se apartó una hebra de pelo de la frente, consciente de aquellos inquisitivos ojos fijos siguiendo el movimiento de su mano, cuyas uñas rotas y dedos manchados de aceite eran lo opuesto a las inmaculadas manos de la secretaria.

Sam no era la clase de persona que envidiara a otra mujer; pero

por primera vez en su vida, deseó ser la clase de belleza que podía atraer a un hombre como él.

–Llevo seis meses limpiando las oficinas de este edificio y sé perfectamente que no debo tocar nada. Lo único que hice anoche fue quitar el polvo, pasar la aspiradora y limpiar los cuartos de baño.

Él arrugó el ceño con gesto intimidante.

–¿Y no vio nada encima de este escritorio?

–No. Estaba exactamente como está ahora, sin nada, como si acabaran de haberlo traído de la tienda –no debería haber dicho eso, sabía que no debería haberlo dicho. Decir lo que pensaba era uno de sus principales defectos.

–¿Recuerda haber vaciado la papelera? –inquirió él.

Sam alzó su redondeada barbilla.

–Lo habría hecho si hubiera habido algo en ella.

Él hizo una mueca con los labios. Sin duda, la estaba considerando una descarada. Obviamente insatisfecho con las respuestas de Sam, llamó a su secretaria por el interfono.

–Por favor, venga, señora Athas, y traiga el papel.

Unos segundos después, la secretaria entró en aquel santuario. Llevaba una libreta de notas de papel amarillo.

El color del papel avivó la memoria de Sam, que lanzó un gruñido, alertando a su inquisidor.

–¿Iba a decir algo? –preguntó él con un brillo frío en los ojos.

–Yo… acabo de recordar que… anoche vi un papel amarillo en el suelo, al lado de la papelera. Supuse que alguien lo había tirado desde lejos y no había acertado…

El hombre apretó los labios, gesto que no le pasó desapercibido a Sam, que tembló de pies a cabeza.

–Y como era exactamente lo que necesitaba… me lo metí en el bolsillo.

Él se había llevado las manos a las caderas y la secretaria, convenientemente, había desaparecido. Sam lo tomó como un mal presagio.

–Explíqueme por qué sacó de mi oficina el papel que supuestamente no valía nada.

¡Su arrogancia era excesiva!

–Desde luego que puedo explicarlo, y perfectamente –contestó

ella con las mejillas encendidas.

–Pues por su bien, será mejor que así sea.

A Sam no le gustaba que la amenazaran, aunque comenzó a explicar:

–Estaba pasando la aspiradora por debajo de su escritorio cuando vi la clase de papel que justo necesitaba para terminar mi collage.

–¿Su collage?

–Sí, mi proyecto de fin de carrera –respondió ella–. Al principio del semestre, mi profesor, el doctor Giddings, nos dijo que solo podíamos utilizar trozos de papel tirados en el césped, en la tierra, en las aceras de las calles o en los suelos de los edificios. Nos prohibió rebuscar en las basuras, o recortar para alterar formas. Todo tenía que ir al collage tal y como se había encontrado.

Apasionándose con el tema, Sam continuó:

–A excepción de periódicos, guías de teléfonos y cartón, podíamos utilizar cualquier clase de papel. El propósito del proyecto era ser tan original como fuera posible y, al mismo tiempo, crear un diseño interesante digno de ser colgado en una galería de arte.

Sin pararse a respirar, Sam explicó:

–Cuando el doctor Giddings nos dio las directrices del proyecto, no me di cuenta de lo divertido que sería. Llevo semanas recorriendo la ciudad con los ojos pegados al suelo, y he encontrado las cosas más inverosímiles… que ahora están pegadas al lienzo.

Los ojos de él se habían vuelto impenetrables.

–¿Así que me está diciendo que la nota que mi secretaria dejó encima de mi escritorio es ahora parte de su collage?

–Sí, pero no lo quité de su escritorio. Al cerrar la puerta, debió haber corriente y el papel se cayó al suelo.

Mientras Sam hablaba, él se pasó una bronceada mano por su radiante pelo negro, y Sam no pudo evitar desear enterrar los dedos en aquella espesura.

¿Qué le pasaba? Hasta el momento, nunca había mostrado interés en los hombres que habían dado muestras de querer una relación con ella. Sin embargo, el señor Kostopoulos, un perfecto desconocido, había encendido un fuego en su interior que la había sorprendido por su fuerza.

–Su explicación es increíblemente absurda; por lo tanto, estoy casi inclinado a creer que me está diciendo la verdad.

–No es más absurdo que el hecho de que usted tenga un Picasso colgado de la pared.

Él parpadeó.

–¿Qué tiene que ver el Picasso con lo que estamos hablando?

Evidentemente, ese hombre no estaba acostumbrado a que nadie se enfrentara a él. A Sam le produjo un inesperado placer hacerlo.

–Todo. Usted es un amante del arte, y posiblemente incapaz de pintar una línea derecha.

Otra equivocación entre muchas; sin embargo, ese hombre la había hecho perder el control.

–El doctor Giddings es un artista que, desde luego, no sabe nada de negocios –continuó ella–. Pero la cuestión es que tanto a él como a usted les gusta Picasso. Sin embargo, mientras usted gasta millones en arte para poder contemplarlo desde su cómodo asiento, mi pobre profesor, que probablemente no se convertirá en una leyenda hasta mucho después de muerto, nos ha hecho estudiar a Picasso y poner a prueba su credo.

El hombre que estaba delante de ella la miró incrédulo.

–¿Qué credo?

–Que la belleza puede provenir de cualquier parte. Como discípulo que fue de Picasso, el doctor Giddings nos ha desafiado a crear belleza a partir de los desperdicios de papel que nos encontráramos.

Durante un instante, sus miradas se encontraron, lo que dejó a Sam sin respiración momentáneamente.

Después de una eternidad…

–¿Dónde está… esa obra de arte? –preguntó él en tono inconfundiblemente burlón.

No la había creído.

Sam sintió la adrenalina correrle por el cuerpo.

–En la universidad –respondió ella desafiante.

–Muy bien. En ese caso, vamos allí por la obra de arte.

–La nota está pegada con pasta para pegar papel. Si intentara despegarla, estropearía el collage.

Y su proyecto era el pasaporte a un brillante futuro, un futuro con el que pretendía humillar a su padre algún día. No estaba

dispuesta a estropear algo que tanto tiempo y esfuerzo le había costado lograr. ¡Ni por el señor Kostopoulos ni por nadie!

–Y aunque consiguiera despegarlo, es muy posible que ya no pudiera leer lo que había escrito en él.

Observó cómo el pecho de él se agitaba con la respiración.

–En ese caso, será mejor que los dioses le sean favorables hoy. Necesito ese número y no le va a servir de nada intentar disuadirme con esos ojos de cordero degollado.

–Cordero degollado…

–Se lo advierto, las lágrimas no me afectan en lo más mínimo.

Sam apretó los dientes.

–Ni a mí los billones de un hombre. Usted cree que es un dios invencible que puede hacer temblar a los simples mortales con solo arrugar el ceño. ¡Pues bien, señor Kostopoulos, esta mortal no se deja intimidar! La persona que dejó ese número de teléfono volverá a llamarlo. Y si su secretaria fuese tan extraordinaria, debería haber anotado el número en una de esas libretas que tienen papel de copia. ¡Y su número de teléfono no puede ser más importante que mi proyecto de fin de carrera!

Después de aquella declaración, los rasgos de él parecían esculpidos en piedra.

–Debido a que usted no sabe absolutamente nada de mi vida, a excepción de los cotilleos que haya podido oír en este edificio, dejaré pasar su comentario.

Desgraciadamente, la verdad de las palabras del señor Kostopoulos la hizo enrojecer y avergonzarse.

–Siento mucho haberme exaltado, señor Kostopoulos, y siento mucho lo que ha ocurrido. Pero el problema es que no estoy segura de que el profesor esté ahí. Es fin de semana y el edificio podría estar ya cerrado hasta el lunes.

–En ese caso, tendremos que encontrar a alguien que nos deje entrar. O también puede usted llamar al profesor y…

–Pero…

–¿Nos vamos ya?

El ignoró el malestar de Sam y caminó hacia la puerta de su ascensor privado, más pequeña que las de los ascensores públicos. Al lado de un metro noventa, Sam se sentía minúscula. El señor Kostopoulos apretó un botón y la puerta se cerró.

El ascensor bajó más de sesenta pisos hasta el aparcamiento, en los sótanos. Durante el descenso, accidentalmente, el brazo de Sam rozó el de ese hombre, haciéndola insoportablemente consciente de su duro y poderoso cuerpo, y del débil olor a jabón mezclado con su olor a hombre.

Instintivamente, sintió que el poderoso señor Kostopoulos era un mortal único que creaba su propio destino. Nunca había conocido a nadie remotamente parecido a él. Aunque le costaba admitirlo, la excitaba y la asustaba. Ese número de teléfono debía ser sumamente importante para que un hombre así recurriese a esos extremos, y un sexto sentido le dijo que no debía ser un asunto de negocios.

El instinto de supervivencia la hizo mantenerse rígida y sin tocarlo. Entre las cuatro paredes del ascensor, Sam no quería que ese hombre le leyese más pensamientos. El presidente de un complejo industrial como aquel no llegaba a ese puesto sin poseer una increíble capacidad para adivinar las debilidades de la gente y utilizarlas en provecho propio.

Al salir del ascensor, un hombre con bigote había dejado un Mercedes negro delante de la puerta. Dio un paso adelante y ayudó a Sam a acoplarse en el asiento mientras el señor Kostopoulos ocupaba su sitio al volante.

Los dos hombres conversaron en griego. Sam había estudiado español y francés en el instituto, pero cualquier lengua que no fuera una lengua romance era un jeroglífico indescifrable para ella.

Cuando el otro hombre rio, Sam temió que el magnate le hubiera contado a su empleado lo que creía que era una invención de ella.

Evidentemente, el señor Kostopoulos no la creería hasta no tener la nota en la mano. Por suerte, había sido honesta con él y podía demostrarlo. No obstante, no le gustaba que hablaran de ella a sus espaldas.

Una vez que salieron del aparcamiento y se encontraron en medio del tráfico, una voz profunda murmuró:

–Tranquila, *thespinis*. George me estaba contando la última travesura de su hijo. Tus secretos y tus culpas están aún a salvo conmigo.

¡Cielos, ese hombre podía leerle el pensamiento! ¿Tan transparente era ella?

–De momento, lo único que necesito es que me indique la dirección. Y recuerde que tengo una cita a las cuatro y media.

–Lo tendré en cuenta, pero yo no puedo hacer nada por aliviar el tráfico, ni tampoco podré hacer nada si el departamento de arte está cerrado. Y ahora, doble en la siguiente esquina.

El callejeó por las calles de Nueva York con la habilidad de un taxista.

–Le aseguro que si me está intentando distraer o engañar, antes de que caiga la tarde se habrá quedado sin trabajo.

Sam echaba chispas.

–Dado que solo me quedan cien dólares en el banco, no sería lógico que arriesgase mi trabajo en Manhattan Cleaners. Aunque, por supuesto, eso es algo que usted jamás lograría comprender.

Al oír la risa burlona de él, Sam sintió un extraño placer en todo el cuerpo.

–¿Cree que no me acuerdo de lo que era ir descalzo por Serifos haciendo los trabajos que ningún otro quería hacer y solo por unos drachmas al día?

A Sam le llevó un momento darse cuenta de que él le había dejado entrever un mínima parte del hombre que se escondía tras esa capa de sofisticación… a menos, por supuesto, que lo que estuviera haciendo fuera ganarse su compasión. En cuyo caso, lo estaba haciendo muy bien, pero ella no iba a permitirle salirse con la suya.

–Creo recordar haber leído lo mismo sobre Aristóteles Onassis – comentó Sam.

–Nuestros comienzos no son muy diferentes –concedió él.

Como la mayoría de la gente, Sam había supuesto que el señor Kostopoulos venía de una familia rica y que había aprendido a emplear el dinero heredado hasta elevarlo a niveles astronómicos.

El hecho de que hubiera sido un niño pobre y sucio en Grecia que, a base de empeño y trabajo, se hubiera elevado a las alturas olímpicas en las que se encontraba ahora, lo hacía un adversario mucho más peligroso, un adversario al que no podía dejar de admirar, a pesar de sus modales tiránicos.

Sam quería saber más sobre él, pero no estaba en posición de hacer preguntas. Lo único que sabía del señor Kostopoulos era lo que leía en los periódicos y en las revistas, y lo que la gente que

trabajaba en el edificio le contaba.

Después de conocerlo en persona, le parecía aún más enigmático de lo que se había imaginado tras leer la descripción que los periodistas hacían de él. También era más atractivo… y conducía demasiado de prisa.

El señor Kostopoulos paró el coche en una zona de la facultad reservada para aparcar a los que trabajaban allí.

–La grúa se lleva los coches que no tienen permiso para aparcar –le advirtió ella.

–Si se lo lleva la grúa, George vendrá a recogemos en la limusina. En estos momentos, lo único que me importa es esa nota. Vamos.

Sam casi tuvo que correr para seguirle el paso. En el momento en el que entraron en el edificio, ella lanzó un suspiro de alivio al ver a la secretaria del doctor Giddings, que aún no se había ido a casa.

–¿Lois?

La otra mujer levantó la cabeza.

–Hola, Sam. ¿A qué has venido otra vez?

Lois no pudo evitar fijarse en la impresionante figura que dominaba aquel agujero que era la oficina del departamento de arte. ¿Y quién podía culparla?

En otras circunstancias, Sam les habría presentado. A Lois le habría hecho feliz saber que aquel hombre era el Kostopoulos del imperio económico Kostopoulos. Sin embargo, Sam no soportaba ese tipo de admiración e, instintivamente, sintió que él tampoco; por eso, decidió no divulgar su identidad.

–Necesito mi collage.

–¡Estás loca! Hay cien en la galería. Además, ya he cerrado todo y me iba a casa. Ha sido un día agotador.

–Para mí también, Lois –susurró Sam–. Escucha, esto es de suma importancia. No tengo tiempo para explicarte los detalles, pero no me puedo marchar de aquí sin el collage.

–El doctor Giddings no aceptará un trabajo fuera de plazo, Sam.

–Yo no he entregado el collage fuera de plazo. Tú misma lo has visto. Lo que pasa es que tengo que hacer un cambio en él de urgencia, pero lo volveré a traer el lunes por la mañana a primera hora. El doctor Giddings no se enterará. Si me haces este favor, te

regalo el mantel que hice el semestre pasado.

Lois alzó los ojos al techo.

–Me dijiste que jamás te separarías de él.

Sam lanzó una fugaz mirada al señor Kostopoulos.

–Yo… he cambiado de idea.

Lois siguió la mirada de Sam y bajó la voz para que solo ella pudiera oírla:

–¿De dónde lo has sacado? Es increíble. Es absolutamente fantástico. ¿Es de este planeta?

–Lo he conocido en mi trabajo de tardes. Lois, por favor, ayúdame.

–¿En serio es tan importante?

–Sí, es cuestión de vida o muerte.

Lo que no era exactamente mentira. De hecho, Sam tenía el presentimiento de que su vida no valdría nada si no conseguía aquella nota amarilla.

La secretaria suspiró y sacó una llave de un cajón.

–Está bien. Vamos, ve a la galería por el collage.

–¡Gracias! –Sam se inclinó sobre el escritorio y le dio un abrazo–. Él me va a ayudar a buscarlo, así que no nos llevará mucho tiempo.

Con la llave en la mano, Sam recorrió el pasillo apresuradamente, seguida por el señor Kostopoulos.

–¿Cómo es el collage? –la profunda voz de él vibró en la oscuridad.

Ella buscó el interruptor de la luz con el corazón golpeándole el pecho dolorosamente. La proximidad de ese hombre empezaba a tener ese efecto en ella.

–Si he hecho mi trabajo bien, no tendrá dificultad en descubrirlo.

–¿Es un jeroglífico?

–No. Es solo que espero que lo note nada más verlo.

En ese momento, Sam encontró el interruptor y la galería se iluminó. Había collages de todos los tipos y colores en aquella estancia. Todos de un metro por un metro treinta.

–Acabo de entrar y ya veo una docena de proyectos que me han cegado –comentó él en tono burlón.

–Le daré una pista. Mi collage, en cierto modo, se relaciona con

usted. Es decir, si, como he dicho antes, he cumplido mi objetivo…

–Señorita Telford, se me está acabando la paciencia –le advirtió él con expresión sombría.

–Está bien. Se trata de un collage del edificio de sus oficinas.

Capítulo 2

–¿MI EDIFICIO?

–Sí. Es el edificio de oficinas más bonito de la ciudad, todo crema con ese adorno azul marino. Aprovechando que trabajo ahí todas las tardes, decidí utilizarlo como el sujeto de mi proyecto. Pero lo he llenado de gente para que no dé esa impresión de soledad.

Él arqueó las cejas.

–¿Soledad?

–Sí –Sam había empezado a buscar su trabajo–. Todos los edificios tienen una esencia. El suyo me recuerda un fabuloso templo griego, magnífico, pero remoto y distante. He puesto gente en las ventanas para que lo alegren.

De nuevo, la lengua la había traicionado.

Pero ahora que ya lo conocía un poco más, comprendía por qué había sentido la soledad del edificio. Al igual que su edificio, el señor Kostopoulos era distante y magnífico. Era maravilloso y, simultáneamente, misterioso.

En ese momento, Sam lo sorprendió mirándola de una forma extraña y volvió rápidamente a su tarea, haciendo como si estuviera sola, intentando ignorar la presencia de él…

Quizá ella fuera una persona sin importancia, pero esperaba que, al menos, ese hombre encontrase su trabajo sobresaliente. Entonces, se reprochó albergar esas estúpidas esperanzas al recordarse a sí misma que lo único que a ese hombre le interesaba era conseguir el número de teléfono.

«¿Y si no se puede? ¿Y si no consigo hacer ese milagro?».

Transcurrieron cinco minutos más buscando entre lienzos. Sam empezaba a preguntarse si su proyecto no habría desaparecido cuando oyó al señor Kostopoulos emitir un sonido gutural.

Sam volvió la cabeza al tiempo que él alzaba uno de los lienzos y, poniéndoselo delante, se quedó contemplándolo.

–¿Y ha hecho esto con trozos de papel que ha encontrado tirados

por ahí? –preguntó él en tono incrédulo.

–Sí –respondió Sam con voz débil.

Se hizo un incómodo silencio y después…

–¿Dónde está mi nota?

–Está en la ventana derecha del piso más alto.

Sam se había acercado a él y, con un dedo tembloroso, le señaló la ventana. Sintió la mirada de él en ella con una intensidad que la estremeció.

–Esa es mi oficina.

–Yo… no tenía ni idea –se defendió Sam–. Pero admito que es una extraña coincidencia.

–¿Lo es? –preguntó él en tono desafiante.

Por fortuna, Lois eligió ese momento para asomar la cabeza por la puerta.

–¿Habéis encontrado ya el collage? Tengo que cerrar.

–Sss… sí –balbuceó Sam–. Ya salimos. Gracias, Lois, te debo un favor.

–No olvides traerlo el lunes antes de las ocho. He visto al doctor Giddings negarse a darle la licenciatura a alguien por menos que esto.

–¿Se va a licenciar ya? –preguntó el señor Kostopoulos después de salir del edificio, de vuelta en el coche y con el collage en el maletero.

Sam evitó mirarlo al rostro.

–Sí, dentro de seis días. Pero ya ha oído a Lois, si el profesor se entera de lo que he hecho, tendré que repetir el semestre.

–No pensemos en eso ahora. Si ocurriera lo peor, yo le explicaría lo ocurrido a su profesor.

Sam sacudió la cabeza.

–Una vez que toma una decisión, el doctor Giddings no cede.

–Ya veremos.

Fue entonces cuando Sam se sintió presa del pánico. Él esperaba resultados que ella no podía garantizar.

–Señor Kostopoulos… necesito herramientas especiales, por lo que tengo que ir a mi apartamento. Si me deja en la puerta de mi casa, aún le dará tiempo para llegar a su cita. Lo llamaré por teléfono cuando haya acabado.

–¿Dónde vive?

Sam le dio la dirección y después se reclinó en el respaldo del asiento con alivio porque pronto se separarían.

Con él a su lado, no conseguiría trabajar. Además del nerviosismo que le producía el posible resultado negativo de la operación, era demasiado consciente de la presencia física de ese hombre como para concentrarse en otra cosa.

–Gire a la izquierda al llegar al siguiente semáforo. Mi apartamento está en el lado sur, en medio de la manzana. Como hay tanto tráfico, será mejor que me deje en la esquina.

Cuando él aminoró la velocidad al acercarse al semáforo, Sam puso la mano en el tirador de la puerta, pero no se abrió.

–¿Cómo se quita el seguro?

Su petición cayó en oídos sordos, porque el señor Kostopoulos se había sacado el teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta y le estaba diciendo a su secretaria que cambiase la cita para la semana siguiente.

De repente, el corazón de Sam empezó a galopar. Tenía el terrible presentimiento de que ese hombre tenía la intención de subir a su apartamento y observarla mientras realizaba la operación.

Pero Sam tenía varios motivos para no permitirle la entrada. En primer lugar, su apartamento de una habitación estaba en perfecto desorden. En segundo lugar, no había espacio suficiente para los dos: la cocina y el cuarto de estar estaban unidos, y el único lugar en el que él podía sentarse era el sofá, que tenía un montón de cosas encima y se tardaría en despejar cinco minutos. Empezó a decirle que no podría aparcar en esa zona, pero se dio cuenta de que era inútil. El señor Kostopoulos seguía sus propias reglas.

Cuando salieron del coche, él sacó el collage del maletero y empezó a caminar hacia la entrada del edificio, precediéndola.

Después de respirar hondo, Sam dijo:

–No es necesario que suba. Si me da un teléfono donde pueda localizarlo, lo llamaré tan pronto haya acabado.

Las puertas del ascensor se abrieron y él la hizo entrar. Sus oscuros ojos se pasearon por Sam.

–Ya estoy aquí, así que no tiene sentido que me vaya hasta no conseguir lo que me ha traído hasta aquí.

Tras el comentario, subieron el resto de los pisos hasta el

séptimo en silencio. Ella siguió hasta que Sam se detuvo delante de la tercera puerta en el pasillo según salieron del ascensor.

Antes de abrir, Sam se volvió a él.

–Creo que sería mejor que esperara en el coche.

El señor Kostopoulos arrugó el ceño.

–Si le preocupa lo que su novio pueda pensar, estaré encantado de explicarle el motivo por el que voy a interrumpir su intimidad.

Las mejillas de Sam se encendieron.

–No hay casi espacio para mí en este apartamento, así que mucho menos para dos.

Él se encogió de hombros.

–En ese caso, no veo cuál es el problema. Pasé mi infancia en una habitación no más grande que un armario, y no es cosa de la que uno deba avergonzarse.

Sam apretó los dientes.

–¿No se le ha ocurrido pensar en la posibilidad de que no quiera compañía?

–Yo no soy compañía. Vamos, deme la llave.

Al instante siguiente, se la quitó de las manos, abrió la puerta y le indicó con un gesto que lo precediese.

Accidentalmente, se tocaron y Sam experimentó algo que jamás había sentido con nadie. La sensación la confundió a muchos niveles.

–¿Dónde quiere que deje esto para que usted pueda ponerse a trabajar?

La pregunta le indicó que a él no le había afectado el roce de sus dedos. Sam se reprendió en silencio por ser tan tonta y se dirigió hacia la mesa para despejarla de los restos del desayuno.

Sin una disculpa, Sam murmuró:

–Déjelo aquí encima.

El señor Kostopoulos logró pasar por encima de un secador de pelo que había en el suelo; sin embargo, tuvo que pisar el periódico manchado de pintura.

La noche anterior Sam había dado una capa de barniz protector al collage; pero debido a la humedad del ambiente, había tenido que levantarse temprano aquella mañana para acabar de secar el barniz con el secador de pelo.

–Voy por el martillo y el cortafríos.

En un pequeño armario al lado del cuarto de baño Sam tenía las herramientas de esculpir; pero como era el último curso, también había metido en ese armario pinturas acrílicas y tintes. Le llevó un tiempo encontrar lo que estaba buscando y acabó con el suelo lleno de objetos que había sacado del armario.

Cuando volvió al cuarto de estar con las herramientas, las puso encima de la mesa y encontró al señor Kostopoulos sentado en un brazo del sofá contemplando el último mantel que ella había creado. Había hecho el dibujo del mantel con cera caliente, luego lo había teñido y ahora lo tenía secándose encima del sofá.

El señor Kostopoulos no había tenido más remedio que sentarse en el brazo, a menos que hubiera preferido quedarse de pie.

De repente, Sam vio que tenía algo en la mano izquierda. Con horror, se dio cuenta de que era el rodillo de la cocina, que utilizaba para todo, excepto para cocinar.

Por primera vez desde que lo conocía, le pareció notar cierta humor en sus ojos negros.

–Supongo que tiene esto a mano para recibir a las visitas inesperadas.

Ella parpadeó. Hasta ahora que él acababa de mencionarlo, a Sam no se le había ocurrido pensar que el rodillo de la cocina pudiera ser un arma.

–No, lo he utilizado para mi collage.

–Continúe.

–¿Quiere que le explique el proceso?

–Sí, señorita Telford. No puedo recordar cuándo fue la última vez que otro ser humano consiguió entretenerme tanto.

El comentario podía ser tomado de muchas formas, todas ellas poco gratificantes o halagadoras.

Al cabo de un momento, el señor Kostopoulos añadió:

–Es increíble que un sencillo instrumento de cocina haya contribuido considerablemente al producto final.

¿Le gustaba el producto final? Aún no había dicho nada que lo indicara.

–Si realmente le interesa, le haré una pequeña demostración.

Rehuyendo la penetrante mirada de él, Sam le quitó el rodillo de la mano y después rompió la esquina de una hoja del periódico que había en el suelo.

Mientras hacía la demostración encima del diminuto mostrador de la zona de cocina, sintió el calor de aquel cuerpo masculino cerca de ella.

–Desde luego, ha conseguido su objetivo –anunció el señor Kostopoulos al fin–. De hecho, ha conseguido mucho más que eso.

Un críptico comentario que la dejó confusa y demasiado consciente de aquella mirada oscura y penetrante.

Poco acostumbrada a esas sensaciones, Sam se acercó a la mesa donde estaba el collage y se puso manos a la obra.

De soslayo lo vio aproximarse a la única silla plegable que había en el apartamento y examinar la media docena de retales que había utilizado para las cadenas que hacía, que colgaban del techo en un rincón de la estancia.

Mientras él examinaba las telas, ella empujó el collage hasta la pared, utilizando la cadera para sujetar el otro extremo. Con cuidado, colocó el filo del cortafrío en la base de la ventana del collage y empezó a martillear el mango.

Pero no había contado con que la frágil mesa se moviera.

El collage se movió también hacia un lado, lo que hizo que Sam se cortase la palma de una mano con el filo del cortafrío. Sin querer, lanzó un grito al tiempo que cayó sangre encima del collage.

No sabía que una persona del tamaño del señor Kostopoulos pudiera moverse con semejante rapidez. A la velocidad del rayo, él le colocó un pañuelo blanco en la mano para cortar la hemorragia.

Olvidándose del dolor, el corazón de Sam empezó a latir con fuerza por la proximidad de sus cuerpos. Le oyó murmurar algo entre dientes.

–La herida es demasiado profunda para cerrarse por sí sola. Va a necesitar unos puntos y la vacuna del tétano.

–No es nada –murmuró ella con la respiración entrecortada. La sangre la mareaba, y tuvo que resistir el deseo de aferrarse a él en busca de apoyo y fuerza–. No tengo seguro médico y no puedo permitirme pagar a un médico.

–¿Cree que la dejaría pagar siendo yo el responsable de que le haya pasado esto? –el tono de él no le dejó lugar a dudas de que se había responsabilizado de la situación–. Venga, ahora mismo nos vamos a ver a mi médico.

–¡El collage! Tengo que limpiarle la sangre ahora mismo.

Tan pronto como ella acabó de pronunciar esas palabras, el señor Kostopoulos le soltó la mano, levantó el collage, lo llevó a la pila y dejó que el agua fría corriera por encima de la zona manchada. Al cabo de unos segundos, estuvo como nuevo. A continuación, volvió a colocarlo encima de la mesa.

Inmediatamente después, él miró la mano de Sam, que se estaba apretando el pañuelo contra la herida.

–Ha hecho muy bien en darle al collage una capa de barniz protector; de lo contrario, el agua habría penetrado el papel y habría destruido su obra maestra. Y ahora que ya no tenemos que preocuparnos de eso, vámonos.

El halago del señor Kostopoulos la llenó de alegría, y lo siguió sin protestar.

Pronto se encontró de nuevo en el coche, donde un nuevo y extraño silencio prevaleció. Él parecía estar lejos, en otro mundo. Y ella también; los acontecimientos de las últimas horas la habían conmocionado.

El señor Kostopoulos consiguió sortear el tráfico y llevarla a una clínica privada en un tiempo récord.

La recepcionista lo conocía y, aunque había algunos pacientes en la sala de espera, una palabra de él bastó para que llevaran a Sam rápidamente a una sala de examen.

Al parecer, el doctor Strike era un compatriota del señor Kostopoulos. En el momento en que aquel atractivo hombre de cabellos oscuros entró en la sala, su boca esbozó una amplia sonrisa:

–¡Perseus! –le dijo al señor Kostopoulos, y ambos conversaron en griego como dos viejos amigos.

Sam se quedó allí, sorprendida, recordando su historia preferida de la mitología griega:

«El fuerte y guapo Perseus, hijo de Zeus y de Danae, rechazado por el raptor de su madre, el rey Polydectes, emprendió un viaje para demostrar que era capaz de lograr lo que se propusiera, incluso liberar a su madre. Al final, no solo regresó con la cabeza de Medusa, que transformó al rey y a los cortesanos en piedra, sino que adquirió una hermosa esposa, Andrómeda, a la que rescató de las garras de un monstruo marino».

Podía ser una coincidencia, pero hasta cierto punto la vida del señor Kostopoulos se parecía a la del mítico Perseus. En el mundo actual, Perseus Kostopoulos era una fuerza de la Naturaleza. Incluso Sam le había atribuido características de dios del Olimpo desde el primer momento que posó los ojos en él.

¿Había más similitudes? ¿Había emprendido la búsqueda de algo? ¿Había una mujer a la que rescatar y hacer suya?

Por un motivo desconocido, Sam deseó ser esa mujer especial.

Al darse cuenta del peligroso rumbo que habían tomado sus pensamientos, hizo un esfuerzo por concentrarse en lo que el médico le decía mientras le daba tres puntos, le vendaba la mano y le ponía la vacuna del tétano. Pero Sam no dejó de notar la mirada interrogante del médico.

Era natural, debía de estar preguntándose qué hacía una persona de la estatura de Perseus Kostopoulos en compañía de una insignificante estudiante de la Escuela de Arte.

Aunque demasiado discreto para que se le notara, Sam sintió la curiosidad del médico que, evidentemente, Perseus Kostopoulos no había satisfecho.

Tan pronto como le dio las gracias al doctor Strike por la rapidez con que la había tratado, sintió la mano de Perseus, en el codo, empujándola suavemente hacia la salida. Él ya había adquirido la personalidad de un dios griego en su mente y ya no podía pensar en él como el señor Kostopoulos.

Regresaron al apartamento de Sam.

–Mientras usted obedece las instrucciones del médico y mantiene la mano alzada, yo prepararé algo para beber antes de ponerme a trabajar.

Sam se sentía demasiado débil para discutir. En el fondo, sabía que la herida jugaba una pequeña parte en lo que le pasaba; pero preferiría morir antes de permitirle saber la verdad: que su presencia estaba alterando sus emociones.

Un desacostumbrado letargo la dejó sin energía, retiró el mantel de encima del sofá y se dejó caer, contentándose con contemplar a ese hombre. En unas horas tendría que irse a trabajar y aún no sabía cómo iba a llegar a la puerta, así que mucho menos caminar las ocho manzanas que tenía que recorrer.

–Hay té en el armario encima de la cocina.

Como si estuviera acostumbrado a ello, él se quitó la americana y la corbata, se remangó la camisa y puso a hervir agua. Con los ojos medio cerrados, ella lo observó maniobrar en aquel reducido espacio; era evidente que sabía realizar tan mundanas tareas cuando la ocasión lo requería.

Aunque el apartamento era demasiado pequeño, Sam tuvo que admitir que le gustaba ver allí aquella sólida presencia masculina, y no le importó la invasión, al contrario de lo que había supuesto.

Sam nunca había permitido a ningún hombre que cruzara la puerta de su apartamento. Sin embargo, Perseus le había quitado la llave de la mano y se había abierto camino en su apartamento y en su vida.

«Y tú le has dejado, Sam, no has podido evitarlo. Sigues sin poder evitarlo».

Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Tenía que admitir que, aunque fuese por una vez, era agradable que le sirvieran. Tan agradable que casi se le había olvidado el motivo por el que él estaba allí… hasta que Perseus le dio una taza de té antes de ponerse a trabajar en el collage de Sam.

Perseus parecía saber exactamente lo que era trabajar en un collage. Cuando se agachó para despegar la nota con las herramientas, Sam notó los músculos de sus hombros y la fuerza de su cuerpo. Si a ella le gustara dibujar cuerpos humanos, ese hombre, con todo su esplendor masculino, sería el modelo perfecto.

Disgustada una vez más con la dirección de sus pensamientos, bebió té. Perseus lo había hecho fuerte, y le había puesto más azúcar de la que ella tomaba normalmente. Los labios de Sam se curvaron en una sonrisa. A los griegos les gustaban mucho los dulces, supuso que él no era una excepción.

–Ya lo he despegado –anunció él con su profunda voz llena de satisfacción–. ¿Ahora qué?

Ensimismada en sus pensamientos como había estado, Sam se dio cuenta demasiado tarde de que él la había sorprendido observándolo. Esta vez, un calor tembloroso le recorrió todo el cuerpo.

Rápidamente, desvió su mirada azul y murmuró:

–Hay que utilizar un disolvente para disolver la pasta y ablandar

el papel lo suficiente con el fin de desdoblarlo. Ahora mismo voy por el disolvente.

–No. Dígame dónde está, yo iré.

La autoridad de aquella voz le advirtió que si intentaba levantarse, él recurriría a la fuerza física para evitarlo.

Consciente de que él tendría que entrar en su habitación y buscar el disolvente en el armario, no supo qué alternativa tomar. Sobre todo, desde que tenía ropa interior y camisones en los colgadores de la puerta.

Sin embargo, la ropa interior de una mujer no debía ser ningún misterio para Perseus Kostopoulos. Pero no se trataba de la ropa de cualquier mujer, sino de la suya.

Hasta la fecha, solo había salido con un chico medio en serio. Pero cuando él descubrió que ella esperaba casarse antes de acostarse con él, su novio la acusó de mojigata y la dejó. Por su parte, Sam prefería vivir sola, y no había contado con que un hombre como Perseus apareciese y sacudiera los cimientos de su vida.

–¿Ocurre algo? –preguntó él en tono burlón, aunque también algo irritado por la reticencia de ella.

Sam cerró los ojos y, dándose por vencida, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá.

–Está en una caja en el suelo, dentro del armario empotrado de mi habitación.

Perseus desapareció antes de que ella tuviera el valor suficiente para abrir los ojos de nuevo. Transcurrieron unos minutos sin que él hiciera acto de presencia. Sam empezó a ponerse nerviosa y se levantó del sofá para ir a ver qué lo había retenido.

Tonificada por el té, no se sentía tan débil como antes, y se apresuró al dormitorio.

–La caja está en… –pero el resto de las palabras no salió de su garganta.

Perseus le había vaciado el armario prácticamente. No lo que había en las estanterías o en el suelo, sino lo que colgaba de las perchas; fundamentalmente, muestras de tejidos que ella había diseñado cuando era adolescente.

Perseus había puesto las muestras encima de la cama sin hacer. Algunas estaban tejidas, otras estaban pintadas a mano. Él no se

molestó en levantar la cabeza para reconocer la entrada de Sam, y mucho menos se molestó en disculparse por la libertad que se había tomado.

–¿De dónde ha sacado estas telas? –preguntó él con esa voz grave y vibrante que a Sam le parecía única.

–Las he hecho yo.

Por fin, Perseus levantó la cabeza y la miró con una expresión que ella no supo descifrar.

–En ese caso, tiene un toque de genio.

–¿Lo dice en serio?

–¿Quiere decir que no lo sabe?

Increíblemente halagada, Sam sonrió. Que Perseus Kostopoulos, un conocido amante del arte y propietario de una de las más prestigiosas compañías textiles del mundo, le hiciera semejante cumplido era algo que reavivó su esperanza de llegar lejos en su profesión.

Durante años, Sam había recibido felicitaciones de sus compañeros, pero nunca de sus profesores.

Había habido momentos en los que se había sentido tentada de anunciar que era la hija de Jules Gregory con el fin de despertar en ellos cierto reconocimiento, pero el orgullo se lo había impedido. Si no podía tener éxito por sí misma, se negaba a conseguirlo utilizando el nombre de su padre.

En opinión de Sam, era un hombre despreciable al que no le había importado que la madre de Sam falleciera ni que su hija se hubiera quedado sola en el mundo.

Tragándose la amargura, Sam se agachó delante del armario para agarrar el disolvente y luego se fue a la cocina. Perseus la siguió, le quitó el bote de la mano y lo abrió. De nuevo, el cuerpo entero de Sam tembló cuando sus dedos se rozaron.

Negándose a encontrarse con la mirada de él, que la había seguido desde el momento en que había salido de la habitación, Sam se puso a revolver en el armario de la cocina para buscar un cuenco.

–Si su secretaria ha escrito el número con un bolígrafo, el disolvente no lo afectará. Sin embargo, si lo ha escrito a lápiz, me temo que no hay nada que hacer.

–Utiliza bolígrafos y lápices –murmuró Perseus antes de echar

un poco de disolvente en el cuenco que ella le dio–. En fin, es el riesgo que tenemos que correr.

Tras esas palabras, Perseus sumergió el trozo de papel amarillo en el líquido.

–¿Cuánto tiempo tenemos que dejarlo ahí?

La mano herida de Sam había empezado a hincharse. También tenía un incipiente dolor de cabeza, quizá producido por la idea de que pronto ese hombre saldría de su vida y no volvería a verlo nunca.

–Déjelo ahí un minuto; después, sáquelo para ver si se ha ablandado lo suficiente.

Perseus hizo como ella le había sugerido y luego sacudió la cabeza.

–Necesita más tiempo.

Por fin, incapaz de contenerse por más tiempo, Sam preguntó:

–¿Por qué es tan importante para usted este teléfono?

La tensión de él la hizo desear no haber hecho la pregunta.

–Hace veinte años, mi querida prometida me clavó un cuchillo en la mandíbula y luego desapareció.

¿Su prometida?

–La estoy buscando desde entonces.

Su suposición había sido cierta. Perseus estaba buscando a una mujer que, sin duda, había dejado en él una marca más profunda que la cicatriz de su rostro. Sin poder explicarse por qué, Sam odiaba a esa mujer con toda su alma.

–Poco a poco, la he ido acorralando –continuó él–. Se ha cansado de huir de mí. Es más, parece que le ha ocurrido lo contrario. En realidad, mi fuente de información me ha dicho que lo más seguro es que haya sido ella la persona que le dio ese número de teléfono a mi secretaria, la señora Athas.

–Pero si ella lo amaba y era su prometida, y usted la amaba…

El semblante de Perseus endureció.

–Más que a mi vida. Nos juramos amor eterno en De los, en el templo de Apolo.

La declaración de él la había destrozado, pero… ¿cómo era posible? Perseus Kostopoulos no podía significar nada para ella.

Pero sí…

–En ese caso, ¿por qué…?

–Creo que ya se ha ablandado lo suficiente –anunció él sin contestar a la pregunta.

Sam presintió que ya había oído todo lo que iba a oír.

Conteniendo la respiración, lo vio desdoblar el papel amarillo. El corazón se le encogió al ver que los números ya no aparecían allí.

Como si se hubiera quemado de repente, Perseus dejó caer el papel encima de la barra de la cocina.

–Lo siento –susurró ella angustiada–. Ojala jamás hubiera limpiado su oficina.

–Es demasiado tarde para arrepentirse, señorita Telford –dijo él con dureza–. ¿Dónde está la pasta de papel? Voy a reparar su collage.

–No es necesario, ya lo haré yo.

–Con una mano herida, imposible.

Perseus desapareció a la velocidad del rayo y regresó con la pasta, que había encontrado en el suelo de la entrada.

En muy poco tiempo, volvió a poner el trozo de papel en su sitio y quedó como si nadie lo hubiera tocado. Lo único que a Sam le quedaba por hacer era volver a dar barniz protector en esa zona y quedaría como nuevo.

–Gracias –murmuró ella.

Pero dudó que él la hubiera oído porque había sacado el teléfono móvil de la chaqueta y estaba hablando con alguien en griego. Sin duda, estaba llamando a sus contactos para comunicarles que no tenía el número de teléfono.

A partir de ese momento, Perseus abandonaría su casa en cualquier momento. Sam no podía soportarlo, pero no podía retenerlo tampoco.

Cuando colgó, la miró intensamente.

«Ya está. Ahora se despedirá de mí y nunca volveré a verlo».

Capítulo 3

–HE CANCELADO mi cita y he llamado para que nos traigan aquí la cena.

Sam retrocedió y agarró el respaldo del sofá buscando apoyo.

–¿Qué?

–Después de lo que la he hecho pasar hoy, tengo que compensarla de alguna manera. Es más, estoy muerto de hambre y supongo que usted también.

–Bueno… sí… pero…

–En ese caso, no se hable más. Usted descanse como le ha dicho el médico; entre tanto, yo voy a arreglar un poco esto.

–No, por favor. No puedo permitírselo…

–No está en situación de impedírmelo. A propósito, mientras estábamos en la clínica, he llamado a Manhattan Cleaners y les he contado lo de la herida. El encargado me ha dicho que se tomara el tiempo que necesite hasta que le cicatrice la herida. Les he dicho que volvería a trabajar al cabo de unos días.

Tras esas palabras, comenzó a ordenar la habitación. Sam se sentó en el sofá, incapaz de discutir. Un ángel de la guarda había oído su plegaría y le había concedido unos minutos más con Perseus. Pero como ella era insaciable, quería más, lo quería para toda la vida.

Desgraciadamente, llamaron a la puerta solo media hora después. Perseus abrió antes de que ella pudiera levantarse del sofá.

–*Kalispera, Anianna* –le oyó decir Sam.

Una mujer de mediana edad y oscuros cabellos contestó:

–*Gia sas, Kyrie Kostopoulos*.

La mujer llevaba una enorme bolsa en la mano y, a pesar de la distancia, Sam pudo oler un delicioso aroma que le hizo la boca agua.

–*Efcharisto*.

Tras esa palabra, que Sam supuso seria «gracias», la mujer se marchó, y ellos quedaron solos una vez más.

–Arianna es la mejor cocinera de Nueva York. Esta noche, vamos a cenar kebab de carne picada y cordero lechal, con tomate y queso tostados. Y de postre, *galato bouriko,* unas pecaminosas natillas que le aseguro la van a volver loca.

Sam agrandó los ojos cuando Perseus le dio un plato lleno de comida hasta arriba.

–Tiene una pinta maravillosa.

–Es una comida maravillosa. Y cuando lleguemos a Serifos y pruebe la comida de Maria, entonces sabrá lo que es un manjar de dioses.

A Sam le dio un vuelco el corazón, y no llegó a morder el trozo de cordero que tenía en el tenedor.

–¿Qué quiere decir con eso de cuando lleguemos a Serifos?

Perseus ya había ingerido una buena cantidad de comida. Sin mirarla a los ojos, contestó:

–Los dioses no le han sido muy favorables. Y debido a que se quedó con algo de mi oficina que no era suyo, debe hacer una restitución.

Las palabras fueron pronunciadas en tono sedoso, y a Sam le llevó unos segundos comprender su significado.

Había rezado para que Perseus no saliera de su vida y, al parecer, el deseo le había sido concedido.

Sam empezó a ponerse nerviosa y perdió el apetito.

–Es más que probable que mi prometida, que ha regresado a Serifos después de veinte años de ausencia con el propósito de casarse con el amor de su juventud al que destrozó el corazón, esperase pedirme perdón por teléfono antes de que volviéramos a vernos.

Perseus hizo una leve pausa y añadió:

–Al final, me alegro de no haber conseguido recuperar el número de teléfono. Ir a Serifos con usted como mi esposa será mucho más elocuente que lo que hubiera podido decirle con palabras.

Perseus se metió un trozo de carne en la boca, la masticó y prosiguió:

–Cuando el peligro haya pasado, usted podrá continuar libremente con su vida. Le aseguro, *thespinis*, que las noches serán solo suyas. Solo tendrá que representar el papel de esposa durante

el día.

¿Esposa de día?

¿En serio planeaba utilizarla como peón a la hora de enfrentarse a su antigua prometida?

Ante semejante proposición, Sam debería haberle tirado el plato de kebabs a la cara, pero no lo hizo. Por el contrario, un extraño dolor se le había agarrado al corazón mientras le observaba frotarse la cicatriz con expresión ausente. Sam se preguntó si, a pesar de los años transcurridos, aún le dolía.

¿Qué clase de mujer era esa que había impedido que Perseus volviera a casarse o cejara en el empeño de encontrarla, a pesar de haberle hecho algo imperdonable?

¿Acaso Perseus tenía tanto miedo de volver a enamorarse de ella que recurría a una completa desconocida decidido a casarse con ella con el fin de combatir la atracción que su antigua amada ejercía sobre él?

Sam no podía imaginar ni comprender un amor así, y decidió que no quería saberlo.

Pero una voz interior la llamó mentirosa por no reconocer la verdad. Por primera vez en su vida, a Sam le habría gustado ser lo más importante en la existencia de un hombre.

«No de cualquier hombre, Sam. Por algún error cosmológico, Perseus Kostopoulos se ha cruzado en tu camino y te ha dado la oportunidad de permanecer en su vida un poco más de tiempo. ¡Y como su esposa!».

«¿No es eso lo que querías?».

–Para ser una mujer nunca falta de palabras, me alegro de que no haya dicho nada. Eso significa que no ha rechazado mi proposición de plano. Bien, ya que la alternativa es acompañarme como amante, no como esposa.

Las mejillas de Sam enrojecieron al instante.

–¿Como amante?

–La trataría de la misma forma, pero me temo que el resto de la gente no sería tan comprensivo… si es que me he explicado bien.

Sam temía justo eso. Vivir con Perseus sin estar casada destruiría su buen nombre, pero ser su esposa era algo completamente diferente.

–Por supuesto, estoy dispuesto a hacerle el trato más agradable

garantizándole tres deseos. Lo único que tiene que hacer es pronunciarlos y sus deseos se convertirán en realidad.

Sam empequeñeció los ojos provocativamente. Se sentía caprichosa y atrevida.

–¿Mis deseos convertidos en realidad? ¿Ha dicho tres deseos?

El ángulo de la luz hizo que los ojos de Perseus pareciesen más oscuros y misteriosos que de costumbre.

–Como mis amigos íntimos pueden corroborar, jamás me echo atrás en un trato.

Sam le creyó.

–Bien, eso es fácil. En primer lugar, siempre he deseado tener el dinero suficiente para dar un estipendio a todo aquel artista de mérito que tiene que realizar tres trabajos para poder pagar sus estudios en la Escuela de Arte; con el estipendio, estos artistas solo tendrían que realizar un trabajo para salir a flote.

–Hecho –pronunció él–. Y ya que he decidido comprarle el collage y colgarlo en la entrada del edificio, me pondré en contacto con el doctor Giddings con el fin de establecer un fondo permanente, en su nombre, para que él lo administre y dé becas a aquellos estudiantes de arte que lo merezcan.

El hecho de que Perseus había decidido comprarle el collage y exhibirlo a la entrada de su edificio hizo que a Sam se le cayera la comida del plato al sofá. Pero al pensar en lo que aquel dinero podía significar para los estudiantes que carecían de medios económicos…

–¿En serio lo haría? –gritó Sam atónita.

–¿Cuál es su segundo deseo? –preguntó él ignorando la sorpresa de Sam.

Perseus estaba sentado en la mecedora, que él mismo había colocado delante del sofá, terminando con calma el segundo plato de cordero.

Su segundo deseo. En realidad, era el primero; pero tras la sugerencia de Perseus, había querido revelar primero el más extravagante.

Solo recordar a su trabajadora y valiente madre le empañaba los ojos. Se mordió el labio para controlarse.

–Cuando mi madre murió, yo no tenía dinero para llevarla en avión a Cheyenne, Wyoming. Ella nació allí y debería haber sido

enterrada allí, junto al resto de sus familiares. Diseñé una escultura de piedra y quería levantarla en su memoria, pero era demasiado cara.

–Concedido –declaró él en tono grave y solemne–. Recuerde que solo le queda un deseo más. Debe ser algo que quiera para sí misma.

Su tercer deseo.

Sam lo miró con disimulo. Eso era solo un juego.

Sam no tenía intención de obligarlo a cumplirlo.

–Tener el tiempo y el lujo para crear hermosos diseños para tejidos, azulejos de cerámica y porcelana.

–Hecho.

Con un movimiento felino, Perseus se puso en pie y le retiró el plato de comida que Sam apenas había catado.

Llevó todo a la pila y volvió la cabeza.

–En mi villa, en Serifos, podrá disponer de un ala entera de la casa para su trabajo. Las industrias Cottage, en las islas Cícladas, han sido el secreto de mi éxito económico.

Hizo una pausa momentánea y añadió:

–La verdad es que hace años que no veo diseños tan frescos e interesantes como los suyos. Con la ayuda de mis directores de marketing, ganará una pequeña fortuna. Cuando llegue el momento en el que le devuelva su libertad, será conocida, tendrá éxito y el dinero no volverá a preocuparle.

Mientras ella permanecía allí sentada en absoluto estupor, Perseus volvió el cuerpo entero y le prestó toda su atención.

–Tengo la sensación de que hay un cuarto. Esta noche me encuentro de un humor benevolente y estoy dispuesto a regalar cualquier deseo.

Él tenía una intuición extraordinaria, casi aterradora.

En lo más profundo de su ser, Sam esperaba que llegara el día en el que pudiera gritarle a su padre que ella y su madre habían tenido mucho más éxito con sus vidas que él, y sin su reconocimiento ni ayuda; después, se marcharía y nunca volvería a mirar atrás.

Perseus Kostopoulos era el único mortal que podía ayudarla a realizar su sueño; y en cierto modo, él lo había presentido.

–Yo… no sé… tendré que pensarlo.

–Piénselo. Volveré esta noche a las diez.

Agarró la llave del piso que estaba en el mostrador de la cocina y se marchó sin esperar respuesta.

Un hombre muy listo. Había sido lo suficientemente inteligente para dejarla sola con el fin de que pudiera contemplar el resto de su vida sin él.

Ahora, el sello de Perseus estaba estampado hasta en el último rincón de ese solitario y claustrofóbico apartamento, desde el dormitorio a la cocina.

De repente, como en una revelación, Sam se dio cuenta de que se había enamorado de Perseus nada más verlo. No le importaba lo que la gente pudiera pensar, era cierto, lo amaba.

No podía evitarlo. Algo le decía que si no podía obtener el amor de ese hombre, viviría el resto de su vida sin amor.

Su madre le había dicho lo mismo respecto a su padre. Ella se enamoró de Jules Gregory nada más verlo. De tal palo…

Ya que la posibilidad de que los sentimientos de Perseus fueran recíprocos era nula, tendría que contentarse con las migajas que él quisiera darle.

Al menos, tendría la posibilidad de estar cerca de él durante el tiempo que Perseus lo permitiese. Quizá la necesitara durante mucho tiempo, el tiempo suficiente para buscar en ella consuelo y…

«Para, Sam, vas a sufrir una desilusión».

«Si aceptas su proposición, no puedes permitir que se entere del verdadero motivo por el que estás dispuesta a hacer algo que, al final, lo único que te causará será sufrimiento».

El problema era que ya sufría y Perseus se había marchado hacía solo veinte minutos. No podía soportar la idea de que no volviera jamás…

Aunque intentó mantenerse ocupada limpiando el piso, la hora siguiente transcurrió con agonizante lentitud.

A las diez y cinco, estaba histérica pensando que él no iba a regresar, que solo había jugado con sus sentimientos y que aquello era el castigo final por haberse llevado la nota de la oficina.

Cuando el timbre sonó a las diez y cuarto, Sam estaba convencida de que era el portero para devolver la llave que Perseus se había llevado.

Antes de alcanzar la puerta, esta se abrió y Perseus entró. Sam estaba demasiado contenta de verlo y tuvo que desviar la mirada

para que Perseus no lo notara.

–Siento haberme retrasado, el tráfico estaba horrible. ¿Ha tomado una decisión?

La redondeada barbilla de Sam se alzó.

–No puedo obligarlo a cumplir los dos primeros deseos, pero necesito abrirme paso profesionalmente lo antes posible. Naturalmente, tendré que demostrar mi capacidad profesional a la persona que me entreviste; pero si usted pudiera arreglar una entrevista con el jefe de personal de su empresa textil… Es lo único que le pido. A cambio, me casaré con usted temporalmente, señor Kostopoulos.

–Perseus. Y de ahora en adelante debemos tutearnos.

Perseus murmuró algo, en su lengua nativa, que no necesitó traducción. Un brillo triunfal lucía en sus ojos, lo decía todo.

El cuerpo de Sam tembló. ¿Qué había hecho?

–¿Dónde se va a celebrar tu graduación?

Sam tenía la garganta seca.

–En el parque de Washington Square, el próximo viernes.

–¿Ya has terminado todos los exámenes?

–Sí.

–Estupendo. En ese caso, nos casaremos al día siguiente. Por supuesto, tendrás que despedirte de Manhattan Cleaners. Mientras tanto, te compraremos ropa nueva y el vestido de novia. También tenemos que recoger tus muebles y llevarlos a un guardamuebles.

Perseus se interrumpió un momento antes de añadir:

–Si me dices dónde está enterrada tu madre, lo arreglaré todo para llevarla a Wyoming en el avión de la compañía después de la boda. Una vez que lleguemos a Cheyenne, compraremos la piedra que quieres para la tumba de tu madre y encargaremos que la esculpan según tu diseño. Y cuando esté acabada, le daremos un entierro como se merece antes de marcharnos a Atenas, que será dentro de dos semanas a partir de ahora.

Sam, atónita, se quedó sin habla. Ahora ya no le extrañaba que tuviera sorprendida a la gente de negocios de la comunidad internacional. En cuestión de segundos le había reorganizado la vida entera. Lo único que Sam pudo hacer fue asentir con la cabeza.

La semana siguiente fue muy agitada. Lo primero que hizo, el lunes por la mañana, fue devolver el collage a la universidad.

Después tuvo que visitar tiendas de modas, le quitaron los puntos de la mano y, antes de darse cuenta, llegó el día de su graduación.

Desde la muerte de su madre había supuesto que sería una experiencia algo triste ya que ninguno de sus padres estaría presente. Pero ahí estaba Perseus, entre el público, viendo cómo recibía ella su diploma.

A Sam le pareció increíble que él se hubiera molestado en ir allí para ofrecerle su apoyo, un gesto que la llegó a lo más profundo del corazón. Sin embargo, no se atrevió a expresar sus sentimientos. Lo único que pudo hacer fue darle las gracias por asistir y por compartir con ella la felicidad que le proporcionaba aquel triunfo personal.

La noche de su graduación, la pasaron en el piso que Perseus tenía en el ático de su edificio de oficinas. Sam se acostó en la habitación de invitados. Estaba tan cansada que se durmió en el momento en que descansó la cabeza en la almohada.

A las diez de la mañana siguiente, un chófer la llevó a la iglesia en la limusina de Perseus. El llevaba un traje azul marino y una camisa blanca. Ella llevaba un vestido de encaje blanco que le llegaba hasta la rodilla, un adorno de gardenias en el hombro y una mantilla de encaje.

Cuando ella preguntó por qué celebraban una ceremonia religiosa en vez de civil, él le explicó que era la única forma de evitar la publicidad. Como favor personal, el párroco iba a cerrar las puertas de la iglesia al público durante los cuarenta y cinco minutos que iba a durar la ceremonia.

Sam empezó a ponerse nerviosa.

–No voy a saber qué hacer…

–Lo único que tienes que hacer es imitarme –respondió él–. Los dos llevaremos una guirnalda de flores unidas por lazos y llevaremos también una vela. Cuando llegue el momento, delante del altar, beberemos el vino que el sacerdote nos ofrezca. En ese momento te convertirás en *Kyria Kostopoulos.*

A Sam le parecía un sacrilegio tomar parte en una ceremonia tan hermosa y sagrada siendo, como era, un teatro. Al entrar en la antigua y bonita iglesia griega, sus pasos resonaron en el suelo y Sam sintió la tentación de darse media vuelta y salir de allí corriendo.

Perseus debió sentir su vacilación, porque le puso la mano en el codo y, con firmeza, la empujó hacia el altar donde el sacerdote y dos testigos les esperaban.

El doctor Strike los saludó cálidamente. El otro caballero, el señor Paulos, resultó ser uno de los abogados de Perseus en Nueva York.

Cuando llegara el momento, el señor Paulos probablemente se ocuparía de su divorcio. No, seguramente no se trataría de un divorcio, sino de una anulación, ya que Perseus había dejado muy claro que no iban a compartir la cama.

Pensar en eso la devolvió a la realidad con toda la crueldad y le robó la felicidad que había estado sintiendo hasta ese momento.

Por fin…

–Samantha Telford, ¿aceptas a Perseus Kostopoulos por legítimo esposo?

–Sí.

«Con todo mi corazón», añadió ella en silencio. Por falsa que fuera aquella boda, Sam amaba a Perseus. Su parte en la ceremonia no sería una mentira.

–Sí, quiero –Perseus era un maravilloso actor, había respondido como si realmente sintiera lo que decía.

Por mucho que deseaba mirarlo, no se atrevía, tenía miedo de descubrirse cuando él la besara. Para sorpresa suya, ese momento no llegó; tampoco oyó al sacerdote declararles marido y mujer. Lo que sí recibió fue una copa de vino.

Las manos le temblaban cuando se la llevó a los labios y bebió un sorbo; después, lo hizo Perseus. Lo vio beber en el mismo sitio que ella había puesto los labios.

En ese momento, sus miradas se cruzaron y, durante un momento, los oscuros ojos de él parecían poseer un brillo primitivo y posesivo que recorrió el sensibilizado cuerpo de Sam como una corriente eléctrica.

Al instante siguiente, Perseus le quitó la guirnalda de flores de la cabeza. Una extraña sonrisa adornaba su boca cuando le colocó el anillo en el dedo anular de la mano izquierda, un brillante en forma de exquisita lágrima.

–No te engañes, *Kyria*. Estamos casados a los ojos de Dios y del mundo, ahora soy tu marido.

«Hasta que ya no me necesites», se dijo ella con renovada angustia, porque quería que aquella boda fuera auténtica.

Robada incluso del tradicional beso, Sam apartó los ojos y aceptó las felicitaciones de los dos testigos. Al cabo de unos minutos, Perseus la sacó de la iglesia mientras le decía que su avión privado los estaba esperando para llevarlos a Wyoming. A bordo del avión tomarían el festín de bodas.

La semana siguiente pasó en un abrir y cerrar de ojos. Aparte de encargarse de la piedra de la tumba de la madre de Sam, Perseus insistió en acompañarla a visitar a parientes lejanos y a viejos amigos de su madre. Después, emprendieron el viaje a Grecia.

Sam nunca había salido de Estados Unidos. Su marido sentado en el asiento frente al de ella en el avión, no era consciente del tumulto de emociones y sentimientos que habían hecho presa de Sam desde que él entrara en su vida.

Todo le estaba pasando por primera vez y simultáneamente: el matrimonio, montar en un avión privado, el sabor del vino retsina, la promesa de una visita a la antigua Acrópolis…

Se sentía como un pequeño que se maravillaba de todo lo que veía.

Quizá debido al ritmo que Perseus le había impuesto desde hacía dos semanas, Sam estaba demasiado cansada para hacer otra cosa que no fuera irse directamente al apartamento de Perseus y a la cama cuando llegaron a Atenas.

Le oyó decir algo respecto a que, ahora que habían llegado a su tierra natal, ella debía empezar a representar su papel como esposa de día.

Como Sam pensaba que eso era precisamente lo que había estado haciendo, no comprendió lo que él había querido decir, pero no le preguntó porque estaba agotada y quería acostarse. Antes de cerrar la puerta del dormitorio, le aseguró que ella cumpliría con su parte del contrato. Perseus no tendría ninguna queja de ella.

Él murmuró algo que Sam no comprendió antes de que Perseus le dijera que se fuera a la cama. Sam, contenta, le obedeció y durmió durante las siguientes quince horas.

Capítulo 4

A SAM le gustó todo: el calor, la gente, los olores, los atascos, el ruido, los sonidos y el habla de aquellos locuaces ciudadanos que se reunían en los cafés y en las plazas.

Cuando lanzó una mirada de despedida a Atenas desde la limusina de Kostopoulos, oyó decir a su marido:

–Olvida eso que ha dicho el arzobispo Kominatos de que uno no puede mirar a Atenas sin lágrimas en los ojos; sin embargo, recuerda las palabras de Pericles, que nos dijo que recordásemos la grandeza de Atenas, tal y como es, y nos enamoráramos de ella.

–Yo no le veo defectos –protestó Sam, encantada con cada nueva experiencia desde que abandonaron el apartamento de Perseus…

–En ese caso, eres uno de los pocos turistas que ignoran sus defectos –comentó él cínicamente–. Aún estamos a tiempo de tomar el helicóptero para ir a Serifos. Lo único que tienes que hacer es decirlo y yo le ordenaré al conductor que nos lleve a mi oficina donde tenemos uno.

Sam volvió la cabeza y extendió la mano. No llegó a tocarle el brazo, con su piel bronceada y oscuro vello.

–Oh, no, Perseus. Por favor… me gusta mas ir en ferry.

–Son cinco horas de viaje a casi cuarenta grados.

–Me encanta el agua. Solo he subido a los ferries de la bahía del Hudson, y no es lo mismo. ¡Esto es Grecia! –gritó Sam con entusiasmo.

La profunda risa de él le llegó al corazón. Debía pensar que era idiota, pero a Sam no le importó. No estaba segura de que aquello no fuera un maravilloso sueño del que algún día se despertaría para encontrarse en su diminuto apartamento de Nueva York buscando un trabajo.

Todo el mundo sabía que, una vez que uno tenía un título, llevaba de dos a cinco años encontrar un trabajo decente. Incluso en ese caso, podía ocurrir que uno nunca trabajara en el campo que había elegido.

Pero si su sueño no se desvanecía en ese momento, Sam iba a poder vender sus diseños en el mercado y crear otros muchos, y todo gracias a aquel hombre enigmático que estaba sentado a su lado leyendo el periódico en una lengua que Sam estaba decidida a aprender lo antes posible.

–¿Qué estás leyendo? –le preguntó él inesperadamente.

Sam creía que Perseus se había olvidado de su presencia.

–Estoy estudiando griego. Según uno de los folletos que tu criada me ha llevado esta mañana con el desayuno, vamos hacia el *limani* a tomar un *vapori*.

Perseus echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. El sonido encantó a Sam.

–Excelente, *Kyria* Kostopoulos.

Señora Kostopoulos. Le encantaba su nuevo nombre. Su deseo secreto era no tener que abandonar nunca ese nombre.

–Me gusta que te hayas tomado la molestia de intentar entender los folletos. Y ahora, repite lo que yo te diga y, al final, serás capaz de hacerte entender por cualquiera.

Durante el corto trayecto de diez kilómetros hasta el puerto del Pireo, Sam recibió la primera lección en griego, y se la dio un maestro.

Cuando llegaron al puerto, ya era capaz de decir *kalimera*, que significaba buenos días; *chero poli,* que significaba ¿cómo está usted?; y *ya sas*, que era adiós.

Puso a prueba su nuevo vocabulario con el conductor y este sonrió de oreja a oreja; después, la felicitó antes de decirle a Perseus algo en griego. Y la sonrisa de Perseus le hizo parecer años más joven y más atractivo que nunca.

A Sam no le gustaba verlo más joven porque le recordaba el pasado… y el motivo por el que ella era su esposa temporal. En realidad, Perseus amaría a aquella mujer hasta la muerte, la mujer que ahora quería recuperarlo.

Sin embargo, Sam estaba decidida a impedírselo. Ya se sentía posesiva y protectora de su marido, y la mujer que intentara…

Un cálido y sólido brazo le rodeó los hombros inesperadamente y la estrechó contra sí.

A Sam el corazón empezó a latirle con fuerza inusitada.

¿Qué estaba haciendo Perseus? El placer era excesivo.

–¿Qué ha podido oscurecer tus ojos? –le susurró él al oído, antes de acariciarle la sedosa piel con los labios.

«Tranquila, Sam. Te ha avisado de que quiere que actúes como una esposa enamorada en público. No olvides eso ni durante un segundo».

«No te va a llevar a la isla en ferry porque eso es lo que tú quieres, sino porque es una oportunidad para despertar rumores, que van a precederlo a Serifos y, por tanto, llegarán a oídos de la mujer a la que aún ama…».

Antes de conocerlo, Sam sabía que a Perseus le perseguían los medios de comunicación, pero solo ahora fue consciente de hasta qué extremo. A cada paso que daban les salía al encuentro un periodista o un fotógrafo.

Pero, por una vez, Perseus parecía querer que se supiera que volvía a su isla nativa con su esposa. Y todo por la antigua novia que lo esperaba allí con los brazos abiertos, dispuesta a pedirle perdón.

«Antes tendrá que pasar sobre mi cadáver».

–A decir verdad, Perseus, me tiene sobrecogida despertar tanta atención –contestó ella agarrándose a la solapa de la camisa crema de Perseus, en medio de la pasarela que subía al ferry.

A pesar del caos que los rodeaba, el aroma del jabón que él usaba le llenó los sentidos. El masculino atractivo de Perseus hizo que se olvidara de todo lo demás.

Él le pasó un dedo por la mejilla.

–Aprenderás a ignorar que todo el mundo nos observa. Concéntrate en mí y haz lo que yo. Cuando lleguemos a Serifos, nos dejarán en paz.

«Pero ella estará allí», se lamentó Sam mientras ascendían hasta el barco.

Perseus había hecho que les llevaran el equipaje así que, a excepción del neceser de Sam, no llevaban nada. Sam se aferró a la barandilla del ferry mientras este salía del puerto. El día iba a ser muy caluroso; pero hasta el momento, el calor era soportable y la vista indescriptible.

Perseus estaba detrás de ella, rodeándole la fina cintura con los brazos y la barbilla enterrada en sus cabellos. Ese día, un lazo blanco contenía su dorada cabellera.

Sam nunca antes había tenido un vestido blanco, y le sorprendió que el modesto vestido que se probó en la tienda, sin mangas y con una chaqueta haciendo juego, le sentara tan bien. Como complemento, un cinturón y unas sandalias de cuero. A excepción de unas cuantas cosas, todo el guardarropa que Perseus le había comprado la estaría esperando en Serifos.

Cualquiera que los viera creería que eran la típica pareja en su luna de miel. Ese era el trato: en público, Sam tenía que comportarse como una amante esposa.

Con sorpresa, experimentó que representar el papel de amante y fiel esposa le salía con absoluta naturalidad. Con demasiada naturalidad. Estaba disfrutando cada segundo que pasaba con él.

En los confines de los brazos de Perseus, sentía una seguridad y un bienestar que echaría locamente de menos cuando el matrimonio llegara a su fin. ¿Cómo podía ser, conociéndolo solo hacía unas semanas?

–¿Perseus?

–Mmmmm

–Háblame de tu prometida… para que sepa a qué atenerme cuando lleguemos –dijo Sam con lo que esperaba fuese un tono de voz casual.

Habían hablado de muchas cosas, pero Perseus no había satisfecho su curiosidad respecto al pasado.

–Hace veinte años que no la veo. La chica que me dio una puñalada antes de desaparecer es ahora una mujer.

–Estás evitando mi pregunta –dijo Sam frustrada–. ¿Por qué te dio una puñalada?

Tras una tensa pausa…

–Cuando nos juramos amor eterno en Delos, ella debió creer que se trataba de un juego. Yo era el fruto prohibido y peligroso perteneciente a la clase social más baja, la clase de chico con la que una chica no se casa, pero con quien puede divertirse.

Perseus tomó aliento antes de proseguir:

–Cuando aparecí en su habitación con la intención de llevarla conmigo para casamos; por primera vez, ella se dio cuenta de que yo iba en serio. Asustada y asqueada de lo que yo sentía por ella, se vio presa del pánico e hizo lo que le pareció natural para protegerse de mí.

Sam sacudió la cabeza.

–Tú nunca la habrías forzado. Sé que no lo habrías hecho. ¡Así que lo que hizo no fue nada natural!

–Pero fue humano –murmuró Perseus junto a la sien de ella–. Las mujeres de mi país son de temperamento apasionado, y ella era joven, solo tenía dieciocho años.

–Eso no disculpa un comportamiento delictivo, Perseus. No sé cómo puedes disculparla –la voz de Sam tembló–. En fin, supongo que es verdad eso de que el amor puede superar cualquier obstáculo, incluso la crueldad.

–El amor es cruel y, a veces, maravilloso, *Kyria* Kostopoulos. Algún día, incluso tú caerás víctima del amor y sentirás sus gloriosas alturas y agonizantes profundidades. En ese momento, dejarás de suponer para sentir y comprender.

Debido a un amor equivocado, su madre había sufrido tremendamente. Sam empezó a temblar.

–Creo que no quiero saberlo.

Ella negó con más fuerza.

–Ése es el problema, el amor no pregunta si puede aparecer y quedarse. Cuando uno menos lo espera, golpea con toda su fuerza. Y uno nunca es el mismo otra vez.

Por suerte, Perseus no pudo ver las lágrimas que habían empañado los ojos de Sam.

–Tú nunca serás el mismo.

–No –respondió él.

Sam sintió una infinita compasión.

–Yo… quiero ayudarte, Perseus –declaró Sam con voz quebrada.

–En ese caso, no me dejes. No te apartes de mí. Y sobre todo, sé siempre tú misma, al margen de las circunstancias. Sigue siendo la mujer que, el día que me conoció, me dijo que mis billones no le intimidaban.

Sam, avergonzada, bajó la cabeza.

–No puedo creer que te dijera eso.

–Nunca lo olvidaré –murmuró Perseus junto a la nuca de Sam.

El breve beso le caló hasta los huesos, y Sam se alegró de estar agarrada a la barandilla; de lo contrario, habría caído al suelo.

–Venga, vamos abajo. Este aire me da sed, necesito una taza de café. Y si la memoria no me falla, también disfrutaremos las delicias

de un *negraki*.

–¿Es algún pastel?

–Es tarta de chocolate con ron y uvas pasas, cubierto con una increíble salsa de chocolate.

Sam le sonrió.

–Sí, te encanta el dulce.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque tomas postre después de todas las comidas y porque cuando preparas té la cuchara se tiene sola.

La estruendosa risa de Perseus provocó varias miradas en su dirección. Ignorando al público, bajaron al piso inferior cada uno abrazado a la cintura del otro.

Como amantes.

Se sentaron a una mesa al lado de la ventana y llamaron al camarero. Aunque Sam había tomado un bocadillo y un zumo antes de salir de Atenas, descubrió que aún tenía sitio en el estómago para un trozo de tarta de chocolate, a la que el ron daba un maravilloso sabor. Comprendió por qué Perseus pidió otro trozo con el segundo café.

A Sam le recordaba un hambriento niño que despreciaba lo que no le gustaba en favor de las cosas que consumía con pasión.

Preocupada con que él pudiera hacerle preguntas personales, Sam comentó:

–Ahí, en la distancia, veo una isla.

–Sí, es Kea. Un día de estos te llevaré allí. El agua del mar es transparente como el cristal.

–¡Quiero explorar todas las islas! –exclamó ella entusiasmada.

Durante un momento, Perseus se quitó las gafas de sol y su oscura mirada la estudió por encima del borde de la taza de café.

–Con cien años, supongo que conseguirías tu propósito. Mientras seas mi esposa, haré lo que pueda por que veas el mayor número de islas posible que el tiempo nos permita.

–Me parece maravilloso. Tú las conoces todas, ¿verdad?

–En las Cícladas, sí.

Sam respiró profundamente antes de preguntar:

–¿Cómo fueron tus comienzos? No quiero parecer presuntuosa, pero si se supone que soy tu esposa…

–No es una suposición –la interrumpió él–, sino un hecho. Estás

casada conmigo y lo seguirás estando durante el tiempo que te necesite. Hemos hecho un trato y yo ya he cumplido con mi parte.

Sam se quedó helada. Se ponía mala cuando emergía la parte oscura y misteriosa de él.

–Ya lo sé, Perseus. Cada vez que digo que quiero algo, se me concede como por arte de magia. Desde luego, me has mimado hasta la exageración. Pero lo que he querido decir es que si nuestro matrimonio fuera de verdad y…

–Y nos acostáramos juntos… –insinuó él en tono burlón.

Sam estrujó la servilleta que tenía en la mano.

–Lo que he querido decir es que… si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, y si nos hubiéramos enamorado y nos hubiéramos casado por eso, yo sabría las cosas más importantes de tu vida.

–Ya sabes lo que hay que saber de Sofía –respondió él secamente.

Sofía.

Sam la odiaba, odiaba lo que esa mujer le había hecho.

–Sí, Perseus, ya lo sé. Pero necesito saber más cosas, como tus comienzos, quién era tu familia… ¿Tienes familia en la isla?

Se hizo un silencio ensordecedor que la hizo desear no haber hecho esa pregunta, pero era en contra de su naturaleza contenerse. Imaginó que Perseus ya había empezado a arrepentirse de haberse casado con ella. Un hombre desesperado en una misión desesperada; sin duda, se daba cuenta de que había cometido un terrible error.

–No recuerdo a mi padre –declaró él de repente–. Era pescador y murió en el mar antes de que yo cumpliera un año.

Hasta el momento, Sam comprendía eso muy bien. Para ella, su padre también había estado siempre muerto.

–Durante años, vivimos solos mi madre y yo. Mi madre no tenía buena salud. Tan pronto como tuve edad suficiente, empecé a trabajar para que pudiéramos mantenernos. Cuando ahorré el dinero suficiente, la obligué a ir al médico local, que era viudo con una hija. Resultó que mi madre tenía anemia crónica; a pesar de lo cual, era una mujer muy hermosa. Los hombres siempre se le habían acercado, pero ella no quería tener nada que ver con ninguno. El médico empezó a tratarla, pero, después de la primera

consulta, no le cobró las demás. Fue entonces cuando me di cuenta de que, al igual que les había pasado a otros hombres de la isla, se había enamorado de ella.

Perseus suspiró antes de proseguir:

–Supongo que me porté como el típico niño que quería a su madre y no quería que una tercera persona irrumpiera en sus vidas. Empecé a tomarle mucha manía, y él tampoco me tenía simpatía. Cuando mi madre no estaba, me trataba como si fuera una basura.

Sam imaginaba lo duro que debía haber sido eso para un hijo orgulloso que había hecho todo lo posible para mantener a la familia de dos.

–Por otra parte, no me quedaba más remedio que admitir que nunca la había visto con mejor aspecto ni tan contenta. Era el egoísmo lo que me hacía rechazar que se casaran. Un día les oí discutir a causa mía. Mi madre le dijo que no podía ser su esposa a menos que él me aceptase como a un hijo. Él contestó que tenía un hermano en Atenas que necesitaba a alguien para ayudarlo en su tienda, y que sería buena idea que me fuera a vivir con él y su mujer.

Tras esa declaración, Sam sintió un nudo en la garganta.

–Mi madre se negó a prestarle atención y le dijo que todo había acabado entre ellos. Dejaron de verse durante unas semanas. Pero un día, al entrar en la casa donde teníamos alquilada una habitación, oí voces. Al parecer, él había hecho las paces con ella y le dijo que estaba dispuesto a que me fuera a vivir con ellos.

Perseus desvió la mirada hacia la ventana antes de proseguir:

–Mi madre me preguntó qué opinaba. Si yo no hubiera visto lo mal que estaba ella cuando creyó que todo había acabado entre los dos, no le habría contestado que se alegraba por ella. Así pues, se casaron. Yo tenía trece años, y mi madre y yo fuimos a vivir a su casa, que a mí me parecía un palacio por aquel entonces. En presencia de mi madre, se mostraba amable conmigo; pero cuando ella no estaba presente, no disimulaba que no me soportaba y me enviaba a una habitación pequeña, en la parte posterior de la casa.

Perseus hizo una breve pausa antes de continuar con su historia.

–Él y yo nunca hablábamos. Había un acuerdo tácito de que yo no me inmiscuiría en su matrimonio, de que se me podía ver, pero no oír, de que no debía considerarme parte de la familia, excepto

cuando el protocolo lo exigiera. Pero, sobre todo, no debía tener ningún trato con su hija, Sofía, que tenía mi edad e iba a un colegio privado.

¿Sofía era la hija de su padrastro? Sam cerró los ojos.

–Para horror de ese hombre, Sofía tenía una fuerte personalidad. Yo le estaba prohibido, pero eso era una novedad que no podía resistir. No hace falta que diga que yo me enamoré locamente de ella –añadió Perseus.

Sam deseó no haber oído jamás la emoción con que pronunció las últimas palabras.

–Como sabía que su padre me consideraba lo más bajo de lo más bajo, tomé la decisión de convertirme en un hombre al que se sintiera obligado a mirar con respeto y con la cabeza baja.

Y lo había conseguido.

Y al igual que el mítico Perseus, este héroe griego de la actualidad, rechazado por su amor y burlado por el padre de ella, regresó triunfal a casa después de veinte años, con una esposa temporal para vencer a sus enemigos.

–¿Irá tu madre a recibimos?

–No. Un año después de marcharme de Serifos, mi madre pidió el divorcio y fue a Atenas a vivir conmigo. A los doce meses, murió de neumonía en mis brazos.

Perseus debió ver las lágrimas de Sam, porque murmuró:

–No te pongas triste, no tuvimos un solo día desgraciado.

–Eras muy joven cuando la perdiste. ¿Se portó mal con ella su marido? ¿Fue por eso por lo que lo dejó?

–No. Él era bueno con ella, pero mi madre no pudo perdonarlo cómo me trató, ni tampoco lo que Sofía me hizo.

–¡A pesar de no haberla conocido, quiero a tu madre! –declaró Sam súbitamente.

Una repentina sonrisa apareció en el semblante de Perseus.

–Tú también le habrías gustado. Debido a su mala salud, nunca he sentido mucho que muriera… hasta hoy, hasta este momento.

Tras el cumplido, Sam se movió incómoda.

–Creo que me alegro de que no viva para ver que su hijo no ha acabado con la mujer de sus sueños.

De repente, la sonrisa de Perseus se desvaneció.

–Hay cosas peores, *Kyria* Kostopoulos.

Sam apartó la silla de la mesa y se puso en pie.

–Disculpa, tengo que ir al cuarto de baño.

–Por supuesto. Pero no tardes mucho, vamos a pasar por Kythnos. Te van a gustar los molinos de viento que vas a ver. Esa isla significa mucho para mí.

A Sam empezó a latirle el corazón con fuerza.

–¿Por qué? –tenía el presentimiento de que iba a oír algo referente a Perseus y a Sofía, y no quería oírlo.

–Me has preguntado sobre mis comienzos y, como mi esposa, tienes derecho a una explicación.

Perseus sonrió levemente.

–Fue allí, en los manantiales cuyas aguas están consideradas remedio para muchas enfermedades, donde me sentí inspirado y decidí embotellar agua y vendérsela a los turistas en el Pireo.

Perseus dejó de sonreír y prosiguió:

–Una idea muy simple. Después de un solo viaje, gané el dinero suficiente para comprarme un barco de pesca. Entonces, no solo empecé a vender agua embotellada, sino también pescado. Tuve tanto éxito que los comerciantes del puerto empezaron a pagarme para que les suministrase. Al cabo de un tiempo, le compré el negocio a un comerciante; luego, a otro… Pronto tuve una flota de barcos, algunos pesqueros y otros de placer. Descubrí que los turistas ricos estaban dispuestos a pagar diez veces más de lo que yo podía cuando los llevaba a islas de playas vírgenes que no salían en el mapa, y me aseguraba de que pescaran.

Perseus suspiró antes de añadir:

–Empezó a correrse la voz de que yo era el hombre que daba las mejores visitas turísticas de las Cícladas. Alquilé una oficina en Atenas y monté mi agencia de viajes. Ya tenía contactos que me suministraban cerámica de Mikonos y de Sifnos, y tejidos bordados y otros productos de artesanía de Naxos.

Sam estaba absorta y él continuó:

–Con el tiempo, busqué propiedades y edificios que necesitaban arreglos. Invirtiendo en ellos un poco de dinero, los vendía por mucho más de lo que los había comprado. Pronto empecé a invertir en empresas más ambiciosas, como la compra de barcos grandes y

cargueros para la exportación de productos.

Sam estaba con los ojos desmesuradamente abiertos. Perseus hablaba como si todo hubiera sido muy fácil, pero ella sabía que solo un hombre entre muchos podía llegar tan lejos. Pero también sabía que la fuerza que lo había empujado a lograr un éxito tan colosal tenía nombre de mujer: Sofía.

Cuanto más le contaba Perseus, más le asustaba esa mujer sin rostro que, inmediatamente, se daría cuenta de que ese matrimonio con una estudiante de arte americana catorce años más joven que él era un teatro.

–Nadie sabe tanto de mí como tú –declaró Perseus, que parecía satisfecho consigo mismo.

–Gracias por contarme todo esto –murmuró ella–. Yo… enseguida vuelvo.

–Aquí te espero. Y luego, te toca a ti el tumo de decirme por qué te asustan tanto los hombres… y yo en particular.

Eso era algo de lo que jamás hablaría con Perseus, se juró Sam a sí misma en el cuarto de baño. Después, se reunió con su esposo cuando llegó el momento de desembarcar.

–Mire hacia aquí, señora Kostopoulos.

Sorprendida de que un hombre le hablase en inglés con acento americano, Sam volvió la cabeza y se encontró con el flash de una cámara.

Con un torrente de palabras en griego que no necesitaron traducción, Perseus le rodeó la cintura con el brazo y la empujó hacia el coche que los estaba esperando cerca del muelle.

Una vez dentro del vehículo, Perseus le presentó a Yanni, el conductor, y luego le dijo:

–Bienvenida a Serifos, tu nuevo hogar, *Kyria* Kostopoulos. Otro día exploraremos Livadi, pero ahora, lo que necesitamos es una ducha y una bebida fría.

Perseus tenía razón, el sol era implacable. La sugerencia de él le pareció inmejorable. Las preciosas calas que vio por el camino, las casas blancas y las iglesias le hicieron desear explorar cada centímetro de la isla.

Sam volvía la cabeza a un lado y a otro intentando verlo todo.

–¿Vives ahí arriba, en ese pueblo?

El rio.

–No. Panagia ofrece una vista espectacular, pero yo prefiero vivir a la orilla del agua. Hace unos años, compré una propiedad en la costa, en un lugar donde hace años pescaba. Contraté a un arquitecto para que diseñase una pequeña villa siguiendo el estilo de las Cícladas, y luego hice que la construyeran y la amueblaran. Está al otro lado de la isla y es un lugar totalmente privado.

«Esto tiene que ser un sueño. ¿Cuándo vas a despertarte, Sam?».

–¿Cuánto hace que vives aquí?

–No he vivido aquí todavía. Durante los últimos veinte años he trabajado fuera de Atenas. Sin embargo, de vez en cuando, he venido en helicóptero para hablar con los constructores y supervisar la obra.

Perseus vio la expresión de asombro de Sam y añadió:

–Serifos es mi hogar, mis raíces están en esta isla. He añorado durante años volver y afincarme aquí por fin. Ahora, lo único que faltan son los jardines. He decidido ponerte a ti al frente de ese proyecto.

Sam sacudió la cabeza consternada.

–¿Qué quieres decir?

–Justo lo que he dicho –murmuró él con una leve sonrisa.

–No puedo. Imposible –gritó ella–. ¡No tengo ni idea de jardinería!

–Pero sabes de colores, composición y textura. He visto con mis propios ojos tu glorioso sentido del diseño.

¿Glorioso? ¿Tenía Perseus idea de que, cuando decía cosas así, la hacía tan feliz que casi la dejaba mareada?

–La única diferencia es que vas a tener que trabajar con cosas que crecen.

–Pero Perseus, yo…

–Me has prometido cumplir con tu parte –la interrumpió él con suavidad–. Habrá veces que tengamos que hacer cosas por separado. Pero para mí es importante que, cuando estemos juntos, compartamos más que un baño en la piscina o un paseo en barco por el mar. Encargarte del jardín hará que sientas que esa casa es tan tuya como mía.

–Yo… no creo que… .

–Sssss. O Yanni va a pensar que estamos teniendo una discusión de enamorados. Y teniendo en cuenta que es uno de los mayores

cotillas de la isla…

Sam no supo cómo, pero, súbitamente, se vio sentada encima de él antes de que, despacio, la boca de Perseus descendiera sobre la suya.

Sintió en los labios la caricia de los de Perseus como si estuviera probando su voluntad de ser besada.

–Tu boca sabe a flores silvestres cuyos pétalos se abren al sol, algo delicioso que hace mucho no he probado. Imagina que yo soy el sol y abre los pétalos para mí.

La voz de Perseus era profunda y ronca. ¿Cómo podía fingir tan bien anhelar de esa manera sus besos? Y todo porque estaban delante de Yanni, y la voz se correría y llegaría muy pronto a oídos de Sofía.

Pero ella nunca había sentido semejante placer. Mientras la presión de la boca de él aumentaba, pequeñas oleadas de placer sacudieron el cuerpo de Sam. Perseus la apretó contra su pecho, sumergiéndola en una embriagadora sensualidad.

Sam había sido besada con anterioridad, pero esto era totalmente diferente. Con Perseus, no solo había una exquisita unión de labios, bocas y cuerpos; Sam sentía como si sus almas se unieran. La totalidad de aquel abrazo la hizo olvidarse del resto del mundo, Aquel nuevo nivel de comunión con Perseus le produjo más placer que nada de lo que había experimentado en su vida. Entonces, de súbito, le pasó por la cabeza la posibilidad de que aquello se convirtiera fácilmente en la única forma de comunicación que, de ahora en adelante, pudiera satisfacerla.

Capítulo 5

–ESTOY… segura de que… ya hemos convencido a Yanni –balbuceó ella unos minutos más tarde, ocultando su encarnado rostro en el cuello de Perseus.

–Para estar completamente seguros, no te muevas de donde estás hasta que lleguemos a la villa.

Sam no podría haber hecho otra cosa, sino obedecer.

–Solo los dioses podrían haber inventado semejante cabello dorado –observó él mientras acariciaba la cabeza de Sam.

Ella estaba a punto de olvidar que Perseus solo estaba representando su papel y alzó el rostro para decirle que no continuase por ese camino. Pero al levantar la cabeza, le rozó la cicatriz con los labios accidentalmente. Entonces, se le olvidó lo que iba a decirle y le preguntó:

–¿Te duele alguna vez, Perseus?

–No. Pero si te repugna, o si despierta tu compasión, me haré la cirugía plástica.

Enfadada, Sam gritó:

–¿Repugnarme? ¡Cómo puedes decir una cosa así! ¿Es que no sabes que te hace aún mas interesante, si eso es posible?

De nuevo, Sam había revelado sus verdaderos sentimientos; pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

–En cuanto a despertar mi compasión, no puede ser menos cierto. Si yo fuera un hombre, ten por seguro que jamás se me ocurriría interponerme en tu camino. Lo más seguro es que pensase que, si tú tienes una cicatriz, pobre del otro.

Sam oyó con placer la profunda risa de Perseus.

–La suposición de que tú pudieras ser un hombre es ridícula. Sin embargo, estoy pensando en ir a visitar a un cirujano plástico.

–Esa decisión es solo tuya.

–No. De ahora en adelante, tengo la intención de consultártelo todo, y espero que tú hagas lo mismo; de lo contrario, nuestro matrimonio será menos de lo que podría, o debería ser.

Aunque él no lo sabía, Perseus había descrito lo que ella, privadamente, creía que debía ser un buen matrimonio, pero siempre bajo la premisa de que las dos personas involucradas estaban locamente enamoradas.

–*Parakalo, Kyrie Kostopoulos…*

Sam se alegró de que el conductor hubiera hablado y utilizó la interrupción para quitarse de encima de Perseus. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el coche había parado delante de una casa recién construida.

Con la ayuda de Perseus, salió del coche y entonces jadeó quedamente. La impresionante casa blanca perfilada contra un mar y un cielo imposiblemente azules la hicieron sentirse como si hubiera sido transportada a otro mundo.

Debido a la sugerencia de Perseus, ya pudo imaginar aquella serenidad rota por el verdor de los arbustos y las salpicaduras de flores de colores naranjas, amarillos y rojos en la base de los muros blancos de la casa.

Un jardín silvestre y salvaje; sin embargo, cuidadosamente diseñado y atendido para darle ese aspecto natural, para crear una obra maestra con plantas.

Sam empequeñeció los ojos y paseó la mirada desde la fachada delantera de la casa hasta el mar. Imaginó un jardín geométrico en consonancia con la geometría de la antigua Grecia. Una mezcla exquisita de colores lavanda, lilas y morados en perfecto orden, como un mosaico.

Empezaron a acudirle ideas a la cabeza con rapidez y violencia. Estaba deseando sacar el cuaderno de dibujo y ponerse a diseñar el jardín.

Jamás se le había ocurrido la posibilidad de diseñar algo vivo. Ahora, por alguna razón desconocida, no podía imaginar nada tan maravilloso como diseñar con plantas. Los dedos casi le picaban, deseosos de meterse en la tierra y plantar su recién concebido jardín con amoroso cuidado.

Sin ser consciente de ello, Sam dijo:

–¿Perseus? ¿Cuándo… quieres que empiece a trabajar en el jardín?

Él estaba a su espalda, con las manos en los hombros de Sam, un gesto posesivo. Ella se dio media vuelta y Perseus, tomándola por

sorpresa, le acarició una mejilla.

–Tengo la impresión de que mi idea te ha gustado. Me parece que estás en otro mundo… –pero había una gran satisfacción en sus palabras.

«Te equivocas, Perseus. Desde el momento en que nos conocimos, te has apoderado de mi corazón y has cambiado el ritmo de ese órgano vital».

–Pero respondiendo a tu pregunta, mañana mismo puedes empezar. Este mediodía almorzaremos y después nos echaremos una siesta. Por la tarde, iremos a darnos un baño al mar. Es una experiencia única en estos parajes.

Sam se sintió mareada cuando, de repente, Perseus la alzó en sus brazos.

–Bienvenida a Villa Danae, *Kyria* Kostopoulos. Tu casa a partir de ahora.

Al momento, Perseus bajó la boca, ahogando la protesta de Sam que decía que aquello era solo temporal.

Yanni había ido a abrir la puerta de la casa para que Perseus pudiera cruzar el umbral con ella en brazos siguiendo la tradición. Una vez más, Sam sucumbió al deseo que su marido le urgía a mostrar delante de su criado.

Por fin, cuando consiguió respirar de nuevo, Sam dijo:

–Danae es el nombre de la madre de Perseus.

Perseus la miró con ojos penetrantes.

–Exacto. ¿Estás familiarizada con el mito de la isla? –preguntó él con agrado.

–Sí.

–Mañana te llevaré a ver una formación rocosa muy curiosa que se parece a Medusa, a Perseus y a Danae.

La idea de pasar el día con él explorando aquel lugar mágico la dejó casi sin sentido.

–Esta casa lleva el nombre de tu madre, ¿verdad? –inquirió Sam.

Y le oyó respirar profundamente.

–Sí, así es.

Habían entrado en un maravillosamente fresco vestíbulo. Perseus la dejó en el suelo enlosado; sin duda, una obra multicolor sobre un fondo blanco de algún diseñador local, algo que Sam encontró de un gusto exquisito.

Después de ponerle un brazo sobre los hombros, Perseus la hizo cruzar un arco para adentrarse en un espacioso cuarto de estar de blancas paredes, mobiliario hecho a mano y algunas obras de arte, y una vista al mar que quitaba la respiración.

–Una observación muy astuta. Le prometí a mi madre que un día volvería a Serifos y le construiría la casa que ella se merecía. Desgraciadamente, murió antes de que yo pudiera cumplir mi promesa.

Sam sintió un profundo dolor al oír esas palabras. La necesidad de consolarlo la impulsó a decir:

–No tengo ninguna duda de que ella ha estado observando tus progresos con orgullo de madre. Algo me dice que, en estos momentos, te está mirando y está sonriendo.

Perseus arrugó el ceño.

–¿Crees en la vida después de la muerte?

–Por supuesto. Nada tan maravilloso como este mundo puede acabar sin más, es imposible.

–Sigue hablando así y acabarás por convertirme.

–Cuando me llegue la hora, espero ver a mi madre y estar con ella.

–¿Y tu padre? –inquirió él con tono suave.

El recuerdo de su padre rompió la magia del momento, y Sam se zafó del brazo de Perseus. Presa del pánico, se acercó a uno de los sofás de blanca tapicería.

–Si no te importa, prefiero no hablar de él.

–Hasta ahora has evitado mencionarlo, pero da igual. Algún día, cuando me haya ganado tu confianza, me lo contarás. Pero ahora, deja que te presente a Ariadne, mi ama de llaves.

Sorprendida, Sam se dio media vuelta, sin saber que otra persona había entrado en la estancia.

–Es la esposa de Yanni. Entre los dos cuidan de la villa.

–Bienvenida a Serifos, *Kyria* Kostopoulos –la mujer, de unos cuarenta años de edad, cabellos oscuros y constitución delgada, como la de su marido, le dio la bienvenida en un inglés excelente.

–Gracias, Ariadne. No esperaba que hablase mi idioma tan bien. Espero que me enseñe un poco de griego.

Ariadne miró a Perseus, buscando su permiso, que él le dio con un asentimiento de cabeza.

–Será un placer.

–*Efcharisto* –dijo Sam, intentando pronunciar la palabra como Perseus le había enseñado.

La otra mujer no disimuló su júbilo.

–Cuando quieran, pueden almorzar.

–¿Cómo se dice almuerzo en griego?

–*Messimergiano*.

Sam probó a decirlo y los dos griegos asintieron mostrando su aprobación.

–Danos cinco minutos, Ariadne. Mi esposa querrá ponerse cómoda antes. Voy a enseñarle nuestra habitación.

–¿Nuestra habitación?

–Tranquila –murmuró él mientras la sacaba del cuarto de estar.

Después de cruzar el vestíbulo, la llevó al otro lado de la casa donde estaba la habitación principal, con vistas al mar.

–Antes de que me acuses de romper nuestro trato, deja que te asegure que la habitación que yo voy a ocupar es esa, que se une con esta por esa puerta de ahí. Y tiene un pestillo que puedes cerrar por las noches si quieres.

La forma como Perseus dijo la última frase la hizo sentirse como una colegiala tonta, virginal e inocente que tenía miedo de la oscuridad.

–Yo… confío en ti plenamente y sé que no necesitaré correr el pestillo.

El rostro de Perseus se transformó en una máscara indescifrable.

–Quizá sea mejor que lo hagas. No es aconsejable tentar a los dioses en esta isla –le advirtió él en tono misterioso antes de darse media vuelta–. El cuarto de baño está a tu derecha. Volveré a recogerte dentro de unos minutos.

El moderno aire acondicionado funcionaba tan bien que Sam sintió un poco de frío. Dadas las circunstancias, decidió no quitarse la chaqueta del vestido.

No dejó de pensar en la advertencia de Perseus. Por supuesto, no tenía miedo de que él entrara en su habitación sin ser invitado. La horrible verdad era que, si pasaba mucho tiempo allí, era él quien iba a tener que cerrar su puerta con llave.

Aterrorizada por lo que sentía, se dirigió al cuarto de baño, incapaz de apreciar el sencillo, pero perfecto, decorado del

dormitorio, con su cama doble y su mobiliario de madera oscura.

La bonita y espaciosa habitación tenía unas puertas de cristales que daban una playa privada de aquel mar imposiblemente azul. No se sabía dónde terminaba la habitación y dónde empezaban la playa, el mar y el cielo. En su opinión de artista, no había más grande decorador que la Madre Naturaleza. Perseus había creado un paraíso en aquel antiguo y sereno oasis del mundo. A solo setenta y dos kilómetros de Atenas; sin embargo, tan lejos de la civilización.

Qué trágico que su madre no viviera para ver las cosas que su hijo había logrado. Pero más trágico aún era su amor por Sofía, una mujer que no le había proporcionado ninguna felicidad. Sin embargo, Perseus aún la amaba, su orgullosa mandíbula seguía llevando la marca de la traición de esa mujer.

Sofía.

Sofía era la única razón por la que ella, Sam, estaba en Serifos.

–Será mejor que no lo olvides –se dijo a sí misma en voz alta.

Para despejar los peligros de sus sueños imposibles con Perseus, se mojó el rostro con agua fría antes de secarse con una de las toallas de color rosa, que hacían juego con el mármol del lavabo y la grifería dorada.

Todo era un placer para los sentidos, incluso las flores que habían sido puestas allí para complacerla. Semejante lujo la hizo sentir que aún seguía en un sueño fantástico.

Como el hada madrina de un cuento, Ariadne no había perdido el tiempo, porque todos los artículos de aseo de Sam estaban en el cuarto de baño, y sus ropas nuevas dentro de los armarios y cajones del dormitorio.

Se puso un poco de colonia de aroma cítrico y se cepilló el cabello. Mientras se ataba el lazo blanco, oyó el teléfono y se alarmó.

Supuso que lo más natural sería que se tratara de una llamada de negocios para Perseus, pero algo le decía que la persona al otro lado de la línea era Sofía. Sin duda, ya se había enterado de que Perseus estaba allí con su nueva esposa.

Debido al collage de Sam, Perseus no le había devuelto la llamada a esa mujer. Ahora que él estaba de vuelta en Serifos, era un objetivo imposible de evitar.

Sam dejó el cepillo, tenía miedo de lo que pudiera pasarle a

Perseus. La angustia le atenazó la garganta.

–¿*Kyria* Kostopoulos?

–¿Sí, Ariadne? –Sam salió apresuradamente de la habitación para encontrarse con el ama de llaves, que estaba delante de la puerta.

–Ha habido una llamada para Perseus Kostopoulos, pero él ha salido a dar un breve paseo por la playa. La mujer ha dicho que, ya que él no estaba, le gustaría hablar con usted.

Sam, consternada, sacudió la cabeza.

–¿No le ha dado su nombre?

–No. Solo ha dicho que era urgente.

¿Se trataría de Sofía?

La posibilidad de hablar con ella le secó la garganta.

–Yo… no hablo griego, Ariadne.

El ama de llaves se encogió de hombros.

–¿Y si ella habla inglés?

La mirada de Sam se desvió hacia el teléfono que había encima de la mesilla de noche.

¿Qué hacer? ¿Cuál era la mejor forma de ayudar a Perseus?

¿Era una coincidencia que Perseus hubiera decidido irse a dar un paseo en el preciso momento en el que Sofía había llamado? ¿O se había marchado porque, instintivamente, sabía que ella llamaría y no estaba aún listo para enfrentarse a ella?

Con miedo y vacilación, Sam se acercó a la mesilla de noche. Después de una breve plegaria para no desilusionarlo, descolgó el auricular.

–¿Sí? La señora Kostopoulos al habla.

–Gracias por contestar mi llamada –dijo una mujer en un inglés con espeso acento extranjero–. Me llamo Sofía Leonidas. ¿Sabe quién soy?

Sam agarró el auricular con toda su fuerza.

¿Qué debía decirle? ¿Qué esperaría Perseus que dijera en semejantes circunstancias?

–Sí. Según me ha contado mi marido, su madre se casó con su padre, por lo que Perseus y usted fueron hermanastros.

Se hizo un horrible silencio al otro lado de la línea, lo que le indicó a Sam que había tocado un punto débil.

–Lo que Perseus y yo compartimos fue algo que solo ocurre una

vez en la vida… si es que ocurre.

A Sam el corazón empezó a latirle con fuerza.

–Intenté ponerme en contacto con él en Nueva York, pero no me devolvió la llamada. Después de lo que le hice hace años, no lo culpo por negarse a hablar conmigo.

La voz de la mujer tembló de emoción, Sam no podía creer que fuera fingida.

–Sin embargo, hice lo que hice por cuestiones de vida o muerte. Cuestiones que él merece que le explique antes de que lo haga otra persona. Llevo veinte años esperando para decírselo.

Aquella mujer no hablaba como la fría y cruel joven que apuñalara a Perseus años atrás. Sofía Leonidas hablaba como una mujer profundamente enamorada, una mujer atormentada y desesperada.

–Ahora que Perseus ha vuelto a Serifos, debo hablar con él. Verá, mi padre se está muriendo y ha preguntado por él, quiere que venga a verlo. Tiene muchas cosas que decirle a Perseus… y yo también.

La mujer ahogó un sollozo antes de continuar:

–De nuevo, se trata de un asunto de vida o muerte. Usted es su esposa y supongo que, para que Perseus se haya casado después de todos estos años, debe tener influencia en él. Por eso, le ruego que utilice esa influencia para hacer que venga a esta casa. Aunque él se ha construido una villa, este fue su hogar antaño. Durante un tiempo, mi padre fue un padre para él. En cuanto a mí, lo amaba y sigo amándolo. De hecho, me iré a la tumba con su nombre en los labios.

Sam tembló por la profundidad de la declaración de la otra mujer.

–Por favor, ¿le dará este mensaje a Perseus? He dejado el número de teléfono al ama de llaves.

Sam respiró profundamente antes de contestar:

–Le diré lo que usted me ha dicho, pero no puedo prometerle nada más.

–Que Dios la bendiga. Es más de lo que me merezco.

Entonces, Sofía colgó el teléfono.

Sam se sentó en la cama, completamente sorprendida por lo que le había dicho la mujer… y por sus lágrimas.

Sofía aún amaba a Perseus. Y algo le decía que, cuando Perseus oyera las explicaciones de su antigua novia, acabarían juntos otra vez.

Tan angustiada y triste estaba que no se dio cuenta de que Perseus había entrado en el dormitorio. Llevaba pantalones blancos cortos y una camiseta negra.

Al ver su viril y masculina figura, Sam tragó saliva.

–¿Con quién estabas hablando? Te has puesto blanca como la cera.

–Con Sofía.

El semblante de él se tornó rígido. De repente, se le veía terriblemente enfadado.

–¿Por qué no has dejado que Ariadne tomase el recado?

–Tu ama de llaves ha venido buscándome a mí para decirme que una mujer quería hablar conmigo.

–Sofía no ha perdido el tiempo –murmuró él con voz salvaje.

Sam se levantó de la cama.

–Antes de que digas nada, será mejor que sepas que su padre se está muriendo y quiere verte.

Perseus volvió la cabeza.

–¿Muriendo?

Sam asintió.

–Sofía también me ha dicho que hay varios motivos que explican lo que te hizo hace veinte años. Ha dicho que esos motivos eran cuestión de vida o muerte y que ahora tiene que explicártelo todo. Estaba llorando, Perseus. Creo que lloraba de verdad.

Los ojos negros de él brillaron peligrosamente.

–¿Qué más te ha dicho? Será mejor que lo oiga todo.

Desviando la mirada, Sam murmuró:

–Ha dicho que lo que compartisteis es algo que solo ocurre una vez en la vida y que, después de veinte años, aún está enamorada de ti. También ha dicho que sabe que jamás la perdonarás y que se irá a la tumba con tu nombre en los labios.

El rostro de Perseus volvió a transformarse en una indescifrable máscara.

–Creo que deberías ir allí ahora mismo.

–Tengo que solucionar unos asuntos de negocios en Naxos y debería haber volado allí hace una hora, pero volveré a tiempo para

que nos demos un baño esta tarde.

Perseus desapareció con demasiada rapidez y a Sam no le dio tiempo de disculparse en caso de haberle ofendido.

El resto del día fue un desastre, y Sam casi no pudo comer lo que le habían preparado. Estaba lista para retirarse a su habitación cuando Perseus llegó a la casa e insistió en que se reuniera con él para darse un baño en el mar.

–No te alejes mucho –le gritó Perseus unos minutos después, cuando él se estaba secando en la arena.

–Me quedaré cerca de la orilla, te lo prometo.

Sam aún se estaba dando pellizcos, pero aquella noche seguía sin parecerle real… ni la cálida agua, ni la enorme luna ni el aire aterciopelado.

Después de unas brazadas vigorosas, Sam flotó con la espalda sobre la superficie del agua mirando a las estrellas y, al mismo tiempo, viendo a Perseus de soslayo. Detrás de él, se veían las acogedoras luces de la casa.

El enfado por la llamada de Sofía ya se le había pasado. Por suerte, no era con ella con quien se había enfadado.

–¿Te ha gustado la cena que le pedí a María que te preparase?

–Estaba deliciosa. ¿Cómo se llama?

–*Boxa*. Es una mezcla de cordero, judías verdes y salsa de limón todo ello preparado en una cazuela de barro. Y de postre, le pedí que te sirviera el dulce y cremoso queso *Mizithra*. Es mi preferido.

–Todo estaba exquisito, y con demasiadas calorías. Voy a tener que pasarme la noche entera en el agua para quemarlas.

Perseus rio.

Sam había dicho eso como pretexto para mantener la distancia con él. La imagen de ese maravilloso cuerpo a la luz de la luna le había acelerado el pulso.

Solo con mirarlo la temperatura de su cuerpo ascendía varios grados, pensó ella sonriendo.

De repente, salió de su ensimismamiento al sentirlo a su lado.

–Cuando sonríes así, te pareces a la mujer de un cuadro que tengo colgado en la pared de mi habitación. Desde el primer momento en que te vi, noté el parecido. Su cabello también es rubio dorado, pero mucho más largo que el tuyo, le rodea el cuerpo. Está encadenada a una roca.

–Debes referirte a Andrómeda, la mujer a la que Perseus rescató de las garras de un monstruo marino y llevó consigo a Serifos.

Él asintió imperceptiblemente.

–Es casi tan hermosa como tú.

Sam se sumergió en el agua para ocultar su sonrojo y volvió a emerger a cierta distancia. Pero con un rápido movimiento, Perseus volvió a colocarse a su lado, una maliciosa sonrisa iluminaba su rostro. Parecía diez años más joven.

Para Sam, era un hombre irresistiblemente guapo. Deseó poder acariciarle cada milímetro de su hermoso cuerpo. Físicamente, era perfecto.

–¿Quién es el pintor? –Sam tenía que decir algo para romper el hechizo.

–Jules Gregory. No era conocido cuando vino a Serifos a pintar. Le compré el cuadro hace unos dieciséis años, cuando aún estaba luchando por abrirse camino. Ahora, todos los coleccionistas pagan fortunas por su trabajo.

Perseus hizo una pausa antes de añadir:

–Sigo siendo de la opinión que el cuadro que yo tengo es su obra maestra. Quizá sea porque, cuando lo pintó, estaba atravesando una crisis amorosa, alguien lo había dejado y sufría mucho.

Sam tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no mostrar ninguna reacción; pero, por dentro, temblaba.

Perseus frunció el ceño. Con un movimiento rápido como el rayo, la agarró de los brazos firmemente.

–¿Qué te pasa? ¿Te ha dado un calambre?

–Sí –Sam asintió, aliviada por la excusa que él le había proporcionado–. Supongo que he nadado con demasiado vigor después de una cena tan copiosa.

–Venga, vamos.

Perseus la levantó en sus brazos, la sacó del agua y la llevó a la casa. La dejó en el cuarto de baño de su dormitorio y le abrió los grifos de la ducha, Sam estaba hirviendo del calor que el contacto de sus cuerpos le había producido.

Sam llevaba un modesto bikini azul que él mismo había elegido en Nueva York; a pesar de lo cual, mostraba más carne de la que a ella le gustaba exponer.

–Gracias por todo, Perseus –le tembló la voz porque los ojos de

Perseus le estaban recorriendo el cuerpo–. Ya estoy bien.

Sam agarró una toalla de baño y se cubrió.

–No estoy seguro –dijo él con voz solemne–. ¿Por qué veo esa sombra en tus ojos cuando hace apenas unos minutos estaban radiantes?

Perseus tenía la facultad de ver más allá de la superficie. Eso era, en parte, lo que le hacía semejante genio en el mundo de los negocios.

–Supongo que es por el viaje. Unas horas de sueño y estaré como nueva.

Pero él no se dio aún por satisfecho.

–Si esta noche te ocurre algo y no te encuentras bien, no dudes en llamarme.

La tentación fue casi más de lo que Sam pudo soportar.

–Tú también necesitas dormir.

–Estoy acostumbrado a viajar, pero tú no. Creo que será mejor que pospongamos la exploración de la isla mañana y nos quedemos por aquí descansando.

Perseus parecía absolutamente preocupado por su bienestar; sin embargo, Sam dudó que el verdadero motivo no fuera que no quisiera que lo vieran con ella. Si iba a visitar a Sofía y las cosas cambiaban…

–Mañana haré que te envíen catálogos de jardinería de Atenas. Podemos pasar el día planeando el jardín y no tendremos que hacer nada más. ¿Qué te parece?

A Sam le dolió el corazón. Todo parecía muy doméstico y maravilloso, la clase de actividad a la que se entregaban las parejas de recién casados enamorados.

–La verdad es que estoy deseando empezar.

–En ese caso, decidido. Buenas noches, Samantha.

Y antes de que ella se diera cuenta, Perseus la besó antes de desaparecer.

Samantha.

Con ese acento griego, su nombre había sonado maravilloso. Sin embargo, a pesar de los planes de Perseus, Sam no tenía duda de que, al final, acabaría reuniéndose con su verdadero amor.

Capítulo 6

CUANDO Sam se despertó, el sol ya había salido hacía mucho tiempo. Había dormido doce horas y le rugía el estómago.

Al mirarse en el espejo lanzó un quedo grito. Tenía los ojos hinchados. Si Perseus la veía así, se daría cuenta de que había estado llorando durante toda la noche. Tendría que salir a la piscina con las gafas de sol bajo el pretexto de que el sol le hacía daño a los ojos.

Después de rebuscar entre la ropa, encontró unos bonitos pantalones cortos de lino color crema y una camisa sin mangas haciendo juego. Se puso unas sandalias marrones y se recogió el pelo con un sujetador de carey.

Se puso un poco de carmín de labios color rosa, un toque de colonia de limón y salió para dirigirse a la cocina. Le apetecía un vaso de zumo y un bocadillo. Sería capaz de preparárselo sola sin necesidad de molestar a María.

Pero no había contado con ser interceptada por Perseus, que estaba saliendo de su estudio. Estaba impresionantemente varonil con esos pantalones vaqueros cortados y nada más.

–*Kalimera, Sam* –de nuevo, sintió los ojos de él, llenos de masculina admiración, en todo su cuerpo.

–*Kalimera, Perseus*.

Sam tragó saliva con dificultad y rápidamente desvió la mirada.

–¿Has dormido bien?

–Sí, muy bien. Ahora la luz me hace daño a los ojos.

–Eres rubia, te costará acostumbrarte un poco al sol de Grecia. Sígueme a la piscina y tomaremos algo juntos.

–Supongo que ya has hecho el trabajo de siete hombres –observó ella mientras se dirigían a la parte de la villa donde la piscina salía de la casa a un patio.

–¿Solo siete? –bromeó él.

Sam se echó a reír antes de servirse un verdadero festín a base de fruta, jamón ahumado con miel, panecillos, tortillas y zumo.

Puso un poco de todo en su plato antes de sentarse con él al lado de la piscina.

–Si me quedo aquí mucho tiempo, vas a tener que despedir a María y dejarme cocinar a mí; de esa forma, los dos perderemos peso rápidamente.

Ahora fue Perseus quien se echó a reír.

–Por suerte, a ti ya te he contratado para que hagas el jardín.

Después de meterse otra enorme uva en la boca, Sam dijo:

–Estoy deseando empezar a diseñarlo –y lo dijo en serio.

Él la observó por encima del borde de la taza de café.

–Ya sabes lo que vas a hacer, lo vi en tus ojos ayer. ¿Vas a contármelo o me vas a hacer esperar hasta que esté acabado?

–Esta es tu villa y como…

–Nuestra villa –le corrigió él.

Sam deseó que Perseus dejara de decir cosas así.

–Bueno, como quieras. Me gustaría discutir la idea general contigo, pero tengo pensado un jardín muy especial y me encantaría que fuera una sorpresa. El único problema es que tendrás que andar por aquí con los ojos vendados hasta que las plantas hayan crecido.

Perseus volvió a reír.

–Te prometo no fijarme mucho.

–Eso va a ser difícil, ya que el jardín va a ir desde la casa hasta el mar.

–Entonces, cuando venga a casa lo haré por la parte de atrás y controlaré mi curiosidad.

–¿Lo dices en serio?

–Te doy mi palabra.

Sam estaba inexplicablemente contenta por la voluntad de Perseus de respetar sus deseos.

–En ese caso, estupendo.

–Nunca te he visto tan condescendiente, Grecia te está sentando bien.

Con una falsa sonrisa, Sam dijo:

–Eso es porque me estás cuidando hasta la exageración, Perseus. Hacer un trato contigo es como hacer un trato con Dios, siempre cumples tu parte. Solo espero no defraudarte.

Al instante, el humor de los dos se desvaneció. Perseus se levantó del asiento con sobria expresión.

–Esta noche, cuando vayamos a visitar a Sofía y a su padre, lo descubriremos.

A Sam le dio un vuelco el corazón y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para mantener la calma.

–Haré lo que tú me pidas.

Se hizo un silencio antes de que Perseus lo interrumpiera.

–Esa es una declaración extraordinaria para salir de unos labios tan inocentes.

El rostro de Sam se encendió.

–En absoluto. Debías estar desesperado cuando te casaste conmigo con el fin de que te ayudara cuando llegara el momento de volver a ver a Sofía. Después de hablar con ella por teléfono, comprendo por qué. Sofía estaba muy penitente y muy convincente.

Sam tragó saliva antes de añadir:

–Yo… es muy posible que, después de esta noche, dejes de requerir mis servicios.

–¿Qué demonios quieres decir con eso? –estalló él.

–Sofía aún está enamorada de ti, y ha dicho que tenía motivos serios para darte una puñalada antes de que tú escaparas, motivos que comprenderías si le dabas la oportunidad de explicártelos. Cuando oigas sus explicaciones, puede que cambies de opinión y que quieras recupe…

–Ya es suficiente –la interrumpió Perseus con voz cortante.

Sam se estremeció al ver lo mucho que su comentario lo había enfurecido.

–He invertido una considerable cantidad de dinero en ti, y espero que me seas fiel. ¿Lo has comprendido?

–Sí, por supuesto, Perseus. Claro que te seré fiel. Lo único que quería decir es que, si los dos decidís volver juntos, lo comprenderé. Ya has hecho mucho por mí, jamás podré pagártelo, y no se me ocurriría obligarte a cumplir con el resto del trato. Si tú y Sofía resolvierais vuestras diferencias, volvería a Nueva York en el primer avión.

Perseus le puso las manos en el rostro. Su cuerpo estaba rígido.

–Tú no vas a ir a ninguna parte.

Como si quisiera recordarle su trato, bajó la cabeza y la besó dura y profundamente. Sam se sintió mareada.

–En cualquier caso –murmuró él con voz espesa–, da igual,

porque tengo tu pasaporte.

Después de un silencio lleno de tensión, Perseus añadió:

–Todo lo que necesitas para empezar con los planos del jardín está aquí ya. Si necesitas algo más, estaré en mi estudio. *Me sinchorite*.

Perseus desapareció en el interior de la casa.

Dolida por las palabras de Perseus, Sam se lanzó al trabajo de lleno. Al cabo de un rato, Ariadne apareció para recoger la mesa, pero Sam estaba demasiado ocupada con sus dibujos para notar su presencia.

Ya había pensado en los colores; ahora, solo era cuestión de encontrar las plantas que podían sobrevivir a ese calor y que crecerían bien en la tierra de la isla. Por suerte, los catálogos de jardinería que Perseus le había dado contenían toda la información que ella necesitaba.

Transcurrieron varias horas. Ariadne le llevó un ligero almuerzo: salmón a la plancha y fruta. Ni rastro de Perseus. Quizá ni siquiera estuviera en la isla. Podía haberle dicho a Yanni que lo llevara hasta el pequeño heliodromo donde tenía su helicóptero para ir a pasar el día en Atenas.

A las tres y media, Sam decidió dejar de trabajar. Llevó todos los dibujos a su habitación, contenta con lo que había conseguido. Pero ahora era ya el momento de pensar en la tarde que la esperaba.

Colgado en el armario, había un vestido de diseño que le gustaba mucho. Era de color crema, ceñido, manga corta y escote de barco. Un vestido de elegante sencillez.

Pero si decidía ponérselo, antes tenía que ganar un poco de color. Estaba demasiado pálida. Si iba a nadar y luego se tumbaba en la playa un rato, sus mejillas tomarían color y el sol ensalzaría el rubio natural de sus cabellos.

Sin perder un momento más, se puso un bikini, agarró una toalla, abrió las puertas correderas de cristal de la habitación y corrió hacia la orilla del mar.

Se quitó las sandalias y se adentró en el agua. Nadó durante unos minutos y luego se tumbó encima de la toalla para absorber los rayos de sol. Aunque era rubia natural, el color de su piel era ligeramente oliva y solía ponerse morena con facilidad. Pero en Grecia tenía que tener cuidado para no quemarse.

Prometiéndose a sí misma permanecer al sol solo diez minutos, cerró los ojos e intentó vaciar la mente de todas las preocupaciones que la embargaban. Despacio, la paz y la tranquilidad de aquel paradisiaco lugar fueron apoderándose de ella hasta adormecerla.

–Si lo que quieres es ponerte enferma para no tener que acompañarme esta noche, lo vas a conseguir –dijo una voz profunda en tono acusatorio.

Sam se despertó de un sobresalto.

–Perseus… –gritó ella.

Y se apartó de él tan pronto como Perseus le echó la toalla por los hombros. No sabía que le afectaba más, si la ira de él o su torso bronceado y atlético a su lado.

–Solo estaba tomando el sol unos minutos.

–Veinte, para ser exactos –declaró él sin dejar lugar a dudas–. Unos minutos más y te habrías abrasado. Vuelve ahora mismo a la casa.

Sam evitó mirarlo a los ojos, notando ya un desagradable escozor en el vientre y en los muslos, donde el sol casi nunca le daba. Se puso las sandalias y lo siguió.

–No me había dado cuenta. Tienes que creerme.

Perseus detuvo sus pasos sin poder disimular su enfado.

–Estás en Grecia, no en Central Park.

–Ya lo sé –respondió Sam, sintiéndose como una niña.

–De ahora en adelante, cuando vengas a la playa, tendrás que decírmelo a mí; y si no, a Ariadne. Y vas a tener que prometerme otra cosa, nunca bañarte sola en el mar.

–Te lo prometo –respondió ella con voz queda cuando llegaron a las puertas correderas de cristal que daban al dormitorio.

En realidad, Sam no era una buena nadadora, así que no había peligro de que se adentrara en el mar. Desgraciadamente, Perseus no confiaba en su sentido común.

Con la intención de cambiar de tema de conversación, Sam preguntó:

–¿A qué hora tengo que estar preparada para salir esta noche?

–He pensado que podríamos marchamos dentro de una hora e ir en coche hasta Panagia, ese sitio que me preguntaste si yo vivía ahí. Cenaremos en una taberna, que sé que te gustará, y luego iremos a Livadi.

Livadi era la ciudad portuaria que, según le había dicho Perseus, tenía discotecas, bares y cines para los turistas. Su falta de entusiasmo al hablar de ese lugar indicaba lo que le desagradaba esa clase de entretenimiento.

–¿Podrás estar arreglada en una hora?

–Sí –murmuró ella, que no quería decir o hacer nada que pudiera disgustarlo más.

–Hay loción para las quemaduras en el cuarto de baño. Si te la pones después de la ducha, te calmará el escozor.

–Gracias –susurró ella–. Me daré prisa.

Sin esperar respuesta, Sam entró en el cuarto de baño y cerró la puerta con el corazón latiéndole con fuerza.

Tal y como Perseus había dicho, la loción le calmó el escozor de la piel. Por suerte, el rostro no se le había puesto muy colorado; sin embargo, cualquiera que la viera se daría cuenta de que había tomado una buena dosis de sol. El carmín de labios color coral le iría bien con el suave bronceado.

Unas sandalias de tacón alto del mismo color que el vestido completaron su indumentaria. Con un poco de perfume que Perseus le había regalado, además de unos pendientes de oro en forma de aros, Sam se encontró lista para acompañar a Perseus. El único otro adorno que llevaba era el anillo de boda.

El anillo, más que cualquier otra cosa, la hizo sentirse un fraude. Sam se lo había quitado después de la ceremonia porque tenía miedo a perderlo. Pero aquella tarde, sabía que Perseus esperaba que lo llevara puesto.

Cuando se miró al espejo, una desconocida le devolvió la mirada. Era ella; sin embargo, no era la misma de siempre. Su aspecto era elegante, sofisticado y caro. El envoltorio perfecto para complementar la belleza morena de Perseus Kostopoulos. En lo más profundo de su corazón, le gustó saber que no iba a desilusionarlo.

Recordó la primera vez que lo vio en su oficina, empapada de agua, con el cabello revuelto y recogido en una coleta, y los vaqueros y la camisa viejos. No quería ni imaginar lo que Perseus debió pensar de ella.

Avergonzada por el recuerdo, se dio media vuelta con la intención de marcharse; pero en ese momento, oyó un golpe en la puerta que daba a la habitación contigua.

–¿Samantha? ¿Puedo entrar?

Sam tomó aliento antes de responder.

–Sí. Ya estoy lista.

Entonces, la puerta que daba a la habitación de Perseus se abrió y a Sam se quedó conteniendo la respiración.

Aquella tarde, Perseus era la esencia de la virilidad. Sus anchos hombros y su poderoso cuerpo estaban cubiertos por una camisa de seda azul oscuro, unos pantalones color marfil y una americana azul a rayas finísimas que le caía descuidadamente de los hombros. Sus negros cabellos, peinados hacia atrás y algo crecidos, le conferían un aspecto vagamente peligroso.

No era difícil imaginarlo como el héroe del mismo nombre, tanto física como mentalmente. Para Sam, Perseus era su héroe. Hasta ese momento, no lo había visto hacer nada indigno. Era un hombre magnífico al que ni su posición ni su riqueza habían cambiado.

El único defecto de Perseus era estar enamorado de un fantasma del pasado.

Pero si Sam no estaba muy descaminada, Sofía lograría su objetivo: ser la verdadera y única señora Kostopoulos.

Con solo una mirada, Sofía se daría cuenta de que Perseus era infinitamente más deseable que aquel amante de dieciocho años al que había adorado durante tanto tiempo.

Sam tenía el extraño presentimiento de que el encuentro de aquella noche iba a cambiar su destino: Perseus le devolvería su libertad junto con un cheque por los servicios prestados.

Ser consciente de eso le hizo sufrir más de lo que había creído era posible sufrir. Cerró los ojos apretándolos. Cada minuto que pasaba con Perseus la hacía enamorarse más profundamente de él.

Durante esos momentos de angustia emocional, no había sido consciente de la silenciosa presencia de Perseus, que la miraba fijamente como si no pudiera creer lo que estaba viendo. ¿Se había puesto una ropa poco adecuada?

Sintiéndose incómoda de repente, Sam preguntó:

–¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

–Ven a mi habitación.

Sam, atónita, parpadeó.

Los labios de Perseus esbozaron una sonrisa burlona.

–No te preocupes, no voy a seducirte, eso no es parte del contrato. Solo quiero enseñarte una cosa.

Sam ya odiaba ese contrato. Incapaz de imaginar qué era lo que Perseus quería enseñarle, avanzó hacia él con piernas temblorosas. Sintió su mirada con una intensidad que le erizó la piel.

Cuando llegó al lado de Perseus, él le tomó la mano derecha y la condujo hacia el interior de su cuarto, hacia un cuadro de un metro veinte por uno cincuenta aproximadamente que colgaba de una pared entre dos camas gemelas.

Por supuesto. El retrato de Andrómeda.

Sam se acercó más y entonces, súbitamente, lanzó un grito de angustia al tiempo que su rostro perdía el color.

–Perseus…

Sam se aferró a él, buscando apoyo. Al momento, Perseus le rodeó la cintura con los brazos para evitar que cayera.

–¡Es… mi madre!

–Sabía que tenía que haber una razón que explicase el parecido –dijo él con voz ronca–. Ahora ya todo encaja.

–¿Qué quieres decir? No comprendo.

–Por qué tu belleza me resultaba tan familiar y por qué noté ese toque de genialidad en tu collage.

Sam no podía asimilarlo todo al mismo tiempo; ni sus increíbles palabras ni el fabuloso cuadro que había pintado su padre. Un cuadro que Perseus había comprado hacía años.

Su padre era un genio. Había captado la esencia de su madre, su belleza, su cuerpo de mujer joven que se traslucía a través del fino tejido de gasa que se pegaba a aquellas delicadas curvas debido a la brisa del océano. Ella estaba atada a una roca, sus brazos desnudos llamando a su amado Perseus para que la salvara del monstruo marino.

Las lágrimas comenzaron a resbalarle por las mejillas.

–Nunca he visto a mi madre tan joven y tan guapa… ¡ni tan feliz! Lo que le ilumina el rostro y los ojos es el amor.

Con un esfuerzo por respirar con calma, intentó controlar la súbita ira que se apoderó de ella.

–Mi padre debió pintar ese cuadro antes de abandonarla cuando se quedó embarazada.

En una pequeña placa dorada al pie del cuadro, en el marco,

Sam leyó:

–«Mi Andrómeda».

Y en una esquina del cuadro, vio la firma de su padre.

–Dios mío…

Incapaz de contenerse por más tiempo, Sam rompió en sollozos e, instintivamente, se apoyó en el cuerpo de Perseus durante unos momentos eternos en los que él le acarició la espalda hasta conseguir calmarla.

Había preocupación en su profunda y vibrante voz cuando preguntó:

–¿Cuándo fue la última vez que lo viste, Sam?

Asqueada y avergonzada consigo misma por haberse venido abajo delante de él, Sam alzó el rostro, se apartó de sus brazos y, evitando su penetrante mirada, contestó:

–Perdóname por haberte manchado la camisa. Si me concedes cinco minutos, iré a retocarme el maquillaje y podremos marchamos a cenar.

–No tenemos la obligación de ir a ninguna parte.

Perseus siempre anteponía las necesidades de ella a las suyas propias, otro motivo por el que a Sam se le estaba destrozando el corazón.

–Sí, claro que tenemos que salir. Esta puede que sea la noche más importante de tu vida. Tengo un trato que cumplir y estoy decidida a hacerlo. Nos reuniremos en el coche.

Unos minutos más tarde, salieron en dirección a Panagia; durante el trayecto y la cena, la conversación versó sobre temas intranscendentes. Por fin…

–¿No te encuentras bien?

Se estaban acercando a Livadi y esas fueron las primeras palabras que Perseus le había dirigido desde que salieron de la taberna.

–Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

Perseus arrugó el ceño.

–Porque solo has jugueteado con la comida. Estoy seguro de que no has tragado ni un trozo de pulpo.

Perseus había hecho todo lo posible por distraerla. Le había contado anécdotas y había pedido los platillos típicos del lugar que, de no ser allí, Sam no tendría la oportunidad de probar. Sumamente

educado, había evitado mencionarle a su padre ni la escena en la casa cuando le enseñó el cuadro; pero Sam sabía que estaba preocupado por ella.

Ver la pintura de su madre, creada por su padre, había sido un golpe para ella; un golpe que Perseus había presenciado. El problema era que Sam no podía hablar de ello con nadie y, particularmente, con Perseus, que tenía sus propios fantasmas. Era impensable darle aún más preocupaciones.

Sam continuó mirando el paisaje por la ventanilla del coche para evitar mirar a aquel increíble perfil. Durante la cena se había sentido cada vez más consciente de él; de la economía de sus movimientos, de cómo disfrutaba el buen vino y de la concentración con la que estudiaba el menú.

–Ya hemos llegado, Sam. Te doy mi palabra de que no tienes nada de qué preocuparte. Limítate a seguirme, eso es lo único que tienes que hacer.

Sam respiró profundamente y luego le dedicó una radiante y decidida sonrisa.

–Lo único que puede preocuparme eres tú. Yo… –a Sam se le quebró la voz–. Sé que no la has visto en veinte años. Solo quiero que sepas que estoy rezando por ti.

Perseus le tomó la mano y le besó la palma, derritiéndole los huesos.

–Que Dios te bendiga –dijo él en un ronco susurro.

La casa de Leonidas estaba localizada en el corazón de Livadi. La pequeña y atractiva propiedad construida al estilo griego tradicional, según le explicó Perseus, había sido elegida por ser accesible a los pacientes de la ciudad, al igual que al círculo de islas que formaban las Cícladas.

Con una mano en el codo de Sam, Perseus la ayudó a salir del coche. Juntos caminaron la corta distancia que había hasta la puerta, bordeada por una buganvilla.

–*Kyrie* Kostopoulos –gritó un hombre calvo de baja estatura cuando abrió la puerta y vio a Perseus.

Su rostro apergaminado se iluminó con una enorme sonrisa cuando Perseus lo abrazó. Al cabo de unos segundos, el hombre, con los ojos empañados, le dijo unas rápidas palabras al oído de Perseus en griego. A Sam le enterneció el encuentro.

–Georgio, esta es mi esposa, Samantha –dijo Perseus en inglés–. Cariño, este es Georgio. Georgio lleva treinta años con la familia Leonidas, y fue la única persona que me trató como a un miembro más.

–Encantada de conocerlo, Georgio –Sam le tendió la mano y el hombre se la estrechó con entusiasmo.

–Entren. Entren. El doctor está en la cama en su estudio, no puede levantarse. Por suerte, este es uno de sus buenos días, pero se ha negado a dormirse hasta no verlo a usted. Pero Sofía quiere verlo primero. La encontrará en el salón.

–Gracias, Georgio.

Pensara lo que pensase, Perseus no dio muestras de lo que estaba sintiendo en esos momentos. Sam no pudo evitar maravillarse del extraordinario control de su marido mientras cruzaban el vestíbulo de la casa para aparecer delante de la puerta de un bonito cuarto de estar.

Tan pronto como entraron, Sam vio a una mujer alta y voluptuosa de cabello negro ébano que entró en la estancia por otra puerta. Sofía. A Sam le pareció una Carmen moderna.

Aunque vestida con un traje de falda y chaqueta blanco, la indumentaria enfatizaba su magnífico cuerpo y sus largas y bronceadas piernas. Se la veía exótica y extraordinariamente hermosa. También se veía que era una mujer que había sufrido. No obstante, era la clase de mujer que un hombre no podía olvidar…

Sus líquidos ojos negros no vieron a Sam.

–Perseus… –gritó con voz queda, y todo el amor que sentía por él estaba contenido en aquella palabra.

De repente, empezó a hablar en griego a modo torrencial, pero Perseus la interrumpió:

–Sofía –dijo esa palabra con tal calma que Sam se quedó atónita–, te presento a mi esposa, Samantha. Sam no habla griego, aunque está aprendiendo. Por lo tanto, te ruego que, delante de ella, hables en inglés.

Era evidente que la otra mujer sufría. Sam pudo sentirlo, y también sintió lástima de ella.

–¿Cómo está? –murmuró Sofía, pero sus ojos no abandonaron el rostro de Perseus–. Esperaba poder hablar en privado contigo. Por favor.

A Sam le costó un verdadero esfuerzo no pedirle a Perseus que cumpliera el ruego de Sofía.

–Mi esposa y yo no tenemos secretos.

Un sentimiento de culpa invadió a Sam por haberse negado a confiar en Perseus y a hablarle de su padre.

–Tengo tanto que decirte… –se lamentó la otra mujer–. No sé por dónde empezar. Pero antes de nada, te ruego que me perdones.

En ese momento, las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas.

–Hace mucho tiempo que te perdoné, Sofía.

De nuevo, Sam se maravilló del frío aplomo de Perseus en una situación tan dramática.

–Sé que lo que hice no tiene perdón. Estás desfigurado por mi culpa. Sin embargo, en aquel entonces, no tuve otra alternativa. Era eso… o que mi padre te disparase una bala en el corazón.

–Por favor, Sofía, no te pongas dramática.

–No te culpo por no creerme. Pero hace veinte años, el odio que mi padre sentía por ti y por tu padre lo volvió loco.

Por primera vez desde que estaban en esa casa, Sofía vio emoción en Perseus.

–¿Qué tiene que ver mi padre con esto?

–Perseus, mi padre le pidió a tu madre que se casara con él antes de que ella se casara con tu padre, pero tu madre lo rechazó porque estaba enamorada de tu padre.

No había razón para que Sofía se hubiera inventado esa historia ahora. Sam la creyó, y estaba casi segura de que Perseus también la había creído.

–Continúa –dijo él con voz que parecía provenir de ultratumba.

–Lo hirió en su amor propio que tu madre prefiriera a un pescador en vez de a un hombre educado que llegaría a ser el médico de una isla entera. Mi padre se casó con mi madre porque necesitaba a una mujer, pero a quien amaba era a la tuya.

Sofía hizo una breve pausa antes de proseguir:

–Cuando mi madre murió en aquel accidente de autobús, no vi llorar a mi padre; en realidad, no lo sintió. Después de que tu padre muriera en el mar, mi padre no hacía más que pensar en ella. Estaba pensando en la forma de acercársele cuando tu madre cayó enferma y tú la trajiste aquí para que mi padre la examinara. A él le

pareció un regalo de los dioses; pero, en el acto, le resultaste odioso porque le recordabas a tu padre.

Sofía lo miró profundamente a los ojos y sonrió débilmente.

–Eras orgulloso, fuerte e independiente. Y el amor que sentías por tu madre era algo que mi padre no podía soportar. Me enteré de que estaba arreglando las cosas para que te fueras a vivir a Atenas con mi tío Teo. Mi padre quería que salieras de esta casa, pero me hizo jurar no decírtelo.

Sofía bajó los ojos antes de añadir:

–Cuando nos enamoramos, se puso hecho una fiera. Pagó a Spiros para que nos vigilase y fue a través de él que se enteró de que habías alquilado un barco para que nos escapásemos y nos casáramos.

Sam sintió el temblor de Perseus.

–Cuando mi padre descubrió nuestros planes, me llamó antes de que me acostase. Me prohibió volver a verte y me dijo que, si no cooperaba, él mismo te mataría

Perseus se quedó rígido. Sam casi no podía respirar.

–Yo estaba aterrorizada. Mi padre no razonaba cuando se trataba de ti y de tu padre. Yo no quería que te matase y tenía miedo de que cumpliera su amenaza; por eso, agarré un cuchillo y esperé a que vinieras a buscarme.

Con ojos empañados, Sofía añadió:

–Sabía que intentarías convencerme para que me fuera contigo, así que la única forma que se me ocurrió de evitarlo era hacerte algo horrible con el fin de obligarte a marcharte solo. Perseus, te juro que yo no quería hacerte daño. Eso nunca –Sofía no pudo contener un sollozo–. Te amaba más que a mi propia vida… sigo amándote.

Capítulo 7

SOFÍA respiró profunda y temblorosamente, y dijo:

–Después de que te marcharas, mi padre me llevó a Turquía y me obligó a vivir en un convento. No me permitían salir de allí. Les daba dinero para mi manutención con la esperanza de que me hiciera monja. Pero yo no tenía vocación y estaba allí en contra de mi voluntad.

Sofía hizo una breve pausa y lanzó un suspiro.

–Por fin, conseguí escapar. Conocí a un agricultor que me dejó trabajar para él. No tenía pasaporte ni dinero, así que no podía volver a Grecia. Cuando él me ofreció matrimonio, acepté. Murió hace seis meses, y me dejó una pequeña propiedad que vendí para volver a Grecia. Pero las autoridades no me permitían entrar. Desesperada, llamé a casa y fue cuando Georgio me dijo que mi padre me había estado buscando por todas partes. Mi padre, por fin, había recuperado el sentido; pero ya era demasiado tarde.

Hizo una pausa y miró a Perseus fijamente a los ojos.

–Mi padre se puso al teléfono y charlamos. Me envió un nuevo pasaporte y arregló mi viaje de vuelta. Cuando volví a verlo, estaba tan enfermo que me costó mucho reconocerlo. Nos hemos reconciliado, pero él sabe que lo que te hizo a ti y a mí, lo que nos hizo a los dos fue imperdonable.

La voz le tembló mientras pronunciaba la última frase.

–Su vida ha sido un infierno desde que yo te eché con esa herida en la mandíbula. Creo que lo único que lo mantiene vivo es la esperanza de verte para que le perdones.

Perseus se pasó una mano por los cabellos, absolutamente consternado.

–¿Quieres decir que has pasado exilada en Turquía los últimos veinte años? –preguntó Perseus apenas controlando el temblor de su voz.

–Sí, Perseus, así es. Si necesitas pruebas, puedo dártelas.

La expresión de dolor de Perseus lo dijo todo. Sam había tenido

razón al pensar que aquella noche cambiaría su destino. Sofía había vuelto a casa, a Perseus. Dentro de poco los dos amantes se casarían y encontrarían la felicidad que se les había negado antes. El dolor de esa realidad fue excesivo para Sam.

–Lo veré una vez más, pero voy a hacerlo por ti. ¿Samantha? –Perseus le besó la frente–. Por favor, espérame aquí, no tardaré mucho. ¿Quieres que Georgio te traiga algo de beber?

–No, gracias –con consternación, notó que la voz le había temblado–. Y por favor, tómate el tiempo que necesites.

Sentándose en el sillón más cercano, vio a Perseus salir del cuarto de estar en pos de Sofía, los dos moviéndose al unísono como si nunca se hubieran separado.

A ella ya la habían olvidado.

Perseus no sabía qué iba a descubrir al volver a ver a Sofía, por eso la había utilizado a ella, a Sam, como escudo. Pero ahora la protección de ese escudo ya no era necesaria y, en breve, Sam estaría haciendo las maletas. Ella ya había servido su propósito; cuando se marchara, Sofía sería la señora de Villa Danae.

Desde luego, ahora ya no iba a ayudar a Perseus a diseñar y a plantar el jardín.

Después de oír la terrible historia que Sofía había relatado respecto a su padre, Sam ya no quería vengarse del suyo. Jules Gregory era un ser humano despreciable; pero, al menos, no había interferido en su vida ni le había causado tanto sufrimiento como el que Sofía había padecido.

No. Esa noche Sam había dejado de querer demostrarle a su padre que había llegado a la cima sin su ayuda, sería una pérdida de tiempo y de energía.

Mientras esperaba allí, tomó la decisión de dejar a Perseus por la mañana, ya no había motivo para fingir ser un matrimonio feliz. Cualquiera podía darse cuenta de que Perseus y Sofía se pertenecían. Sam no tenía deseos de interponerse entre los dos un segundo más de lo necesario.

En su opinión, ya había cumplido con su parte del contrato. Cuando se marchara, dejaría en la villa las ropas que le había comprado. No se llevaría nada, excepto lo puesto.

Ya que Perseus la había mimado hasta la saciedad, no creía poder enamorarse de otro hombre jamás. Lo único que quería era

alejarse de él lo antes posible para intentar olvidarlo.

Cheyenne, Wyoming, le serviría. Allí tenía una tía abuela. Su madre estaba enterrada allí. Era un buen sitio para comenzar. Además, después de haber decidido liberarse del odio contra su padre, se encontró en paz consigo misma por primera vez en la vida.

Sin embargo, el dolor que sentía en su corazón era algo totalmente distinto. Ahora se encontraba en la tortuosa posición de ser ella quien acabaría en la tumba con el nombre de Perseus en los labios…

Incapaz de permanecer allí un segundo más, Sam decidió salir y esperar a Perseus en el coche. La casa estaba tan silenciosa como una tumba mientras ella, de puntillas, cruzó el vestíbulo y salió afuera.

Un leve suspiro escapó de sus labios cuando el cálido y húmedo aire perfumado de la noche la envolvió. En los duros inviernos de Wyoming, echaría desesperadamente de menos Serifos.

Al llegar junto al coche, se apoyó en él, agotada emocionalmente por el trágico relato de Sofía. Le calmó la vista del siempre presente mar Egeo.

«Mira con atención porque va a ser la última vez, Sam. Mañana emprenderás el camino de regreso a las Montañas Rocosas, donde vas a vivir a unos mil quinientos metros sobre el nivel del mar y sin ningún mortal que pueda compararse remotamente a Perseus».

De repente, oyó unas palabras en griego pronunciadas con furia. Se dio media vuelta y la expresión de Perseus la sobresaltó.

–Te he pedido que me esperases –le espetó él–. Al menos, podías haber avisado a Georgio.

Sam sacudió la cabeza. El comportamiento de Perseus no tenía sentido.

–Como no tenía idea de cuánto tiempo ibas a tardar, he salido a respirar un poco de aire fresco –explicó Sam, sin comprender por qué reaccionaba él así por algo tan trivial.

–Ya que eres mi esposa, espero que te comportes como tal.

–Perseus, ya no es necesario que sigamos fingiendo delante de Sofía. Ahora que ya conoces la verdad sobre lo que ocurrió aquel día, todo ha cambiado. Os habéis reunido de nuevo y necesitáis tiempo para reorganizar el resto de vuestras vidas. Mañana voy a

tomar el ferry a Atenas y allí tomaré un avión a Estados Unidos.

Con un ágil movimiento, Perseus le abrió la puerta y la ayudó a entrar en el coche. Ella se alegró al pensar que pronto estaría en la intimidad y soledad de su cuarto.

Realizaron el trayecto en completo silencio. Llevarla a ella a casa, cuando quería estar con Sofía, debía ser lo más difícil que Perseus había hecho en su vida. Pero como era un verdadero caballero, estaba dispuesto a atender las necesidades de ella antes; después, volvería a Livadi para planificar su futuro con Sofía. Un futuro en el que ella, Sam, no tenía hueco.

Angustiada, entrelazó las manos. ¡Cómo deseaba no haber conocido nunca a Sofía!

Pero ahora ya no le extrañaba que ninguna mujer hubiera conseguido atraer a Perseus. A los treinta y ocho, Sofía estaba en el punto álgido de su belleza. Esos enormes ojos negros que lo miraban con desnuda adoración debían haberle llegado muy adentro. Una noche en los brazos de esa mujer acabaría de curarle las heridas. Y las miles de noches a partir de ahora…

Sam no pudo soportar la imagen de los dos juntos, pero tampoco podía escapar de los confines del coche.

Por fin, diez minutos más tarde, Perseus paró el coche delante de la casa y ella, rápidamente, se desabrochó el cinturón de seguridad. Lo que necesitaba era estar a solas con su dolor.

–¿Adónde demonios crees que vas? –moviéndose con la rapidez de una pantera, Perseus le dio alcance y la agarró de la muñeca, evitando que diera un paso más.

–A la casa, por supuesto –contestó ella con creciente pánico por las emociones que empezaba a provocarle la proximidad de él.

–Hace un rato has dicho que querías respirar aire fresco. Bueno, pues a mí también me apetece.

Perseus empezó a quitarse los zapatos y los calcetines.

Sam agrandó los ojos.

–Pero Sofía está esperando a que vuelas y…

–El padre de Sofía está muriéndose –interrumpió él en tono bajo y sobrio–. El cura debe estar allí ahora dándole la extremaunción.

Sam tragó saliva, intentando imaginar el sufrimiento de Perseus al tener que esperar para volver a reunirse con su amada.

Humedeciéndose los labios, le preguntó nerviosa:

–¿Te ha... resultado insoportable ver a su padre? ¿Ha corroborado él...?

–Digamos que Sofía ha dicho la verdad –la interrumpió Perseus antes de que Sam pudiera pronunciar una palabra más–. Y ahora, como respuesta a tu siguiente pregunta, te diré que hemos hecho las paces. Eso es todo.

Al momento, Perseus se agachó en la arena; esta vez, delante de ella.

–¿Qué estás haciendo? –gritó Sam perpleja.

–Quitarte las sandalias para que puedas dar un paseo conmigo por la playa.

Por necesidad, Sam tuvo que agarrarse a sus poderosos hombros con el fin de no caer. Sentir los dedos de Perseus en los tobillos la hizo estremecerse de placer.

–Perseus, yo pensaba que...

–Piensas demasiado, *Kyria* Kostopoulos –la interrumpió Perseus una vez más–. ¿Necesitas ayuda para quitarte las medias?

Con el rostro súbitamente encendido, Sam exclamó:

–¡Por supuesto que no! Si no te importa, date la vuelta para que me las quite.

Le oyó reír en voz queda antes de quitarse la americana y dejarla caer junto a los zapatos con inconsciente gracia masculina antes de empezar a caminar hacia la orilla.

Sam se quitó las medias con manos temblorosas, las dobló en una pequeña bola, que metió en una de las sandalias, y luego echó a andar hacia Perseus, que la observaba con las piernas separadas y aspecto de dios del Olimpo.

En la oscuridad, era imposible discernir la expresión de su semblante. Pero aunque Sam no podía verle la expresión, sabía que debía estar presente la enigmática máscara que presentaba al mundo.

–Ven.

Perseus le ofreció la mano y ella se la agarró. Por fuerte que él fuera, por mucho que controlase las situaciones, Sam sabía que ver a Sofía aquella noche había sido un golpe tremendo para él.

Casi con seguridad, debía necesitar su compañía, porque ella era la única persona que conocía la verdad.

Continuaron andando por la orilla del mar hasta un punto en el

que dejaron de ver las luces de la casa. Cuando Sam ya no pudo aguantar más, declaró de sopetón:

–Sofía es muy hermosa.

Perseus contuvo la respiración, pero no dejó de andar.

–Hay diferentes clases de belleza. Desde luego, Sofía tiene esa clase de belleza hechicera que muchos hombres encuentran provocativa.

Sam sintió un nudo en la garganta, pero necesitaba seguir preguntándole y sabía que él necesitaba hablar de ello.

–¿Te ha resultado difícil volverla a ver?

–Sí. Ya no tiene dieciocho años. La vida ha traído sus cambios y uno no puede volver atrás.

Perseus parecía atormentado, y a Sam le dieron ganas de echarse a llorar.

–Eso es cierto, pero aún sois jóvenes y tenéis una vida por delante. Podéis casaros inmediatamente y tener hijos.

–Eso sería imposible.

–¡Claro que no lo es! –contestó ella–. Mañana firmaré lo que quieras que firme y te devolveré tu libertad.

Perseus le apretó la mano como si fuera presa de una intensa emoción.

–Esa no es la cuestión, Sam. Aun en el caso de que su padre muriese dentro de unos días, el período de luto es muy largo en esta isla.

Sam cerró los ojos, sufría por él.

–Habéis esperado veinte años, ahora es muy cruel que os fuercen a seguir separados, aunque sean solo unas semanas más.

–Cincuenta y dos semanas para ser exactos.

Sam abrió los ojos bruscamente.

–¿Qué?

Al oírla gritar, Perseus se detuvo de cara a ella.

–Sofía tendría que esperar un año por lo menos, es el mínimo período de luto.

–¡Es indecente haceros esperar tanto tiempo!

–Es la costumbre griega y los dos somos muy tradicionales; además, no nos convendrían los inevitables rumores. Por lo tanto, vas a tener que continuar siendo mi fiel esposa hasta que me llegue el momento de reclamar lo que me dicte el corazón.

¿Vivir con él un año entero, sin vivir realmente con él? ¡Impensable! ¡No podía hacer eso!

Sam se soltó de la mano.

–¿Tan mal te parece la idea de pasar un año conmigo?

–¡No! –gritó ella sacudiendo la cabeza–. Claro que no. Yo lo digo por ti. Sería horroroso vivir en la misma isla, sabiendo que Sofía vive a solo unos minutos de donde tú vives, y no poder estar con ella, no poder amarla… –a Sam se le quebró la voz–. ¿Sabe cómo es nuestra relación?

La penetrante mirada de Perseus la clavó en el suelo.

–Sabe lo que siento; de esa forma, no hay lugar a equivocaciones ni a malentendidos.

–¿Estás seguro de que… no me odia?

–¿Puede saber alguien lo que otra persona piensa o siente? –preguntó Perseus con voz suave–. Lo importante es que le he dicho la verdad. La forma como ella se tome esa verdad no es asunto tuyo, Sam.

Sam había llegado a un punto en el que se sentía más confusa que nunca.

–Si yo fuera Sofía, por mucho que quisiera razonar, no podría soportar la idea de que vivieras con otra mujer. Sería un auténtico suplicio. ¡Me darían ganas de sacarle los ojos a esa mujer!

Los labios de Perseus esbozaron una inesperada sonrisa que le alcanzó a los ojos. Parecía años más joven y tan atractivo que Sam temió desmayarse del placer de verlo.

–Tanta pasión… –observó Perseus–. El hombre que inspire esa pasión será, verdaderamente, un hombre afortunado.

De repente, Perseus se llevó una mano a la cicatriz.

–A propósito, se me ha ocurrido ir a Atenas la semana que viene para que me quiten esto.

El cambio de conversación, además de sus posibles motivos, dejaron atónita a Sam. Solo Sofía podía haber inspirado esa decisión.

Sintiéndose inexplicablemente dolida, Sam comenzó a andar en dirección de vuelta a la casa, sin importarle que el agua salpicara el bajo del vestido.

Perseus no iba muy a la zaga.

–Si te preocupa quedarte sola aquí, puedes venir a Atenas y

quedarte en el apartamento durante el tiempo que esté en el hospital.

Sam sintió aumentar su enfado.

–Por si no lo has notado, soy una persona adulta y he vivido mucho tiempo sola, Perseus.

–Sí, lo había notado. Así que lo que estás diciendo es que, en nuestro trato, no entra que hagas de enfermera.

–Estás malinterpretando mis palabras deliberadamente.

–Si ese es el caso, explícame por qué te molesta tanto que haya decidido quitarme la cicatriz.

–¡No me molesta! –Sam apresuró el paso para poner más distancia entre los dos.

–Entonces, deja de correr.

El desafío la hizo sentirse como una estúpida y aminoró el paso.

–Mírame, Samantha.

Sam no quería mirarlo. Perseus podía ver el amor que sentía por él en sus ojos, y entonces…

–No tienes por qué tener miedo, si eso es lo que te pasa. La cirugía plástica moderna hace milagros y con un riesgo mínimo –dijo Perseus en tono quedo.

–Ya lo sé.

–Entonces, ¿qué es lo que te pasa? No me voy a mover hasta no tener una respuesta, aunque me cueste quedarme aquí toda la noche.

–Perseus, lo que hagas con tu cicatriz es asunto tuyo. Es natural que Sofía no la soporte; al fin y al cabo, le recuerda lo que te hizo.

Tras una breve vacilación, Sam añadió:

–Yo… iba a decirte que… no puedo imaginarte sin la cicatriz. He tenido que asistir a unas clases de escultura y, en mi opinión, las estatuas a las que los críticos de arte aclaman como las mejores del mundo, para ser realmente magníficas les falta ese pequeño defecto que las diferencie de las demás y las haga únicas.

En el momento en que esas palabras escaparon de sus labios, sintió la quietud que emanaba del cuerpo de Perseus.

Fue entonces cuando Sam se dio cuenta de que había hablado de más; prácticamente, le había dicho que, en su opinión, era físicamente perfecto.

–Me pregunto si, de no haber un contrato, serías tan valiente.

Sam contestó furiosa:

–El contrato no tiene nada que ver con nada. No hay una sola mujer en el mundo que no te encontrara atractivo, Perseus.

La tensión casi se podía cortar con un cuchillo.

–En ese caso, demuéstramelo. Olvida el contrato y demuéstrame que no te repugna esta desfiguración.

Perseus podía ser un hombre de verdad; pero durante un instante, a Sam le pareció un niño pequeño, demasiado orgulloso, que prefería morir antes que admitir el miedo a ser rechazado. Sam no tenía defensa contra eso, y se encontró acercándose a él.

Sin razonar lo que hacía, le puso una mano en el rostro y, alzándose de puntillas, le besó la cicatriz; no solo una vez, sino muchas, porque lo amaba más de lo que había creído posible amar a otro ser humano.

Un torrente de palabras griegas escapó de los labios de Perseus; después, su boca encontró la de Sam. Se fundieron, se movieron y respiraron como si fueran uno. Sam se olvidó del resto del mundo y lo besó con entrega absoluta.

Entonces, inesperadamente, el éxtasis acabó. Perseus la apartó de sí como si, de repente, hubiera recuperado el sentido común y se hubiera dado cuenta de que estaba besando a la mujer equivocada.

Echó a andar delante de ella y recogió las cosas de ambos de la arena. Sam lo siguió con un nuevo dolor en el corazón.

Sam le había demostrado que la cicatriz no le quitaba atractivo ni fuerza a su sexualidad. Pero, al demostrárselo, había puesto en marcha su propia destrucción.

Durante los días siguientes, Sam vivió para arrepentirse de aquel impulsivo gesto, no podía olvidar el mundo de felicidad sensual que Perseus le había mostrado. Y ahora, le resultaba prácticamente imposible tener una relación platónica con él cada vez que se quedaban solos.

El trabajo era su única salvación, y en esos momentos estaba supervisando a los hombres que estaban echando abono a la tierra. También había puesto un sistema de riego por aspersión y, en un par de días, se podría empezar a plantar.

–¡*Kyria* Kostopoulos, al teléfono! –gritó Ariadne desde la puerta.

Debía ser una llamada de negocios para Perseus. Le habían hecho varias, debido a que Perseus había tomado tiempo libre para ayudar a Sofía a organizar el funeral y el entierro de su padre. Durante el proceso, había insistido en que Sam lo acompañase en todo momento, desempeñando el papel de amante esposa de cara a los lugareños.

Y como ella adoraba a Perseus, le resultaba la cosa más natural representar ese papel.

–¿No puedes tomar tú el mensaje? –gritó Sam a Ariadne.

–¡Es su marido!

Perseus.

Se había marchado a Atenas aquella mañana temprano en helicóptero; supuestamente, para encargarse del trabajo retrasado. Pero Sam tenía el presentimiento de que había ido a ver al cirujano plástico. Si había optado por operarse, entonces la llamaba para informarle de que iba a quedarse en Atenas.

Esa idea la llenó de dolor.

En todos los sentidos menos en uno, Sam nunca había sido tan feliz en la vida. Cada día era como un sueño fantástico. Hacía poco menos de un mes que conocía a Perseus y él le hacía sentir una inexplicable felicidad por estar viva.

¿Cómo iba a sobrevivir una separación permanente después de vivir con él un año entero?

La respuesta era sencilla. No podía…

Por mucho que Perseus insistiese en que debía quedarse con él un año, el tiempo de luto de Sofía, Sam no podía continuar así mucho tiempo más. No podía soportar más noches paseando con él por la playa sin poder tocarlo y entregarse a él.

Perseus no tenía idea de que el cuerpo le quemaba cuando él, simplemente, la rozaba.

–¿Perseus? –dijo Sam con un esfuerzo por controlar la voz.

–Pareces falta de respiración.

–Estaba hablando con el encargado, le estaba diciendo que quiero que ponga una capa más de abono antes de que acaben la jornada.

–Intenta acabar pronto hoy. Voy a mandar el helicóptero para que vaya a recogerte.

–¿Por qué? ¿Vas a ingresar ya en el hospital?

Se hizo un breve silencio.

–No, Samantha, no voy a ingresar en el hospital. Tú me convenciste de que no me hiciera la cirugía plástica.

–¿En serio? –gritó ella atónita, y encantada de oír esas palabras–. Pero yo pensaba que…

–Como te he dicho en alguna otra ocasión, piensas demasiado –la interrumpió él con voz tierna–. He decidido que ya es hora de que salgamos una noche en Atenas. Vamos, arréglate bastante. Estaré esperando a eso de las ocho.

Sam, confusa, se mordió los labios.

–Perseus… me encantaría, pero supongo que el calor me ha afectado hoy. Después del almuerzo me ha dado dolor de cabeza y, a pesar de que he tomado unas aspirinas, no se me ha pasado completamente –mintió–. ¿Te molestaría que saliésemos otro día?

Se hizo un dramático silencio al otro extremo de la línea.

–Dadas las circunstancias, me molestaría más que no te cuidaras como debes. Estaré pronto de vuelta.

–¡No! – «no te acerques a mí esta noche»–. No hay motivo para que vengas. Quédate en Atenas y pásatelo bien, sal con alguna amiga…

«Sin duda, hay más de una mujer en Atenas que echa de menos tu compañía y estará encantada de disfrutarte unas horas».

–Me insultas al sugerir que tengo una amante –le espetó Perseus con dureza.

No solo eso, le había leído el pensamiento con terrible claridad.

–En contra de la opinión del resto del mundo, no todos los griegos son infieles a sus esposas. Estamos casados, Samantha. Hice una promesa que tengo la intención de cumplir. Espérame dentro de una hora.

La comunicación se cortó.

Capítulo 8

SAM tembló. Perseus estaba enfadado. Realmente enfadado.

Al darse cuenta de que no disponía de mucho tiempo, salió corriendo de la casa para decirle al encargado que terminara deprisa. Después, volvió a entrar para ir a darse una ducha; antes, informó a una preocupada Ariadne de que no se encontraba bien, no iba a cenar y se iba a ir directamente a la cama.

Aunque Sam no tenía dolor de cabeza cuando contestó la llamada, hablar con Perseus le había producido uno. Con un poco de suerte, un par de pastillas la ayudarían a dormirse antes de que Perseus llegara a la isla.

No podía comprender qué le había enfadado tanto. Legalmente estaban casados, pero no lo estaban realmente.

Perseus tenía todo el derecho del mundo a estar con la mujer que quisiera. Quizá en la isla tuviera que ser discreto, pero en Atenas no podía ser un problema pasar un rato con una novia. Sam no podía culparlo de que buscara consuelo femenino mientras esperaba a poder casarse con Sofía.

Pero Perseus era un hombre de honor. Durante el tiempo que permaneciesen casados, era evidente que tenía intención de ser fiel a sus votos nupciales.

Sam cerró las persianas, se tumbó en la cama boca abajo y enterró la cabeza debajo de la almohada. Con un poco de suerte, cuando Perseus llegara a casa ella ya estaría dormida.

Pero cuando oyó el ruido del motor del coche y se dio cuenta de que Perseus ya llegaba, Sam aún no se había dormido.

Desgraciadamente, era un amasijo de sentimientos contrarios. Por una parte, se alegraba de que Perseus hubiera vuelto sano y salvo a casa. Por otra, temblaba de miedo al pensar en él cerca de ella; en cualquier momento podía descubrirse y revelarle sus verdaderos sentimientos sin querer.

Oyó voces de hombres fuera de la casa. Como los obreros ya se habían marchado, las voces debían ser las de Yanni y Perseus.

Perseus debía estar comentando sobre el progreso que se había hecho en el jardín desde aquella mañana. Sam suponía que estaría contento.

Pero esa suposición fue errónea. Completamente errónea.

Momentos después de que las voces se desvaneciesen, oyó pasos en el vestíbulo; después, la puerta de su habitación se abrió y Perseus entró sin llamar primero. Pero Sam imaginó que Ariadne le habría dicho que ella se había metido en la cama hacía un rato y, por eso, había entrado sin llamar, para evitar despertarla. Y Sam pensó también que Perseus se daría media vuelta y se marcharía.

Con consternación, se dio cuenta de que Perseus volvía a cerrar la puerta antes de adentrarse en el cuarto. Luego, se detuvo al lado de la cama. Sam sintió la mano de Perseus en la mejilla que la almohada no cubría.

Perseus murmuró algo en griego y, de repente, la luz se encendió. Sam jadeó, levantó la cabeza y se encontró con un par de ojos negros furiosos.

–¡No me extraña que tengas dolor de cabeza! Te dije que te pusieras un sombrero para trabajar en el jardín. ¿Es que no te das cuenta de lo peligroso que es que te dé tanto el sol? ¡Te dejo sola un día y mira lo que te pasa!

Sam sintió su preocupación, no era fingida.

Se sentó en la cama. Le había preocupado innecesariamente con la mentira del dolor de cabeza. De haber sabido que Perseus iba a reaccionar así, jamás habría rechazado la invitación para reunirse con él en Atenas.

–No es nada, Perseus –dijo Sam intentando aplacarle–. Suelo quemarme un poco al principio del verano; después, me pongo morenísima.

–Al demonio con el moreno. No me importa lo que hayas hecho en el pasado. Mientras estés casada conmigo, te cuidarás, incluso si ello significa no trabajar más en el jardín.

Sam no podía soportar que Perseus estuviera disgustado; sobre todo, si ella era la causa. ¡Perseus era maravilloso con ella!

–Admito que ha sido una tontería estar al sol tanto tiempo sin protección. Te prometo que, de ahora en adelante, llevaré siempre sombrero.

Perseus la miró fijamente durante varios segundos, decidiendo si

podía creerla o no.

–Ariadne me ha dicho que te has acostado sin cenar. Al menos, necesitas beber algo para no deshidratarte.

Sam asintió.

–Tienes razón –en realidad, estaba muerta de hambre.

–¿Te apetece un zumo de fruta con hielo granizado?

–Me parece una maravilla. Y supongo que me quitará también el dolor de cabeza.

Los ojos de Perseus empequeñecieron, reduciéndola a un manojo de deseo que apenas podía disimular.

–Esperemos que así sea. Ahora mismo vuelvo.

Con alivio, Sam se dio cuenta de que Perseus ya estaba de mejor humor.

En nada de tiempo, Perseus regresó con una jarra de granizado de frutas en la mano. Sam tenía el presentimiento de que lo había preparado él mismo, y casi no podía contener su amor por él.

–Gracias –susurró cuando su esposo le tendió un vaso.

Sam tuvo cuido en evitar que sus manos se rozaran.

Cuando lo vio apretar los labios, no sabía si lo había ofendido.

–Bebe hasta la última gota, necesitas líquido.

Perseus se marchó antes de que ella pudiera darle las buenas noches.

Completamente despejada, Sam se recostó en la almohada y bebió. Perseus no había mencionado el trabajo en el jardín. Esa noche, tampoco iban a pasear por la playa ni a darse un baño en el mar.

Cuando terminó la deliciosa bebida, se levantó de la cama y abrió las ventanas. Se quedó contemplando las aguas del mar donde había pasado las horas más felices de su vida, con Perseus; después, se acercó a la puerta que conectaba las dos habitaciones para apagar la luz.

Justo en el momento en que le dio al interruptor y el cuarto quedó a oscuras, la puerta se abrió.

–Perseus… –jadeó Sam con voz queda cuando, de repente, lo vio cubierto con un albornoz oscuro.

Aquella imagen oscura y viril la dejó sin respiración.

–Iba a apagarte la luz. ¿Qué tal tu dolor de cabeza?

Sam no podía pensar tan cerca de él y, mucho menos, contestar.

Su poderosa virilidad era sobrecogedora, y la oscuridad parecía exagerar la tensión entre ambos. Lo único que Sam quería era esconderse. Poco a poco, comenzó a retroceder hasta deslizarse entre las sábanas de su cama.

–Vaya, parece peor de lo que pensaba –comentó él–. Date la vuelta, voy a darte un masaje en la nuca. A veces, da resultado.

–No te preocupes, Perseus, no es necesario que…

–Yo decidiré lo que necesitas y lo que no.

La autoridad de su voz la hizo callar. Sam sabía que debería haberse opuesto, pero Perseus ya se había sentado en la cama a su lado. Y cuando le retiró el cabello de la nuca, Sam se sintió incapaz de moverse.

La sensación de los dedos de él en su piel era tan mágica que temió morir de placer. Si sentía algún dolor, era el dolor del éxtasis.

–Es maravilloso –murmuró Sam, sin poder evitar un suspiro de placer.

–Es como tiene que ser.

Sam sintió un nudo en la garganta.

–Entre la bebida y el masaje, se me ha quitado el dolor de cabeza. Eres demasiado bueno conmigo, Perseus. Nunca podré pagarte lo que estás haciendo por mí.

La mano que Perseus tenía en la nuca de Sam se paralizó.

–No quiero que me pagues nada, Samantha –respondió él con voz ronca–. Eso significa deber algo por los servicios prestados. Lo que se me dé, tiene que ser por voluntad; de no ser así, no quiero nada.

Por supuesto, Perseus estaba pensando en Sofía. Cuando acabara el período de luto, estaría libre para amarlo como él merecía ser amado. Más que ninguna otra cosa en el mundo, Sam deseó poder ser esa mujer a la que Perseus quería. Desgraciadamente, el comentario de él la había vuelto a la realidad.

–Yo… ya me encuentro mucho mejor. ¿Por qué no te tumbas tú y dejas que yo te dé un masaje? Imagino que el primer día de trabajo, después de estar de vacaciones, ha debido ser duro.

–Sí, tienes razón.

Al momento, Perseus se tumbó en la cama a su lado. Sam se alegró de tener la oportunidad de ser ella quien esta vez hiciera algo por él.

–¿Tu oficina de Atenas es tan impresionante como la de Nueva York? ¿Tienes aquí otra señora Athas?

–Lo es y sí tengo otra señora Athas –murmuró Perseus con voz profunda y grave, como si estuviera drogado por el masaje que Sam le estaba administrando.

Los músculos de Perseus estaban muy tensos y rígidos, necesitaba relajarse.

–Perseus, relájate, voy a darte un masaje completo en la espalda. Cuando mi madre cayó enferma, solía darle uno todas las noches.

–¿Qué hay de tu dolor de cabeza?

–Ya te he dicho que se me ha quitado. Esto es un regalo, y es gratis.

–Entonces, acepto –la grave risa de él llegó al corazón de Sam.

Sam pensó que Perseus se beneficiaría más del masaje si se quitaba el albornoz, pero no se lo había quitado y ella no estaba dispuesta a sugerirle que lo hiciera.

–Esto es maravilloso –murmuró él al cabo de unos minutos–. No pares, continúa.

–Voy a continuar, no te preocupes –respondió ella fervientemente.

Pero al cabo de diez minutos, Perseus estaba emitiendo los sonidos de una persona dormida. El pobre estaba agotado, tanto física como emocionalmente.

Sam empezó a levantarse de la cama cuando una fuerte mano le agarró el brazo, impidiéndoselo.

–No me dejes –murmuró él–. No quiero estar solo esta noche, Sam.

Antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, el cuerpo de Perseus cubría a medias el suyo.

–Demuéstrame una vez más que no te repugna mi cicatriz –le rogó él con voz ronca.

Aunque Sam se había prometido a sí misma no repetir la experiencia, no pudo contenerse y le ofreció su boca. Y durante unos minutos no le importo que Perseus pudiera estar imaginando que ella era Sofía, porque la fuerza de su pasión había derrumbado las defensas de Sam.

–Perseus… –gritó ella indefensa, cuando sus besos se tomaron más frenéticos y apasionados.

Al oír a una mujer gritar su nombre, Perseus debió darse cuenta de que le estaba haciendo el amor a la mujer equivocada. Antes de que Sam, pudiera evitarlo, Perseus se apartó de ella y se levanto de la cama respirando trabajosamente.

–Tu actuación ha sido excelente. No temas, no volveré a pedirte que me demuestres eso.

Al instante siguiente, Perseus desapareció.

Sam se quedó allí, en la cama, como un animal herido, respirando el aroma que Perseus había dejado en sus sábanas hasta quedarse dormida.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, eran las diez y cuarto y la luz del sol inundaba la habitación. En ese momento, el recuerdo de lo ocurrido la noche anterior la invadió.

Saltó de la cama para ir a ver si Perseus aún seguía dormido en la suya. Pero cuando asomó la cabeza por la puerta, vio que la cama estaba deshecha y no había rastro de él. Se había marchado sin despertarla.

¿Se habría ido a trabajar?

Sam se vistió rápidamente con unos pantalones cortos y una camiseta. Después de calzarse unas sandalias, salió y dio un rodeo a la casa corriendo con la esperanza de verlo.

Los obreros estaban preparando los lechos para plantar flores y la saludaron. Ella les devolvió el saludo, pero su frustración aumentó al no ver a Perseus por ninguna parte.

Al volver atrás, casi se chocó con Ariadne, que acababa de entrar en el vestíbulo.

–¿Ha visto a Perseus? –preguntó Sam con la respiración entrecortada.

–Sí. Se levantó temprano y se fue a Atenas. Me pidió que le dijera que lo llamara cuando se levantara.

Sam nunca le había llamado a Atenas.

–¿Tiene el número de teléfono?

–Sí, *Kyria* Kostopoulos. Acompáñeme al estudio.

Sam siguió al ama de llaves hasta la habitación donde Perseus atendía sus negocios cuando no estaba en la oficina. Había un escritorio grande de madera de caoba, montones de estanterías llenas de libros, una máquina de fax, una fotocopiadora, un ordenador y una impresora. Todo lo que podía necesitar.

–Aquí lo tiene.

–Gracias, Ariadne –dijo Sam mientras la otra mujer salía de la habitación.

Cuando se quedó sola, descolgó el auricular y marcó el número que Ariadne le había anotado en un papel. La secretaria contestó en griego.

Sam le preguntó si hablaba inglés y, al instante, la secretaria respondió en un perfecto inglés.

–*Kyria* Kostopoulos, espere un momento, enseguida la pongo con su esposo.

–Gracias.

Por mucho que la gente se refiriese a él como a su marido, Sam no podía acostumbrarse a ello porque, en realidad, Perseus no era su esposo. De serlo, habría pasado la noche anterior con ella en la misma cama… y todas las demás noches durante el resto de sus vidas.

–Samantha, ¿ya estás levantada?

Perseus parecía lleno de vida, como si se sintiera bien. Al parecer, había olvidado el pequeño error de la noche anterior, destruyendo la esperanza de Sam de que le hubiera afectado tanto como a ella.

–¿Por qué… no me has despertado esta mañana? –preguntó Sam.

–Porque esta mañana el encargado me ha dicho que ayer trabajaste más que cualquiera de los de su equipo. Ese debía ser el motivo por el que te sentiste mal. Ha dicho que necesitas descansar y yo estoy de acuerdo con él. ¿Cómo te encuentras? ¿No te duele la cabeza?

–Me encuentro bien y no me duele la cabeza.

–Me alegra oírlo, ya que voy a repetir la invitación que te hice ayer a que vengas a Atenas a cenar y a bailar esta noche. Quiero que pases el día entero descansando y poniéndote guapa. El helicóptero irá a recogerte a las siete. Ya le he dado instrucciones a Yanni para que te lleve a Livadi.

–Estaré lista.

–No volveremos a la isla hasta mañana por la noche, así que prepara una bolsa con lo que necesites.

–¿Dónde vamos a estar? ¿En el apartamento?

–Es una sorpresa. Hasta esta noche –murmuró Perseus.

Sam no debía estar tan entusiasmada, pero no pudo evitarlo.

Miró el reloj, las diez y media de la mañana. Como tenía la sospecha de que Perseus se enfadaría si se enteraba de que había estado trabajando en el jardín, se negó a arriesgarse a enfadarlo un segundo día consecutivo.

Decidió tomar prestado el sedán que había en el garaje y conducir hasta Hora, el precioso pueblo que Perseus le había dicho que tenía un castillo veneciano.

Almorzaría en una taberna antes de conducir a Galani. Al parecer, había un monasterio fortaleza cerca de ese pueblo con unos exquisitos frescos e importantes manuscritos.

Y luego, antes de volver a la casa, aún le daría tiempo para ir a Livadi y echar un vistazo a la cerámica local. Hacía solo dos días, Perseus le había recordado que, tan pronto como el jardín estuviera acabado, le presentaría al encargado de la planta textil que tenía allí. En el momento en que quisiera, podría empezar a trabajar en lo que más le gustaba.

Con Perseus entre Nueva York y Atenas, ella intentaría pasar todo el tiempo posible trabajando en la planta; así, no tendrían mucho tiempo para estar juntos. ¡Cuanto menos, mejor! Quizá en esas condiciones podría soportar pasar allí el tiempo que le quedaba hasta que acabara el período de luto de Sofía.

Con más ánimo, Sam se preparó para salir. Consciente de que siendo la esposa de Perseus podía ser víctima de los fotógrafos en cualquier momento, se puso unos pantalones blancos de algodón, que cualquier turista podía llevar, y una camisa verde también de algodón.

Se recogió el pelo en un moño, se puso unas gafas de sol y unos zapatos cómodos, y le informó a Ariadne de que se marchaba.

Como concesión a su esposo, se puso un sombrero de paja que él le había comprado para trabajar en el jardín.

Como ya conocía a Perseus, le dejó su itinerario al ama de llaves por si, por algún motivo inesperado, la llamaba y quería saber dónde estaba.

La excursión empezó bien. Equipada con un mapa que Ariadne le había dado, Sam llegó hasta el pueblo con el castillo veneciano, un lugar adorable de casas cúbicas organizadas al estilo de la isla,

una delicia para el ojo de un artista.

La comida en la taberna cerca del castillo fue igualmente deliciosa.

Satisfecha con la comida, condujo hasta Galani, donde los tesoros del monasterio la dejaron maravillada.

Sin embargo, cuando llegó a Livadi, ya estaba ansiosa por reunirse con Perseus.

Con prisa, compró unos artículos de aseo que necesitaba y salió de la tienda con la intención de volver al coche sin que le sacaran ninguna fotografía.

No soportaba que la siguieran. En los otros pueblos no la habían molestado; sin embargo, ahí, en Livadi, la gente la reconocía e intentaba fotografiarla

Un hombre rubio muy bronceado de mediana estatura y en buena forma física, de unos cincuenta y tantos años, la había seguido desde que había entrado en la tienda.

Furiosa con él, salió apresuradamente con la esperanza de perderlo. Al doblar la esquina donde había dejado el coche, se le cayó el sombrero. Se agachó para recogerlo y fue entonces cuando le oyó decir:

–¿Samantha Telford? ¿Es usted Samantha Telford?

Era americano. Y la había llamado por su nombre de soltera. Pero si era periodista o fotógrafo, era natural que lo supiera. Sam continuó andando y, brevemente, volvió la cabeza. El hombre también llevaba gafas de sol.

–¿Lo conozco? –le espetó ella.

–No.

La única palabra que él pronunció la sorprendió.

–En ese caso, no tengo nada que decirle.

Sin más, Sam corrió hacia su coche y abrió la puerta. Él estaba a sus espaldas.

–Te equivocas. Yo sí tengo mucho que decirte, aunque no sé por dónde empezar. Me temo que vas a tener que ayudarme. Soy tu padre, Jules Gregory.

Sam se quedó helada.

¿Qué hacía allí, si vivía en Sicilia?

¿Cómo podía darse la coincidencia de que fuera a Serifos al mismo tiempo que ella, y que diera la casualidad de que entrara en

la misma tienda?

Cuanto más pensaba en ello, más ilógico le parecía que él estuviera allí, en Grecia.

Por lo que sabía, su padre nunca había intentado ponerse en contacto con ella ni con su madre. Entonces, ¿por qué ahora?

La única explicación que encontró fue que alguien le había dicho que ella estaba allí, y ese alguien tenía que saber que eran padre e hija. Pero… ¿quién? Nadie conocía su parentesco con Jules Gregory… excepto Perseus.

Los latidos de su corazón se aceleraron peligrosamente.

¡Jamás habría imaginado semejante traición por parte de Perseus!

Si Perseus había hecho una cosa así, y era casi seguro, Sam creía comprender sus motivos: él había pasado veinte años buscando a Sofía, y suponía que Sam había hecho otro tanto respecto a su padre.

Solo un hombre como él podía hacer que Jules Gregory dejara lo que estuviera haciendo en Sicilia y fuera a Grecia a anunciar su paternidad después de veinticuatro años de silencio.

¿Qué le había ofrecido Perseus a su padre para convencerlo de que fuera a ver a la hija que jamás había querido conocer?

¿Le había prometido una galería en una de las ciudades más importantes de Europa o de Estados Unidos? ¿Qué precio había pagado para comprarlo?

Con un dolor demasiado profundo para provocar lágrimas, Sam se dio media vuelta y miró a su padre.

–Lo siento, señor, pero mi madre me enseñó a no hablar con desconocidos.

Al instante siguiente, Sam se encontró sentada al volante del coche. Tuvo que reconocer que su padre no intentó detenerla.

Realizó el trayecto de vuelta a la casa sin fijarse en el paisaje. Por extraño que pareciese, sentía una gran calma. Agonizante, se había preguntado cómo iba a poder soportar pasar los siguientes once meses viviendo en la misma casa que Perseus y sin poder amarlo. Ahora, su agonía había acabado.

Perseus había roto mucho más que su parte en el contrato; como respuesta, ella iba a romper con la suya.

Iba a marcharse de Grecia, pero antes necesitaba el pasaporte, y

tenía el presentimiento de que estaba guardado en la caja fuerte de la oficina de Perseus en Atenas. Cuando fuera allí esa noche, se enfrentaría a él y lo recuperaría. Y si Perseus se atrevía a negarse a dárselo, entonces ella lo amenazaría con contárselo todo a Sofía. Y por si la amenaza no funcionara, le informaría que ya era demasiado tarde, que había dejado un mensaje para Sofía que Yanni no debía llevarle más tarde de las diez de la noche.

Sam podía contar con Sofía. Tan pronto como esta se enterase de que ella había sido contratada como esposa temporal con el fin de proporcionar una excusa conveniente hasta que su período de luto acabara, Sofía haría todo lo que estuviera en sus manos por devolverle el pasaporte. El plan de Sam era perfecto.

Pero de una cosa estaba segura, de que Perseus nunca hacía nada sin cubrirse las espaldas antes.

Y ella tampoco. Ya no.

Capítulo 9

SAM llegó a la casa diez minutos más tarde. Los obreros ya se habían ido. Los lechos para las flores estaban preparados.

De ahí en adelante, ese sería el trabajo de Sofía.

Con un sufrimiento insoportable, Sam corrió a la casa.

–*Kyria* Kostopoulos…

Miró al ama de llaves sabiendo lo que iba a decirle.

–Su padre ha venido y le he dado el itinerario que iba a hacer. Me dijo que, si no la encontraba, lo llamara a este teléfono.

Vaya, resultaba que el ama de llaves había participado en el plan de Perseus.

Ariadne le dio un papel con un teléfono, un papel muy similar al que había cambiado por completo la vida de Sam.

–Está en el hotel Delphi, en Livadi.

–Gracias –murmuró Sam con amargura–. ¿Ha llamado mi marido?

–No, *Kyria*. Yanni me ha pedido que le diga que la llevará al heliodromo a las seis y media.

–Excelente. Estaré lista. Ah, Ariadne, si llaman por teléfono, yo contestaré. ¿Por qué no se toman usted y María el resto del día libre? Mi marido y yo vamos a cenar en Atenas y no volveremos hasta mañana por la tarde.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro del ama de llaves.

–*Efcharisto, Kyria*.

Lo primero que Sam hizo fue ir al estudio a escribir una carta a Sofía. Cuando acabó, se dio una ducha, se lavó el pelo y se arregló. No quería que Perseus sospechara nada… hasta que llegara el momento de actuar.

Iba a llevarse dos cosas a Atenas: el bolso, con setecientos dólares en *drachmas*, el dinero suficiente para un billete de avión a Estados Unidos. Y una bolsa con artículos de baño, ropa interior limpia, camisón y el mismo traje que había llevado ese día. Todo lo demás lo dejaba en la isla.

Lo poco que poseía estaba en un almacén en Nueva York. Ahí era donde su vida había comenzado y ahí llegaría a su fin.

Antes casi de darse cuenta del tiempo que había transcurrido, Yanni apareció para llevarla a Livadi.

–¿Yanni? Mi marido ha dejado esta carta para Sofía Leonidas en su escritorio. Quería dársela, pero ha debido olvidársele. Cuando yo llegue a Atenas, le preguntaré si quiere que se la entreguen a Sofía Leonidas en mano. Si no le hemos llamado antes de las diez de la noche, Yanni, ¿tendría la amabilidad de llevársela y entregársela en mano?

–Sí, por supuesto –respondió Yanni metiéndose la carta en el bolsillo de la camisa.

Hasta el momento, el plan estaba saliendo bien.

Pero el viaje en helicóptero a Antenas fue otra cosa. Cuando el sonriente piloto se preparó para aterrizar en el ático del edificio de oficinas de Perseus, Sam cerró los ojos, incapaz de ver cómo la tierra parecía querer tragárselos.

–Cariño… –le oyó decir a Perseus antes de que él la sacara del helicóptero–. Estaba esperándote.

¿Cómo podía fingir tan bien la ronquera en la voz? Era el mejor actor que conocía. Podía hacer que le brillaran los ojos de pasión antes de apoderarse de los labios de ella con los suyos.

Desde luego, el piloto debía estar convencido de que estaban locamente enamorados, deseando encontrar un lugar íntimo en el que poder dar rienda suelta a su amor.

Incluso a Sam le chocó el ardor de Perseus, que prácticamente la estaba devorando. Si no paraba pronto, ella iba a hacer algo imperdonable, ceder al deseo que la estaba comiendo viva.

Aunque sabía que Perseus era un traidor, su cuerpo no parecía comprender nada que no fuera el deseo que sentía por ese hombre.

De repente, Sam recobró el sentido común y se apartó de Perseus antes de que este estuviera preparado. Después, susurrando, le dijo:

–Lo siento, pero necesito ir al baño. El helicóptero…

–No digas más –murmuró él con voz llena de humor.

Después de darle otro beso en los hinchados labios, Perseus le puso una mano en el codo y la ayudó a bajar unos escalones. Atravesaron una puerta de seguridad y, a continuación, entraron en

un pasillo.

–Mi suite está siguiendo el corredor. El aseo de mujeres está ahí.

Sam le dio las gracias y después se dirigió hacia la puerta de la izquierda. En el momento en que se encontró sola, respiró profundamente.

Cuando no estaba con él, podía pensar. Pero en los brazos de Perseus, había estado a punto de perder el respeto que se debía a sí misma, la identidad, el orgullo…

Después de hacer unas respiraciones hondas para calmarse, se retocó el carmín de labios, salió del baño y recorrió el pasillo hasta encontrar a Perseus hablando con el piloto. Al parecer, Perseus le estaba dando unas instrucciones porque el otro hombre, con frecuencia, asentía con la cabeza.

Por fin, el piloto se marchó y Perseus se volvió a ella.

–¿Quieres ver mi oficina antes de que salgamos a cenar?

Sam asintió con la cabeza y contestó:

–Sí. Pero lo que más me interesa ver es tu caja fuerte.

La bella cabeza de Perseus giró antes de que él lanzara una sonora carcajada. Al parecer, ella había dicho algo totalmente inesperado.

–Ya que parece interesarte tanto, te dejaría incluso meterte dentro… si tuviera una caja fuerte.

Alarmada, Sam agrandó los ojos.

–¿Quieres decir que no tienes una caja fuerte?

–No. Lo que tengo de valor lo tengo depositado en una caja en el banco.

Descorazonada, Sam volvió la cabeza, fingiendo interés en el mobiliario, que seguía el estilo griego. Era sábado por la noche.

–¿Puedes acceder a la caja del banco durante el fin de semana?

Perseus avanzó un paso hacia ella, intrigado.

–Por supuesto. ¿A qué viene ese interés? ¿Tienes algo de valor que quieres que guarde?

Sam lo maldijo por fingir no saber qué había ocurrido ese día. ¡Su intromisión había hecho que se diera de bruces con su padre!

Sam respiró profundamente.

–En realidad, Perseus, lo que quiero es que saques algo de la caja.

Él arqueó una ceja.

–Debes saber algo sobre el contenido que yo no sé. Estás muy misteriosa esta noche, *Kyria* Kostopoulos.

Completamente decidida a seguir adelante con su plan, Sam le espetó:

–Y tú te comportas como siempre, como un invencible dios del Olimpo. Tu atractiva máscara está en su sitio. No veo ningún rastro de traición en ese semblante que me indique que eres capaz de cometer un error como el resto de nosotros, los mortales, que intentamos solucionar nuestros propios asuntos sin entrometernos en los de los demás.

Perseus no se movió, no dijo nada. Pero al instante, algo frío y duro emanó de él, cambiándolo drásticamente.

–Tus insinuaciones han hecho mella. ¿Vas a decirme por qué, de repente, me has condenado? –preguntó Perseus con mortal calma–. ¿O esperas que adivine el motivo por el que tu lengua se ha transformado en un arma letal?

Las mejillas de Sam se encendieron.

–¡Juega todo lo que quieras, pero no conmigo! Sabes de lo que estoy hablando, así que no hay razón para que te lo diga. Quiero que me devuelvas mi pasaporte.

Perseus se la quedó mirando durante interminables momentos.

–Así que creías que lo tenía en mi supuesta caja fuerte…

–O en la caja del banco, lo mismo me da.

–¿Has pensado hacer un viaje a alguna parte?

–No un viaje, no. Me vuelvo a Nueva York.

–¿A visitar a tus amigos?

–¡A vivir allí el resto de mi vida!

–Eres libre para hacerlo… dentro de un poco menos de un año.

Ella le dedicó una sonrisa desdeñosa.

–Así iba a ser. Pero tú has hecho algo que anula nuestro contrato, así que quiero marcharme.

Perseus se plantó las manos en las caderas, atrayendo la atención de Sam al traje color marrón que llevaba para salir esa noche. La seda del traje revelaba los duros músculos de sus muslos, y la preciosa americana le colgaba con suma gracia de los anchos hombros.

–Si me lo hubieras preguntado, te habría dicho que tu pasaporte está en el cajón superior de la derecha del escritorio de mi estudio,

en casa.

A Sam se le encogió el corazón.

–Si la falta que supuestamente he cometido es realmente tan grave como tú opinas que es, es posible que te deje marchar… siempre y cuando me expliques el motivo de tu enojo.

–La crueldad parece ser una de tus menos admirables características; pero en fin, supongo que ningún hombre puede llegar tan alto como tú sin actuar con bajeza de vez en cuando.

–Ten cuidado con lo que dices, *Kyria* –le advirtió él al límite de su paciencia.

–Y si no, ¿qué? –le desafió ella–. ¿Vas a encerrarme en un convento en Turquía? ¿Es que no hay un hombre en el mundo en el que una mujer pueda confiar?

–Nadie me habla así, ni siquiera tú.

–Pues acabo de hacerlo. Y si quieres una explicación, todo está explicado perfectamente en la carta de Sofía.

El rostro de Perseus ensombreció.

–¿Qué carta? –preguntó él violentamente.

–La que Yanni va a entregarle personalmente si yo no he recuperado mi pasaporte antes de las diez de la noche.

A Sam no le dio tiempo ni a respirar antes de que Perseus agarrara el teléfono móvil y empezara a apretar teclas.

Sam tragó saliva cuando vio la peligrosa mirada oscura de Perseus desafiándola a dar un solo paso en dirección a la puerta de su suite.

Perseus cubrió el micrófono con la mano.

–Son las nueve y media. ¿Quieres que le pida a Yanni que abra el sobre y me lea la carta y, por consiguiente, exponga nuestras vidas al público, causando aún más dolor a Sofía? –preguntó Perseus en tono mortal–. ¿O quieres ser tú quien haga los honores? Yo te estoy dando a elegir, algo que tú no has hecho conmigo.

Las palabras de Perseus la hirieron en lo más profundo. Sam lanzó un gruñido al pensar en el daño que esa carta podía causar si llegaba a manos de la prensa. Después de unos segundos…

–Creía que mi plan era infalible, pero no debería haber olvidado que me estaba enfrentando a uno de los genios reconocidos del mundo.

Odió el brillo triunfal que vio en las oscuras profundidades de

los ojos de Perseus.

–Bien, me alegro de que hayas decidido cooperar.

–Dile a Yanni que he cometido un error y que no la lleve.

Perseus dijo algo en su lengua nativa y después volvió a meterse el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta. A continuación, cruzó los brazos y se sentó en un borde de su escritorio.

–Estoy esperando una explicación, *Kyria*.

–¿Niegas que querías reunirme con mi padre?

–No –respondió él con tal honestidad y rapidez que, de momento, Sam se quedó desconcertada.

–¿A pesar de que te dije que no quería hablar ni pensar en él nunca más? –para entonces, a Sam le temblaba todo el cuerpo.

–A pesar de eso –respondió él sin remordimiento–. A veces, las cosas no son lo que parecen… como los dos descubrimos en lo que a Sofía se refería.

Los ojos de Sam se llenaron de lágrimas.

–No se te ocurra comparar la experiencia de Sofía con la mía. Yo tenía una madre que me dijo todo lo que necesitaba saber sobre mi padre biológico.

Una expresión sombría enturbió los ojos de Perseus.

–Algunas veces, los padres ven solo la verdad que quieren ver.

Sam alzó la barbilla.

–La verdad de mi madre era la «verdad».

Perseus enderezó los hombros, clavándola con la mirada.

–¿Estás absolutamente segura de eso? Yo, implícitamente, creía en mi madre. Pero eso no cambia el hecho de que nunca me dijera que el padre de Sofía la quería desde siempre, y mucho menos que le hubiera pedido el matrimonio antes que mi padre.

El rostro de Perseus ensombreció antes de añadir:

–Esa mentira de omisión me causó mucho sufrimiento, porque nunca comprendí el resentimiento que mi padrastro me tenía. Al final, eso cambió mi destino y el de Sofía.

Por mucho que intentara lo contrario, Sam no pudo despreciar esa lógica.

–Desgraciadamente, mi madre no vive para poder preguntarle –declaró ella con voz temblorosa.

–Cierto. Pero hay otra persona que sí vive; de hecho, la única persona que podría aclararlo todo.

–¡No! –gritó Sam angustiada–. ¿Es que no lo comprendes? Tú, que el otro día me dijiste que un regalo, o se daba libremente, o no se daba.

–Sí, es verdad que lo dije.

Sam, muy a su pesar, no pudo evitar que se le empañaran los ojos.

–¡Si mi padre hubiera querido que yo formara parte de su vida, no habría tenido que soportar que un perfecto desconocido se me acercara y me anunciara que era Jules Gregory, mi padre!

En el momento en que sintió los poderosos brazos de Perseus alrededor de su cuerpo, rompió en sollozos. Profundos y penosos sollozos. Ahora empezaba a sentir de verdad el impacto de haber visto a su padre por primera vez en la vida.

–¿Ha ido a la casa? –preguntó Perseus en un susurro, con voz preocupada.

–No. Me siguió al salir de una droguería en Livadi. ¿Por qué lo has hecho, Perseus? ¿Por qué lo has buscado y lo has traído aquí? No lo necesito. Para mí, siempre ha estado muerto. ¿Es que no pensaste en lo que me iba a afectar conocerlo en persona? –gritó Sam enfadada, apartándose de él.

Perseus no la siguió. Se quedó donde estaba con expresión solemne.

–Si es eso lo que quieres, Sam, haré lo que sea necesario para asegurarme de que nunca vuelva a molestarte.

Sam alzó la barbilla.

–Si hablas en serio, entonces permitirás que me vaya a Nueva York esta noche.

–Te libero del contrato… con dos condiciones.

–¡No! –Sam sacudió la cabeza con violencia–. No quiero volver a ver a mi padre, ni siquiera por ti.

Al momento, Sam se dio cuenta de que había puesto de manifiesto sus sentimientos por él.

–No tiene nada que ver con tu padre, sino conmigo.

Sam se tapó el rostro con las manos.

–¿De qué estás hablando?

–Esta noche tenía intención de llevarte a bailar. Sin embargo, creo que podemos olvidarnos de eso y limitarnos a disfrutar la sorpresa que te tenía reservada para después.

–¿Sorpresa?

–Sí. He aprovisionado el velero para pasar la noche navegando. Todavía no has estado en ninguna de las otras islas. Mañana, tenía pensado pasar por algunas durante el trayecto de vuelta a Serifos.

En otras circunstancias, a Sam le había parecido maravilloso. En aquel momento, un gemido escapó de sus labios.

–Si te avienes a mi plan, una vez que volvamos a Serifos te daré el pasaporte y podrás volver a Estados Unidos inmediatamente.

Perseus estaba siendo demasiado razonable.

–¿Cuál es la otra condición? –preguntó ella con el corazón destrozado.

–Que vivas conmigo en Nueva York como mi esposa hasta que el período de espera llegue a su fin. El acuerdo seguirá siendo el mismo. Podrás trabajar en la planta de Nueva York. Tendrás libertad para ver a tus amigos y para hacer todas las cosas que has estado echando de menos. Y, lo más importante, un océano te separará de tu padre.

El último comentario la hizo alzar la cabeza.

Por muy enfadada que estuviera porque Perseus hubiera interferido en un asunto que no le concernía, no podía dudar de su sinceridad.

Y si era honesta consigo misma, tenía que admitir que, en lo más profundo de su ser, lo amaba incluso más por el hecho de que hubiera intentado acercarlos a ella y a su padre. Pero como su plan había fracasado, ahora estaba haciendo todo lo posible por arreglar la situación.

Vivir con él en Nueva York, con los cientos de distracciones de esa ciudad, no sería tan difícil como en Serifos. Y había otra cosa que Sam tenía que admitir, que no podía soportar la idea de que; en su presencia, Perseus constantemente se tropezara con Sofía en la calle.

No. Si seguía con él, la única forma de que fuera soportable era vivir en Estados Unidos. Al menos, en Nueva York, contaría con sus amigos y trataría de recuperar la vida que había llevado antes de que un hombre llamado Perseus se apoderara de su corazón.

El problema era que ningún otro hombre podría comparársele nunca. Perseus era un mito, y por eso precisamente era por lo que Sam necesitaba volver a la realidad lo antes posible.

–Acepto –declaró Sam por fin.

–Pero no olvides que no volveré a permitir que faltes a tu palabra.

–No volverá a ocurrir –contestó ella enfáticamente, trazando un nuevo plan para sí misma.

Ya que jamás encontraría otro hombre como él, al menos se labraría un futuro. Trabajaría día y noche para conseguirlo, justo lo que necesitaba para exorcizar a Perseus de su consciencia.

–Entonces, de acuerdo. Y ahora que ya hemos acabado con los negocios… ¿qué te parece si cenamos?

Perseus se sacó el teléfono móvil, lo más probable para decirle al piloto que estaban listos para salir.

–Cuanto antes vayamos al Pireo, antes estaremos en el mar. Esta noche me apetece muchísimo cenar bajo la luna y las estrellas.

Nada podía ser tan romántico. Pero Sam no podía dejar de pensar en Perseus y Sofía juntos. Antaño, había navegado hasta Delos para jurarse amor eterno.

Capítulo 10

VESTIDA con la misma ropa que había llevado el día anterior, Sam salió del inmaculado interior del velero para ayudar a amarrar las cuerdas en el muelle. Bajo la tutela de Perseus, estaba aprendiendo rápidamente. En el fondo, le habría gustado poder seguir navegando eternamente.

Mientras ataba las amarras, de repente, Perseus le lanzó una espontánea sonrisa. Con sus oscuros cabellos atractivamente desordenados y la piel bronceada, parecía diez años más joven. Unas horas antes, Sam le había hecho un dibujo. Sería su más preciado tesoro.

–*Kyria* Kostopoulos –dijo él sacándola de su ensimismamiento, con una voz alegre para ser un hombre que debía tener el corazón destrozado–, hoy has hecho que tu marido se enorgullezca de ti. Ahora, te mereces un descanso. Mientras yo recojo el equipaje y demás, tú ve adelantándote. Yanni debe estar esperándonos al final del muelle.

¿Se había cansado Perseus de ella? Ahora que habían regresado a Serifos, ¿quería estar a solas porque sabía que Sofía estaba cerca?

–¿Quieres decir que no me vas a hacer fregar la cubierta? –bromeó Sam, encubriendo su tristeza, no soportando la idea de estar separada de él aunque fuera solo durante unos minutos.

–Eso lo dejo para la lección número dos –respondió él alegremente.

Sam hizo lo que él había sugerido, perfectamente consciente de que nunca habría una segunda lección.

Mientras se abría paso a través del tráfico a lo largo del muelle, casi no se fijó en el sinfín de veleros y yates de todos tipos y tamaños anclados en la bahía.

–*Signomi* –dijo ella disculpándose cuando estuvo a punto de chocarse con alguien.

–¿Samantha?

Se quedó boquiabierta al reconocer esa voz. De nuevo, se

encontró frente a frente con su padre.

¿Otra de las estratagemas de Perseus? Solo había necesitado el teléfono móvil: «Le entregaré a su hija a las cinco en punto. El resto es asunto suyo».

Mientras, haciendo acopio de todas sus fuerzas, intentaba mantener la compostura y superar aquella segunda traición de Perseus, su padre tomó nota mentalmente de su rostro y sus cabellos.

El día anterior, los dos llevaban gafas de sol, pero ahora nada enmascaraba sus ojos. Aunque le costaba admitirlo, Sam reconoció que su padre era un hombre extraordinariamente atractivo. La única foto que había visto de él era en una revista; en la foto, salía con sombrero y gafas de sol, y la foto no era muy buena.

A pesar suyo, la fascinó descubrir que los ojos de su padre eran de la misma forma y del mismo color que los suyos. Sus bocas también tenían los mismos rasgos, y el cabello también era parecido. Los genes eran prueba indiscutible de la relación padre e hija.

–Siento que el erróneo valor que Perseus le da a la familia te haya hecho venir desde Sicilia para nada. Hasta la fecha, he sobrevivido sin un padre, así que ahora tampoco lo necesito.

Hubo una breve pausa antes de que su padre contestara:

–Tu marido no es responsable de mi presencia aquí –dijo Jules Gregory despacio–. La verdad es que yo también he vivido bien sin una hija todos estos años… es decir, hasta que vi una foto tuya y de tu ilustre esposo en un periódico local de Sicilia. Hace unos años, cuando él era más joven, me compró un cuadro de tu madre.

Sam asintió sobriamente.

–Sí, lo sé.

Jules apretó los labios.

–El artículo del periódico decía que eras Samantha Telford, que acababas de casarte en Nueva York, y que habías venido a vivir a una villa en Serifos.

La mirada de su padre mostró más compasión de la que a Sam le habría gustado.

–Telford era el apellido de tu abuelo. Pero aunque el nombre no hubiera sido más que una mera coincidencia, los genes no mienten. Me quedé contemplando tu foto durante horas, imposible negar el

parecido con tu madre –la voz de Jules tembló–. Anna, una mujer que durante los últimos años ha llegado a significar mucho para mí, se mostró de acuerdo conmigo. La verdad es que me aterrorizaba la idea de que, si descubría que eras realmente hija mía, no quisieras saber nada de mí. No estaba seguro de poder soportarlo.

Jules Gregory hizo una pausa, tomó aliento y continuó:

–Después de varios días de vacilación, me di cuenta de que no podría vivir en paz conmigo mismo hasta no venir a Serifos y conocerte en persona. Tu ama de llaves me dijo dónde podría encontrarte. Ayer, cuando te vi, supe con seguridad que eras mi hija –la última frase la pronunció con voz ronca.

Sam no podía asimilarlo todo. Perseus no había tenido nada que ver con la llegada de su padre a la isla. De repente, sintió como si le quitaran un enorme peso; sin embargo, al momento fue reemplazado por un sentimiento de culpa debido a las falsas acusaciones que le había lanzado.

–Yo… siento haber sido tan brusca contigo ayer.

–Es perfectamente comprensible. Pero estaba dispuesto a arriesgarme a lo que fuera con tal de descubrir si eras realmente mi hija.

De nuevo, Sam pensó que su padre había ido allí sin la ayuda de Perseus. Y Perseus la había dejado insultarlo sin decir una sola palabra en defensa propia. ¿Qué había hecho ella?

–Nunca dejé de amar a tu madre, ni siquiera cuando se negó a casarse conmigo o a contestar a mis llamadas telefónicas o a responder a mis cartas cuando me marché de Cheyenne.

¿Cheyenne? ¿Su padre había estado en Cheyenne? ¿Cuándo?

–Pero no sé si lograré perdonarle alguna vez que mantuviera tu existencia en secreto.

En secreto…

Sam casi no podía respirar. ¿Tendría Perseus razón? ¿Era parcial la verdad de su madre?

–¿Tú… no sabías que yo existía?

–No.

En esa palabra, Sam oyó un mundo entero de significado. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su padre no estaba mintiendo.

–Una cosa diré en su defensa: que, entre los dos, creamos una

verdadera obra maestra.

Sam se mordió los labios, sobrecogida por el halago de su padre.

–Gracias –susurró ella por fin envuelta en una vorágine de sentimientos y emociones.

Entonces, una expresión de dolor cruzó las facciones de su padre.

–¿Cómo está tu madre?

Sam tragó saliva.

–Murió el año pasado.

Los ojos de su padre se empañaron. Fuera lo que fuese lo que había habido entre sus padres, era evidente que él había sufrido también.

–Aquí hace mucho calor, ¿por qué no nos vamos a casa a hablar? –dijo Perseus, que acababa de acercarse a ellos.

Los dos hombres se saludaron y se estrecharon la mano.

–Cuánto tiempo… señor Gregory.

–Llámame Jules.

Entonces, Jules se volvió a su hija.

–¿Te parece bien, Samantha? Si no, me marcharé y no volveré a molestarte nunca más.

–¡No! –gritó ella espontáneamente–. Necesito saber por qué mi madre hizo lo que hizo, por qué te alejó de sí. Quiero conocer a mi padre.

Sam tragó saliva antes de continuar:

–Durante años, te he odiado porque creía que tú no me querías. Me enteré de que vivías en Sicilia y me dije a mí misma que no me importaba. Pero sé que mi odio era un mecanismo de defensa para evitar no ir en tu busca… por miedo a que me rechazaras. Por favor, no te vayas –le rogó Sam.

–Gracias a Dios que me has dicho eso.

Y Sam vio llorar a su padre. Fue demasiado para ella. Cuando Jules le abrió los brazos, Sam no vaciló y se abrazó a él.

–Es increíble –murmuró Jules–. Tengo una niña… Bueno, ahora es una preciosa mujer.

Sam no podía hablar, ella también estaba llorando.

–¿Tienes coche, Jules?

Jules tuvo que aclararse la garganta varias veces antes de contestar a Perseus.

–Sí, he alquilado uno. Está en el Athenian, donde estoy alojado –al momento, miró a Sam–. Aunque me va a costar un esfuerzo dejarte, será mejor que te adelantes a tu casa con tu marido. Yo iré después de darme una ducha. Llevaba esperándote todo el día y necesito arreglarme un poco.

–¿Todo el día?

La sonrisa era uno de los mayores encantos de su padre.

–El ama de llaves de tu casa me ha dicho que estabais navegando, pero no sabía a la hora que ibais a volver al puerto. No quería correr ningún riesgo.

Sam se secó los ojos con las manos.

–Si no hubieras visto esa foto en el periódico, puede que nunca nos habríamos conocido.

–No quiero ni pensarlo –dijo su padre con gran emoción.

Después, dio un abrazo a Sam antes de dejarla.

–No tardes mucho –le dijo ella.

Su padre contestó que no antes de echarse a correr en dirección al hotel.

Perseus, apartado ligeramente de Sam, la miró con expresión sombría.

–Tu padre ha sido muy discreto al decirte que te adelantes conmigo a la casa. Pero yo me he dado cuenta de cómo te miraba. Si prefieres reunirte con él en el hotel para hablar en privado, estoy seguro de que él estará encantado.

–Parecía contento, ¿verdad? –comentó ella con voz ahogada.

–¿Contento? Estaba loco de alegría.

Sam se sonrojó ligeramente.

–De todos modos, creo que necesita estar un rato a solas para calmarse.

–¿Y tú?

–Yo siempre he sabido de su existencia, él acaba de enterarse de que tiene una hija –Sam bajó la cabeza–. Perseus… perdóname por haberte acusado de interferir en mi vida. Anoche te dije cosas horribles.

Perseus recogió las bolsas del suelo y la instó a ponerse en marcha.

–No me pidas perdón, Sam. Unas semanas más y habrías tenido todo el derecho del mundo a ponerte furiosa conmigo, así que

vamos a dejar este asunto.

Sam volvió la cabeza.

–¿Quieres decir que tenías pensado ir a buscarlo?

–Sí –de nuevo, la honestidad de Perseus la sorprendió.

Llegaron al coche, donde Yanni los estaba esperando. Mientras Perseus metía las bolsas en el maletero, Sam le pidió a Yanni la carta.

Una vez que ella y Perseus estuvieron sentados, Yanni puso en marcha el coche.

Sam sintió los ojos de Perseus en la carta que tenía en la mano.

–Me parece que los dos somos capaces de sorprendernos el uno al otro.

Sam se sintió sumamente avergonzada.

–No estaba en mi sano juicio cuando escribí esto. Toma –le tendió la carta.

Perseus sacudió la cabeza.

–Sé cómo piensas y comprendo tus motivos. Tírala, Samantha.

Sam la arrugó entre sus manos.

–No debería haberme cuestionado los tuyos –susurró ella con voz temblorosa.

–Pero lo hiciste. De hecho, aún estás resentida. Bien, Sam, voy a satisfacer tu curiosidad… cuando estábamos en tu apartamento, te dije que te concedía tres deseos, pero tu comportamiento me hizo presentir que había un cuarto deseo, un deseo que te negabas a pronunciar en voz alta.

Perseus la miró fijamente a los ojos antes de proseguir:

–Después de ver tu reacción al ver el cuadro en mi habitación y de notar el sufrimiento que te producía todo lo referente a tu padre, me di cuenta de que su ausencia en tu vida era la explicación de tu complicada psique.

Perseus la comprendía mejor que se comprendía ella a sí misma.

–He tenido que esperar veinte años a obtener unas explicaciones que necesitaba; así que pensé que, si podía ahorrarte tiempo en ese sentido, lo haría.

Sam lanzó un suspiro.

–Gracias por decirme esto. La verdad es que, aunque me había enfadado contigo, estoy segura de que se me habría pasado. Reunirme con mi padre y ver que él no sabía nada… Bueno, lo

cambia todo.

Una fuerte mano cubrió la de Sam.

–Una de tus mejores virtudes es la generosidad, Sam.

–Pero debería confiar más en la gente –contestó ella, aún no dispuesta a perdonarse a sí misma.

–Lo importante es que hayas encontrado lo que querías y lo que amabas. Nadie tiene derecho a pedirle más a la vida.

La ronquera de su voz lo traicionó, sumiendo a Sam en el abismo. Por supuesto, Perseus se estaba refiriendo a su padre, pero también a Sofía. Pensar en la otra mujer le resultaba insoportable. Sam nunca había imaginado poder albergar semejantes celos, un sentimiento que despreciaba.

Queriendo redimirse, dijo:

–Si quieres, podemos dar una pequeña fiesta antes de irnos a Nueva York.

Fue evidente que lo sorprendió.

–¿Quieres dar una fiesta en honor a tu padre?

–Estaba pensando en ti y en Sofía –dijo ella con voz baja para que Yanni no pudiera oírla–. La idea de que nos mudemos a Nueva York debe ser horrible para ti. Si ella viniera a la casa en compañía de algunos amigos, a nadie le extrañaría. Y tendrías la oportunidad de, en algún momento, apartaros de los demás para despediros en privado.

A Sam le tembló la voz cuando añadió:

–Once meses de separación os van a parecer una eternidad.

–De nuevo, tu generosidad me deja perplejo –murmuró Perseus con voz remota.

Y Sam sabía que estaba pensando en su amada Sofía.

–Samantha…

–¿Sí? –respondió ella con voz vacilante.

–Tu consideración por los sentimientos de Sofía y míos es digna de alabanza. Sin embargo, me temo que una fiesta, para darnos la excusa de estar unos momentos a solas, no va a ser posible.

–¿Porque a las personas que están de luto no se les permite salir? –preguntó Sam, que no podía creer una costumbre tan absurda.

–No, Sam. Sofía tiene un asunto pendiente en Turquía, así que se va mañana.

¿Cómo sabía Perseus eso? ¿Había hablado con ella por teléfono?

«Sam, tienes que parar de una vez por todas. Lo que él haga cuando no está contigo es asunto suyo».

–¿Cuánto tiempo va a pasar allí?

–Supongo que el tiempo que sea necesario.

Sam se estremeció. Perseus debía estar pasando un verdadero calvario sabiendo que Sofía se marchaba de Grecia al día siguiente.

–Perseus… –le susurró ella casi al oído para evitar que Yanni pudiera captar una sola palabra–, cuando lleguemos a casa, por qué no les das la tarde libre al servicio. Entonces, yo iré a buscar a Sofía y la traeré a la casa conmigo. Nadie podrá pensar mal de que dos mujeres estén juntas. Mi padre y yo podríamos irnos a charlar a la playa, y tú y Sofía podríais estar solos. No es justo que se vaya sin…

–Tu sugerencia es imposible –la interrumpió Perseus–. ¿Es que eres capaz de sacrificarte a ti misma ilimitadamente, Sam? ¿O podría atreverme a suponer que te ofrecerías a mí para proporcionarme el consuelo que necesito, pero que no puedo encontrar?

Cuando Sam consiguió asimilar esas palabras, Perseus ya se había apoderado de su boca con una pasión que Sam no sabía que pudiera existir. Pero una pequeña voz interior le dijo que esa pasión era por otra mujer, no por ella.

Los besos se tornaron más exigentes, más profundos. Drogada por las sensaciones que las manos y la boca de Perseus estaban creando, Sam empezó a sumirse en un mundo de placer sensual en el que el mal y el bien no existían, solo el deseo.

–Perseus… –jadeó ella cuando su boca abandonó la suya para besarle la garganta–. ¿Qué va a pensar Yanni?

–Exactamente lo que quiero que piense –susurró él contra la aterciopelada piel de Sam.

–Pero… ya hemos llegado. Mi padre va a llegar en cualquier momento.

–Y él solo pensará que estamos felizmente casados y desesperadamente enamorados.

–¡Pero no lo estamos! –gritó ella apartándose de él. Por fin, las manos de Perseus la soltaron.

–Me niego a mentirle a mi padre. Tiene derecho a saber el motivo por el que nos hemos casado; así, no se llevará ninguna

sorpresa el verano que viene cuando dejemos de estar juntos.

Tras esas palabras, Sam salió del coche y entró en la casa antes de poder venirse abajo y confesar su secreto, que estaba irremediablemente enamorada de él.

Mientras se duchaba, revivió mentalmente esos momentos en los brazos de Perseus. Cuando salió de la ducha a los pocos minutos y se cepilló el cabello, la piel aún le ardía de pasión.

Mientras se ponía unas sandalias blancas, alguien llamó a la puerta de su habitación. El corazón empezó a latirle con fuerza al creer que se trataba de Perseus. Sin embargo, era Ariadne para decirle que su padre había llegado y que la estaba esperando en el salón.

–Ahora mismo voy –respondió Sam, dándole gracias al cielo por tener ahora un padre que quería estar con ella.

Un minuto más tarde, Sam se reunió en el salón con su padre. De nuevo, su atractivo padre la abrazó. Llevaba puesto un traje azul, cosa que según dijo nunca hacía, para celebrar el momento más feliz de su vida.

El comentario hizo que ambos volvieran a echarse a llorar. Evidentemente, su padre era mucho más emocional que su madre.

Perseus aún no había aparecido. Sam suponía que su ausencia se debía a que quería darles tiempo para estar a solas antes de la cena.

Pasaron unos minutos observándose visualmente, comentando sobre su parecido físico. Pronto, la conversación giró hacia los patrones de comportamiento que tenían en común, como la forma de ladear la cabeza, la amplitud de sus sonrisas, la incomodidad que sentían en medio de una multitud, la reticencia a contarles los problemas a otros, la necesidad de estar solos cuando querían solucionar un problema…

–Los dos tenéis más en común que eso –dijo una voz masculina de repente.

¿Cuánto tiempo llevaba Perseus escuchándoles?

Sam volvió la cabeza. Con sorpresa, vio que Perseus llevaba en un brazo el mantel y los tejidos que ella había diseñado.

–Cuando nos conocimos –encontré esto en el armario de Sam –anunció Perseus–. Le dije que tenía un toque de genio, lo que no sabía era que la sangre de Jules Gregory le corría por las venas.

–Déjame ver esas telas –Jules se levantó del sofá y comenzó a

examinar los tejidos que Perseus había dejado encima de un sillón; entre tanto, Sam estaba conteniendo la respiración–. Cielo, tu marido tiene razón.

La expresión de Jules mostró entusiasmo.

–Tu trabajo me recuerda un poco a Matisse, aunque es muy original, con un estilo propio. El uso de los colores fuertes es fenomenal.

Entonces, Jules se volvió a su hija y con lágrimas en la voz, añadió:

–Estoy tan orgulloso de ti que estoy a punto de estallar.

–Gracias –susurró Sam.

–Y esto solo es la punta del iceberg –continuó Perseus–. También ha diseñado el jardín de esta casa. No me cabe duda de que, cuando todos sus planes estén acabados, esta propiedad se va a convertir en el museo de las Cícladas; al final, tendremos que cobrar entrada.

Jules Gregory se echó a reír y Sam se le unió. Perseus sonreía, incluso con los ojos, algo que Sam no estaba acostumbrada a ver.

–Dentro de nada, todo el mundo va a querer que le diseñe el jardín. Sin embargo, ese no ha sido su último logro.

Sam se lo quedó mirando mientras se preguntaba a qué se refería.

Con esa voz grave y vibrante tan suya, Perseus añadió:

–Hace una semana, le dieron el primer premio a su proyecto de fin de carrera, que ahora está colgando de una de las paredes del vestíbulo de mi edificio en Nueva York. Debajo del marco, hay una placa con su nombre y el año en el que le han concedido el premio. También la está esperando un cheque por el valor de diez mil dólares.

El padre de Sam lanzó un grito de alegría; sin embargo, las inesperadas palabras de Perseus habían dejado a Sam perpleja, robándole la felicidad que había estado sintiendo.

Perseus había mencionado dinero, lo que le recordó a Sam la cantidad de dinero que él había dado al departamento de arte como parte de su trato. ¿Acaso el profesor había tenido otra alternativa que no fuera darle el primer premio a ella?

Perseus la vio palidecer.

–Ya sé lo que estás pensando –podía leerle el pensamiento con increíble facilidad–. Es cierto lo de la fundación con el dinero para

los artistas que lo merezcan, y todos los papeles estaban listos y firmados antes de que dejáramos Nueva York. Sin embargo, le dije a mi abogado que no se pusiera en contacto con el departamento hasta que no se hubieran dado los premios de fin de carrera.

Sam se alegró de estar sentada, así no podía caerse.

–Es posible que yo quisiera más que tú que ganaras ese premio –declaró Perseus–. Tu talento se lo merece.

–Perseus… –de repente, Sam sintió un súbito incremento de adrenalina que la hizo ponerse en pie–. ¿En serio no estás inventándote todo esto? ¿Es verdad que me han dado el primer premio?

–¿Cómo puedes dudarlo?

Los labios de Perseus se curvaron en una de esas milagrosas sonrisas. Sam se sintió como si fueran las únicas dos personas en el planeta.

–Antes de que viniéramos a Grecia, le di a tu amiga Lois el teléfono de mi oficina en Atenas, y le pedí que me llamara en el momento en que el profesor Giddings decidiera a quién iba a darle el premio.

–¡No puedes estar hablando en serio! ¿Que ha sido Lois quien te lo ha dicho?

–Eso es. Y también me dijo que te dijera que le debes un mantel. Cree que, en el futuro, valdrá una fortuna por ser un original de Samantha Telford. Y yo estoy de acuerdo con ella.

A continuación, la expresión de Perseus se tornó sobria.

–Espero que no estés disgustada conmigo por no habértelo dicho antes. La verdad es que quería elegir… el momento más apropiado, y no me cabe duda de que es este, el momento en el que te has reunido con tu padre. ¿Verdad, Sam?

–Perseus… –dijo Jules emotivamente, alzando un brazo para abrazar a su hija.

Sam sabía exactamente qué sentía su padre, pero era incapaz de pronunciar palabra. Pero temiendo que Perseus notara el amor que sentía por él, Sam ocultó el rostro en el hombro de su padre.

«Te quiero, Perseus, y mi amor por ti me está matando».

–Bueno, voy a decirle a María que ya puede servir la cena. Salid al patio cuando estéis listos.

Sam se alegró de que Perseus se hubiera marchado del salón; de

lo contrario, la habría visto derrumbarse en los brazos de su padre.

–Es verdad que nos conocemos hace muy poco, cielo, pero tengo la impresión de que esas lágrimas no son de felicidad.

Su padre también era muy observador.

–Es evidente que Perseus Kostopoulos es el gran amor de tu vida, y también es igualmente obvio que a él le ocurre lo mismo contigo. Por lo tanto, ¿por qué estás tan triste? Me he perdido tus primeros veinticuatro años de vida, pero ahora estoy aquí y soy tu padre. Vamos, dime qué es lo que te pasa, se me da bien escuchar.

Todo el amor y la sinceridad paternal que cualquier persona pudiera desear estaban allí, en la voz de su padre, que acababa de romper la barrera que ella había tardado toda una vida en levantar.

Al momento, Sam le contó con toda sinceridad su relación con Perseus.

–Así que, como ves, él solo está actuando.

–No –negó Jules con sorprendente intensidad–. Solo el amor puede impulsar a un hombre a hacer lo que Perseus ha hecho por ti.

Sam negó con la cabeza.

–Perseus es un gran actor.

–¿Tan gran actor como tu madre?

Sam le lanzó una vacilante mirada. Había estado esperando la oportunidad de poder averiguar por qué sus padres habían seguido caminos separados.

–¿Qué ocurrió entre vosotros?

Jules le apartó una hebra de pelo de la frente.

–Tu madre y yo nos enamoramos locamente un verano en el que yo estaba trabajando en Cheyenne sobre una serie de pinturas indias. Eran los principios de mi carrera. Yo era un pintor pobre de la Costa Oeste que vivía donde la pintura me llevaba.

Jules suspiró antes de proseguir:

–Por aquel entonces, no se me ocurría pensar en el matrimonio. No tenía nada de dinero y vivía al día, pero no me importaba porque la pintura lo era todo para mí. Al menos, eso era lo que creía hasta que conocí a tu madre. A finales de aquel verano, estaba dispuesto a buscarme un trabajo para poder casarme con ella. No estoy diciendo que estuviera dispuesto a dejar la pintura; sin embargo, la quería lo suficiente como para estar dispuesto a establecerme. La idea era que, después, buscaría la forma de pintar

al margen del trabajo. Pero tu madre me rechazó, cariño.

–Lo siento –susurró Sam.

–Me dijo que lo había pasado muy bien conmigo, pero que no estaba enamorada de mí –Jules sacudió la cabeza–. Yo sabía que estaba mintiendo, así que volví a proponerle matrimonio. Pero no conseguí hacerla ceder.

–Mamá no tenía seguridad en sí misma –admitió Sam con tristeza.

–Tienes razón. Con el tiempo, me di cuenta de que tu madre tenía miedo de apartarme de mi destino, siempre creyó en mí como pintor, pero en el momento, me sentí muy dolido por su rechazo. Así que me marché de Cheyenne y me fui a Flathead, en Montana. Fue un error. La escribía todos los días, pero ella nunca respondió a mis cartas. Llamé por teléfono, pero ella nunca se puso. Al final, me fui a Nueva York y tuve la suerte de vender algunos de mis cuadros. Entonces, le escribí una carta diciéndole que había vendido parte de mi trabajo y que tenía dinero suficiente para que nos casáramos. Le envié un billete de avión y esperé. Todo fue inútil, tu madre no dio señales de vida.

Sam sabía lo obstinada que su madre podía llegar a ser.

–Fue entonces cuando me di por vencido y me vine a Europa. Estaba en una profunda depresión cuando llegué a Serifos, que fue donde empecé una serie de cuadros sobre la mitología griega. Tu marido me convenció para que le vendiera el cuadro de tu madre.

Jules suspiró.

–Decidí que había llegado el momento de olvidarla. Desde entonces, no volví a mirar atrás –los ojos de Jules brillaron con una extraña luz–. Pero si hubiera sabido que tú existías, habría vuelto a Cheyenne y la habría obligado a casarse conmigo.

Sam bajó la cabeza.

–Te creo. El problema es que mamá nunca me hablaba del pasado; sin embargo, sé que debió haberse arrepentido de esa decisión, porque casi siempre estaba enferma y murió demasiado joven.

–¿Nunca se casó?

–No. Dudo que mirase a ningún otro hombre.

Jules lanzó un pesado suspiro.

–Yo tampoco he vuelto a casarme.

Sam hizo acopio de valor y le preguntó:
–¿Cuánto tiempo llevas con Anna?
–Once años.
Sam sonrió.
–He oído que los hombres también se ponen nerviosos antes de casarse, pero ¿once años? ¿No te parece que ya es hora?
Su padre se echó a reír y le dio otro abrazo.
–Puede que tengas razón.
–Papá… no dejes que la tragedia del pasado te siga consumiendo. Quizá te ayude saber que mamá intentó arreglar lo que había estropeado; al menos, compensarlo.
–¿Qué quieres decir?
–Que hizo algo totalmente fuera de su carácter. Se trasladó a Nueva York con el fin de que yo tuviera acceso al mundo del arte porque estaba convencida de que había heredado parte de tu talento. Nos ganábamos la vida limpiando oficinas.
La expresión de perplejidad de su padre le llegó al corazón.
–Ahora que me lo has contado todo, me pregunto si no esperaba encontrarte accidentalmente algún día. Justo antes de morir, por fin me dijo tu nombre, y también me dijo que debía reverenciarlo.
Sam notó que su padre estaba muy emocionado.
–Gracias por decírmelo, cariño –dijo Jules por fin, mirándola directamente a los ojos–. Bueno, ahora volvemos al principio.
–No te comprendo –respondió ella al tiempo que el corazón le daba un vuelco.
–Sí, claro que me comprendes. No dejes que la historia se repita, lucha por Perseus.
Sam desvió la mirada.
–Ya te lo he contado todo, no puedes comparar mi situación con la vuestra.
–Algo me dice que esto no tiene mucho que ver con Sofía y sí mucho que ver contigo. ¿En serio crees que ese teléfono era tan importante como para obligarte a aceptar ese trato? No, Sam, no te engañes.
Jules sonrió a su hija y añadió:
–Cariño, Perseus estaba enamorado de mi cuadro. Cuando tú apareciste en su oficina, probablemente creyó que estaba alucinando. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

–Pero tiene pensado casarse con ella dentro de un año –dijo Sam casi gimiendo.

–¿Estás segura?

Sam se estremeció.

–Llevan veinte años separados, y al amor hay que mantenerlo. ¿Te ha dicho Perseus claramente que se va a casar con Sofía?

Sam intentó recordar, pero estaba confusa.

–Yo… estoy segura de que sí me lo ha dicho…

–Pues a mí no me pareces muy segura. ¿Por qué no se lo preguntas?

–No puedo.

–¿Vas a hacer como tu madre, que se negó a ponerse en contacto conmigo aunque era lo que quería hacer? Cariño, la vida es demasiado corta, no la desperdicies.

Un terrible temor, unido a una gran excitación, se apoderaron de ella.

¿Se atrevería a seguir el consejo de su padre?

Capítulo 11

ERAN las dos y diez de la madrugada. El padre de Sam se había marchado hacía media hora, con la promesa de que él y Anna irían a Nueva York en el plazo de dos semanas para que Sam conociera a la mujer de la que estaba enamorado.

Perseus se había acostado hacía bastante, pero había sido un perfecto anfitrión.

Ahora, tumbada en la cama y aún despierta, Sam se preguntó si Perseus estaba teniendo el mismo problema que ella para dormirse. Más aún, se preguntó si tendría el valor suficiente para ir a averiguarlo.

No dejaba de repasar mentalmente la conversación que había tenido con su padre. Sam no creía tener el mismo carácter que su madre, pero quizá fuera así. Se necesitaba una gran seguridad en sí misma para encararse al hombre al que se amaba y hacer lo posible por lograr la felicidad.

Inquieta, se dio media vuelta en la cama. ¿No sería mejor conocer la verdad ya que pasar un año entero de incertidumbre?

Por fin, sin poder aguantar más, se levantó de la cama y se puso la bata. Descalza, avanzó hacia la puerta que comunicaba las dos habitaciones. Levantó la mano para llamar, pero al final no se atrevió. ¿Y si Perseus estaba dormido?

«No pongas disculpas, Sam».

Volvió a respirar hondamente, levantó la mano de nuevo y golpeó la puerta con los nudillos. Nada más llamar, la puerta se abrió.

–¡Perseus! –gritó ella, sorprendida de que Perseus hubiera abierto con tanta rapidez.

Perseus estaba a escasos centímetros de ella, con el albornoz.

–Te estaba esperando –comentó él con expresión sombría.

–¿Y eso por qué? –preguntó Sam con voz queda, sintiendo que algo ocurría.

–Suponía que necesitarías hablar. No ocurre todos los días que

una hija se reúna con su padre por primera vez en veinticuatro años y tenga que decirle adiós tan pronto.

Perseus siempre pensaba en ella antes que en sí mismo.

–Tienes razón. Me ha costado mucho decirle adiós.

«Pero nada podrá parecerse al dolor que sentiré cuando tú te despidas de mí por última vez, mi amor».

–Supongo que te ha pedido que lo acompañes a Sicilia y que quieres que yo te dé permiso para ir con él.

A Sam le tomó por sorpresa la inesperada suposición.

–La verdad es que…

–No puedo decir que lo culpo –la interrumpió Perseus con una intensidad que Sam nunca había notado en él–. Si tú fueras mi hija y acabara de conocerte, querría que vinieras a casa conmigo.

–Yo… creo que te estás dejando llevar por tu sangre griega –observó Sam nerviosa–. Mi padre se ha dado cuenta de que ya no soy una niña.

–Siempre y cuando vayamos juntos, no veo ningún problema en ello.

Sam se mostró incrédula.

–No hay ningún motivo para que tú vengas.

Perseus se metió las manos en los bolsillos del albornoz.

–De cara al mundo, aún estamos en nuestra luna de miel. La prensa se mostraría bastante mordaz si me dejaras para irte con tu padre.

Sam se aclaró la garganta.

–Esta discusión es irrelevante, Perseus. Verás, antes de que mi padre pudiera decir nada, yo le he pedido que venga a Nueva York.

Perseus arrugó el ceño.

–Si me estás preguntando si puede venir a vivir con nosotros, no veo ningún problema. Si eso es lo que quieres, de acuerdo.

–Perseus, eres muy generoso, pero creo que a Anna no le gustaría la idea. Además, mi padre se marcha ya a Sicilia para proponerle matrimonio. Espero que, cuando vayan a Nueva York dentro de un par de semanas, podamos organizar una fiesta para celebrar su compromiso de boda.

Al instante siguiente, Perseus la agarró de los brazos con fuerza.

–Para ya, Sam. Disimula con quien quieras, pero no conmigo.

–Yo no estoy disimulando –respondió ella sin comprender.

–¿Vas a tener el valor de decirme que te encuentras bien, a pesar de que tu padre se ha ido? No olvides que sé lo importante que él es para ti. No olvides que, hace solo dos noches, estabas destrozada por causa suya. Nadie se recupera tan pronto.

–No lo comprendes, Perseus, dos días atrás yo era una persona diferente. Hace dos días, creía que mi padre sabía que existía, pero que no quería tener nada que ver conmigo. Hoy, todo ha cambiado. Hoy sé que mi padre me quiere y tenemos pensado estar cerca siempre, durante el resto de nuestras vidas. Pero ya no soy una niña que necesita que su padre la acueste y que le lea un cuento en la cama. Ahora tengo un marido que me cuida.

Sam pronunció la última frase con voz temblorosa. En realidad, había sido una confesión de amor.

Como respuesta, Perseus le clavó los dedos en los hombros inconscientemente. Sam se dio cuenta de que él estaba haciendo un tremendo esfuerzo por mantener la calma.

–Has superado la actuación de la otra noche. Cualquiera que te oyera, creería que eres la esposa más feliz del mundo, dispuesta a permanecer junto a tu marido durante el resto de la vida.

A pesar de que los dedos de Perseus le hacían daño, Sam agradeció el contacto.

–¿Crees que no conozco la verdad? –dijo él como si se estuviera riendo de sí mismo–. Sé que darías cualquier cosa por estar con tu padre en estos momentos.

–Te equivocas, Perseus. Solo hay un motivo por el que estoy aquí, contigo, ahora…

–Sí, y los dos conocemos ese motivo: tu nobleza no te permite incumplir tu parte del trato.

–Desde luego que no puedo hacerlo; sobre todo, después de lo que tú has hecho por mí. Pero ¿no es eso lo que tú quieres, presentarle al mundo la imagen de la felicidad doméstica hasta que llegue el momento de casarte con Sofía? –gritó Sam con renovado dolor.

–Por mucho que lo quieras, Sam, no voy a casarme con Sofía. Esa posibilidad solo ha existido en tu mente.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Sam en tono apenas audible–. ¿Qué es lo que ha cambiado? ¡Desde luego, no tu amor por ella! ¡Y no creo que Sofía haya dejado de amarte!

–No, eso no ha cambiado.

«Bueno, Sam, ya tienes la respuesta que buscabas. Tu padre estaba equivocado. Por favor, no te vengas abajo delante de Perseus».

Con un esfuerzo ímprobo, Sam mantuvo la compostura y preguntó con voz tensa y fría:

–En ese caso, no comprendo cuál es el problema.

–Eso es porque no te lo he contado todo –respondió Perseus–. Sofía está sufriendo porque tiene un hijo que está enamorado de una chica del pueblo donde vivía, allí en Turquía. El hijo de Sofía no quiere venir a vivir a Grecia, y ella no puede soportar vivir separada de él.

Sam creía que ya no podía soportar nada más.

–¿Es… tu hijo?

–No –respondió él enfáticamente.

–Lo que estás tratando de decirme es que, si queréis vivir juntos, tendrás que irte a vivir a Turquía, ¿no es eso?

–Sí –murmuró Perseus–. Y como eso es imposible, por motivos en los que no voy a entrar, parece que ya no puedo exigirte que sigas cumpliendo la parte del trato. Eres libre para marcharte cuando quieras, Sam.

Las palabras que Sam más había temido.

El corazón casi dejó de latirle.

–Por supuesto, hay una parte del contrato que aún es válida. Te montaré un negocio donde quieras, en Nueva York o en Sicilia.

–¿Sicilia? –el enfado la hizo gritar–. ¡No quiero vivir en Sicilia! ¡Y al demonio con el maldito trato!

–Pero necesitas que alguien se ocupe de ti, Sam. Tu padre está dispuesto a…

–¡Deja ya a mi padre! –el cuerpo entero le temblaba–. Tengo la impresión de que estás deseando que me vaya de aquí cuanto antes. Muy bien, en ese caso, dame mi pasaporte y un cheque por diez mil dólares, mañana por la mañana me marcharé. Y quédate con el dinero del premio cuando llegue el cheque. A excepción de la ropa que me lleve puesta, lo dejaré todo aquí. Y cuando llegue a mi destino, podrás enviarme los tejidos que he diseñado y los manteles.

Sam hizo una pausa para tomar aliento y añadió:

–Y ahora, si no te importa, estoy muy cansada y me voy a la

cama.

–Y yo –dijo él con voz sedosa–. Con mi esposa.

Las mejillas de Sam se encendieron.

–Oh, no, Perseus. Ya no soy una sustituta de Sofía. Además, solo era tu esposa durante el día, ¿o te has olvidado?

–No, no se me ha olvidado, he vivido con ese tormento desde que te conozco.

¿Qué estaba diciendo Perseus?

–¡Tu tormento era estar apartado de la mujer a la que amabas!

–Sofía fue mi primer amor, la clase de amor que un chico, a punto de convertirse en un hombre, siente por una guapa chica. Pero el amor necesita ser alimentado, Sam.

Lo mismo que le había dicho su padre.

–Aunque los sentimientos que albergaba por ella murieron hace años, es natural que Sofía siempre ocupe un lugar especial en mis recuerdos.

–Ella aún te ama.

–No, está enamorada del recuerdo que tiene de mí –la corrigió Perseus–. Igual que yo, necesitaba dejar zanjado un asunto pendiente del pasado. Y ahora que vuelve a Turquía, podrá empezar una nueva vida. Es una mujer muy hermosa que tiene mucho amor para dar; algún día, un hombre afortunado será el objeto de su amor. Además, tiene un hijo al que adora.

–¿Cómo puedes mostrarte tan racional al respecto después de haber pasado años buscándola?

–Porque quería saber por qué hizo lo que hizo, y por qué desapareció. Siempre tuve una débil sospecha de que eso podía tener algo que ver con su padre, y me preocupaba que pudiera tener serios problemas. Los griegos odian profundamente, y su padre me odiaba.

–Eso es horrible –dijo Sam, queriendo acariciarlo y consolarlo.

–Sí, estoy de acuerdo. Tenía miedo de que la hubiera hecho algo. Y durante un tiempo me sentí culpable por el hecho de que mi amor pudiera haberla hecho desgraciada.

Sam avanzó un paso hacia él y, con gesto vacilante, le puso una mano en el brazo.

–Y es por eso por lo que estabas tan disgustado cuando se perdió el papel con el teléfono que ella había dejado, ¿no?

–Sí. A pesar de los investigadores privados, nunca conseguí averiguar adónde la había llevado su padre. Cuando me enteré de que aún estaba viva y, posiblemente, intentando ponerse en contacto conmigo, sentí una inmensa gratitud.

Sam cerró los ojos.

–Y pensar que te dije que mi proyecto de fin de curso era más importante que ese número de teléfono…

Sam no sabía qué pensar, estaba sumamente confusa. Sin embargo, tenía que hacer la pregunta que aún la consumía…

–Si lo único que sentías por ella era gratitud, ¿por qué hiciste ese trato conmigo?

Perseus le puso las manos en las mejillas y la miró fijamente a los ojos.

–¿Quieres saber la verdad, mi dulce y adorable esposa?

–Perseus, por favor… ¡Claro que quiero saber la verdad! Y ya nada de mentiras.

–De acuerdo.

Sam sintió que los músculos de él se ponían tensos. Al instante siguiente, se vio en los brazos de Perseus, que la llevó hasta la cama. La depositó allí y se dejó caer encima de ella.

–Quieres que seamos honestos, ¿verdad? –murmuró él mientras depositaba en ella diminutos besos que la dejaron sin sentido–. Está bien, seamos honestos. ¿Por qué hiciste un trato con el demonio, y con un demonio con una cicatriz?

–Me encanta tu cicatriz –admitió ella sin pensar, y luego la besó–. Me daba pena que tu amor hubiera sido destruido tan brutalmente y… supongo que quería consolarte.

Perseus levantó la cabeza para mirarla.

–También tú me dabas pena… porque sabía que un hombre te había hecho mucho daño. Quería protegerte, evitar que volvieran a hacerte sufrir. Pero lo que has dicho no explica por qué te casaste con un completo desconocido.

Las poderosas piernas de Perseus estaban entrelazadas con las de Sam, y él le estaba besando la cremosa piel del hombro.

–No finjas, sabes perfectamente que me casé contigo porque te amaba –murmuró ella junto al cuello de Perseus–. El amor es la verdadera razón, Perseus, mi única razón. Eras el hombre que quería por marido. Cuando hice la promesa de amarte durante el

resto de la vida delante del sacerdote, la hice con todo mi corazón. Estaba dispuesta a cualquier cosa por estar a tu lado.

–En ese caso, nos comprendemos perfectamente –susurró Perseus junto a los labios de ella–. Eres mi Andrómeda y me he enamorado perdidamente de ti.

Perseus la estrechó en sus brazos con una emoción sobrecogedora.

–Quería creerlo, pero no me atrevía. Mi padre me ha dicho que estabas enamorado de mí, pero…

–Jules es un hombre inteligente.

–Estoy de acuerdo. Y me dijo que, ya que estaba tan enamorada de ti, debía preguntarte si ibas a casarte con Sofía.

–¿Así que es por eso por lo que esta noche has llamado a mi puerta?

–Sí, mi amor. Te adoro.

–Has hecho que me sienta casi inmortal –declaró Perseus con el rostro iluminado de felicidad. Estoy dispuesto a concederte lo que tú quieras, lo que se te ocurra.

Sam se echó a reír.

–No olvides el lío en el que te metiste la otra vez que me hiciste esa oferta.

Perseus también se echó a reír.

–Me encanta meterme en líos contigo. Quiero meterme en tantos líos contigo que, para resolverlos, necesite una vida entera.

–Bueno… yo estaba pensando que podíamos llamar a nuestro primer hijo Hércules.

–Hecho –murmuró Perseus junto a los labios de Sam, sus besos cada vez más embriagadores y salvajes–. Y lo demás que desees… tendrá que esperar… hasta mucho más tarde.